

"Los días que vivimos en la calle"

Etnografía de un drama social

Autor:

Rodríguez, Juan Pablo

Tutor:

Frederic, Sabina A.

2006

Tesis presentada con el fin de cumplimentar con los requisitos finales para la obtención del título Licenciatura de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires en Ciencias Antropológicas.

Grado

FACULTAD de FILOSOFIA y LETRAS	
Nº 228.138	MESA
11 JUL 2006	DE
Agr.	ENTRADAS

Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Buenos Aires.

Tesis de Licenciatura en Antropología Social.

Título:

**“Los días que vivimos en la calle”:
etnografía de un drama social.**

Alumno: Juan Pablo Rodríguez.

Libreta: 26 287 584.

Directora de Tesis: Dra. Sabina Frederic.

Año: 2006.

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS
Dirección de Bibliotecas

Índice:

Introducción. La teoría ritual y su aplicación en el contexto de la crisis argentina. Construcción del problema.

-Presentación.	p.6
-Apuntes: las marcas de diciembre de 2001 y la resignificación de la política.	p.7
-El modelo de drama social, los períodos liminales y la acción ritual.	p.16
-El <i>barrio</i> , símbolo espacial de la clase media argentina.	p.22
-Trabajo de campo, fuentes y exploraciones previas.	p.25
-La redefinición del problema de estudio y el punto de vista nativo.	p.28

Capítulo I. La antesala del drama social y el momento de la quiebra.

-Los años noventa.	p.33
-La clase media en el callejón.	p.36
-Los momentos iniciales del grupo.	p.38
-La Alianza: un gobierno programado para fracasar.	p.45
-Diciembre de 2001 y la ruptura: “la sociedad contra la clase política”.	p.46
-El desafío a la continuidad y las imágenes del extrañamiento.	p.51

Capítulo II. La política sin representantes: el asambleísmo barrial en la fase de crisis.

-Desde la “horizontalidad” y lo local: la política en clave ritual.	p.54
-Vecinos y asambleístas.	p.58
-La asamblea como momento ritual.	p.61
-Entre la cultura y la política: los festivales en la plaza.	p.65
-El contexto liminal y la <i>communitas</i> como estado social.	p.68
-Los modos de <i>communitas</i> .	p.70

Capítulo III. Los mecanismos de reparación.

- El puntapié del gobierno local: el Presupuesto Participativo. p.76
- Vecinos, funcionarios y una agenda de “prioridades” (la fragmentación y despolitización de la participación local). p.79
- La participación sujeta a un entramado institucional preexistente. p.84
- Una reparación incompleta. p.87
- Un puente para transitar la crisis: el lugar de la cultura. p.91
- Las metáforas reparadoras en la asunción del presidente Kirchner. p.95
- Entre la seducción y la resistencia: la asamblea en la fase de reparación. p.100

Capítulo IV. ¿Reagregación ó separación?

- Las asambleas buscan su lugar: la discusión por el poder y otra vez los intersticios. p.104
- ¿La clase media contra la asamblea? p.110
- “Otra realidad vive en el barrio”: La recordación del 19 y 20 de diciembre, un nuevo ritual de contestación en el paisaje urbano. p.114

Capítulo V. Conclusiones.

- El escenario al cabo de tres años. p.120
- Cuando la cultura recobra a la política: el objeto de las asambleas barriales. p.122

Agradecimientos:

Todos los que transitaron el camino de una tesis de licenciatura se encontraron frente a una difícil situación: la de dar forma al problema de investigación y argumentar en esa dirección sin morir en el intento. Entonces uno cae en razón de la distancia considerable que separa al estudiante “avanzado” de aquél que alcanza el status de investigador. Quizá todo aquello conlleva un problema adicional para quienes hicimos esta carrera puesto que, sabemos, existe un salto preocupante entre la bibliografía obligatoria –los llamados “clásicos”– y la formulación de ese conocimiento a la hora de abordar los temas de nuestra realidad social (las responsabilidades recaen en todos los que participamos de la vida académica). Felizmente no estamos solos en esto, contamos con nuestros directores. Voy a estar por siempre agradecido con Sabina Frederic, por el privilegio de haber compartido su talento y vocación por la antropología pero también sus cualidades como persona, demostradas a lo largo de las reuniones en el trato amistoso, solidario y franco. Quiero recordar que, sin conocerse por entonces la decisión del departamento de la carrera acerca de la aprobación para la dirección de la tesis, Sabina siguió alentando la realización de este trabajo. No hace falta agregar que a ella debo el abordaje teórico y la delimitación del campo en cuestión.

Debo agradecer muy especialmente a Sergio Visacovsky por haberme vinculado tempranamente con Sabina. Después de la lectura de algunas ideas previas que tenía y tras una reunión en su casa, Sergio sugirió el nombre de su colega para felicidad mía (¿y desgracia de ella?). También agradezco sus comentarios a aquellas inquietudes iniciales.

Un sincero agradecimiento para Emilio, Paco y Miguel, todos ellos integrantes del Centro Cultural y la asamblea del barrio de Caballito. Porque a nuestras diferencias, más fabricadas que reales, le antepusieron la predisposición al intercambio y el reconocimiento para quien se muestra tal cual es. Las entrevistas y los partidos de fútbol confirmaron que conté con informantes de lujo. A esta lista merece agregarse Manuel, militante barrial y consejero del Presupuesto Participativo, quien pacientemente escuchó mis razonamientos y aportó sus opiniones.

A Carolina Fernández debo mi gratitud por sus correcciones en los tramos iniciales de la redacción. No sólo eso, también los valiosos comentarios y sus palabras de aliento.

Finalmente a los míos, empezando por mi familia desde el primero al último y siguiendo por mis amigos Pablo y Adrián, el primero por sus notas descreídas e irónicas, el segundo por considerarlo un ejercicio consciente y responsable (ambas miradas válidas).

Introducción: La teoría ritual y su aplicación en el contexto de la crisis argentina. Construcción del problema.

Presentación:

Este trabajo abordará la significación que tiene el proceso abierto con la renuncia presidencial en diciembre de 2001 a la luz de una lectura antropológica. Dicho quiebre fue vivido colectivamente como una bisagra en la historia nacional, una inflexión que se expresó a nivel de las formas de participación e identificación política implicando con ello un desplazamiento en el plano cultural. Para argumentar en ese sentido, nos apoyamos en el modelo de “drama social” elaborado por Victor Turner (1974) partiendo de algunos supuestos: i) la ruptura ocurrida en diciembre de 2001 es resultado de una serie de cambios estructurales que modificaron sustancialmente a la sociedad, llevando a un tercio de la población a la indigencia, la mitad a la desocupación y achicando brutalmente la clase media; ii) ese cuadro de movilidad descendente se plantea como una situación de pasaje en la cual el conjunto social deja atrás atributos culturales del estado anterior; iii) reflejo de esto, nuestro sujeto de estudio, esa franja de “clase media” que experimenta el retroceso de diversas maneras –tanto individual y económicamente, como en el desconcierto compartido que trae aparejado la dinámica excluyente del mercado laboral–, impulsa un modo de igualación por el cual se suceden cuestiones culturalmente relevantes. De un lado, la crítica a las relaciones estructurales por medio de la acción ritual (la puesta en escena del concepto de *communitas*) y la configuración de una zona experimental que emerge del tránsito entre la crisis y su reparación (referido como periodo liminal). Fenómenos emblemáticos de esta irrupción son las llamadas “asambleas barriales” constituidas bajo la proclama del “que se vayan todos (los políticos)” y la regla de la “horizontalidad”, el redescubrimiento de lo barrial como universo de identificación política a distancia de las mediaciones e instituciones preestablecidas y la reutilización de repertorios culturales (sobre todo artísticos) distintivos del universo de “clase media”. Siguiendo a Turner (1985), la puesta en escena de la igualación y el contexto liminal generan nuevas reglas combinatorias que, plasmadas en símbolos, rituales y obras de arte, devienen modelos clasificatorios de la realidad y las relaciones humanas. En base a esto, buscamos entonces resaltar: la trascendencia de esos encuentros en tanto prácticas rituales, su imbricación dentro de la

esfera amplia de la vida social y, finalmente, la necesidad de una problematización sobre las definiciones de “lo político” colocando en primer plano el contexto agónico de las representaciones tradicionales de la autoridad y los sujetos políticos y el lugar preponderante del arte como portador de un lenguaje de igualación y/o inclusión –por tanto político– y medio de autorealización y protagonismo social.

Apuntes: las marcas de diciembre de 2001 y la resignificación de la política.

Noviembre de 2004. En el Centro Cultural, Emilio y Alejandra imaginan un cronograma para la muestra final de los talleres dictados a lo largo del año. Aquellos dedicados al aprendizaje de técnicas de producción artesanal se exponen en forma de “feria”. Es por eso que Majo, otra de las jóvenes presentes, tienta a Victoria para sumar sus dulces y licores caseros. Tras meditarlo un instante ella accede: “Me parece bien, pero entonces también deberíamos invitar a la gente de *TiTrayJu*” (“Tierra, Trabajo y Justicia” es el nombre que llevan los paquetes de yerba mate elaborada por una cooperativa de pequeños productores del monte santiagueño asociada con redes de comercialización alternativa). La contrapropuesta es aceptada por todos, siempre que se trata de vincular *vecinos* y productos autogestionados. Victoria, entonces, resuelve ir hasta su departamento a pocas cuadras de la antigua casona, buscar el número de teléfono de la cooperativa en su departamento y concretar la invitación. Repentinamente, un apagón deja a oscuras el barrio. Emilio sugiere que alguien acompañe a Victoria. Aunque no teme caminar sola de noche, esta mujer anciana, militante social de tiempo completo, no puede evitar el riesgo cierto de una baldosa desprendida o algún inesperado escalón entre las penumbras. Me ofrezco a acompañarla. Esta circunstancia representa para mí una imperdible oportunidad de involucrarme al menos por un instante en su vida.

La relación con Victoria, y en buena parte también con el resto ellos, fue desde el comienzo algo distante. Imaginaba que por varias razones. Para empezar, mi llegada al grupo repitió, con algunos años de diferencia, aquella imagen de los estudiantes e investigadores que participaron en la primera etapa de las llamadas *asambleas barriales*. Tanto unos como otros arribaron esperanzados en aliviar simultáneamente dos clases de frustraciones. Por un lado, la colectiva, es decir, la que derivaba de los fracasos

permanentes de los gobiernos democráticos y la decadencia de la “clase política”. Por el otro, una más individual en el doble sentido de “encontrar” un lugar en el cual uno se involucra con el otro revirtiendo ese aislamiento que tanto se ha reprochado al ámbito académico, y a la vez un universo de estudio pretendidamente renovado e incluso “inédito”. Como sabemos, el protagonismo colectivo que siguió a la renuncia de De la Rúa, expresado en movilizaciones y más tarde con la irrupción de las “asambleas barriales”, encontró en el espacio barrial todo un poder de significación. La crisis de la idea de “representatividad” generó en respuesta un universo simbólico de igualación y proximidad para expresar un sentido (y un ideal) de la política. Las plazas y esquinas de la ciudad fueron en adelante verdaderos centros de atracción social, espacios de discusión e intercambio en estado de experimentación.

Como parte de esa exigencia fuertemente “niveladora” (Svampa 2003), las luchas en el interior de las “asambleas” se dieron no sólo entre *vecinos* y militantes partidarios, también se debatía el lugar del académico con respecto al “saber” y el análisis de la coyuntura política. Si a esto sumamos que, con la declinación posterior de la participación barrial, muchos regresaron “cómodamente” a las aulas, la imagen final fue la del investigador como visitante ocasional que asoma cada tanto para hacer ejercicios de recolección de datos y descripciones.

Victoria es una antigua colaboradora en la vieja casa. Su figura está ligada al grupo de fundadores de la biblioteca popular –si bien ésta fue inicialmente organizada por Emilio y un grupo pequeño de amigos a comienzos del año 2000. La dedicación cotidiana en la Biblioteca y las actividades que realizan las Madres de Plaza de Mayo describen suficientemente su convicción política. Sin embargo, a mediados de 2004 resignó su participación en la “asamblea” que gestaron integrantes del Centro Cultural y la Biblioteca y a la que se sumaron demás vecinos del barrio. Las cosas habían tomado un rumbo desafortunado. Así lo explicó cuando decidió su alejamiento:

“Se perdió el espíritu que las guiaba (a las asambleas) en 2002. Frente a la sociedad no asumimos posturas claras sobre los problemas de la política nacional. Así se reflejó siempre que cada uno de nosotros participó por su cuenta en los distintos espacios de discusión ¹. Como grupo, en cambio, funcionamos más cerca de *lo cultural*: como Centro Cultural todos hacemos algo, es un *trabajo social* que nos hace sentir bien, mientras que eso no pasa como asamblea”.

En efecto, aunque constituyeron un buen punto de partida en términos de realización social y política, la vitalidad de las “asambleas” fue erosionándose al paso de obstáculos propios y otros que ponían aquellos empeñados en restarles notoriedad. A poco de andar, se les quitó la atención como posibles actores con capacidad de desafiar a los partidos tradicionales. Por su parte, la búsqueda de formas de “autoorganización social, cultural y económica” expresadas en: festivales solidarios, “colectivos” de arte, emprendimientos de auto-empleo, etc. obró en la dirección de un repliegue sobre el espacio barrial y consecuentemente la atomización de las “asambleas”. En adelante, el entrecruzamiento con esas otras modalidades reveló todo un terreno fértil en el que esa participación podía potenciarse: cómo y porqué ocurrió así es un tema que abordaré en este trabajo.

El planteo de Victoria trata de resolver el interrogante “¿dónde quedó lo político?” después que la “asamblea” fue evadiendo el espacio compartido con otras “asambleas” y organizaciones sociales relacionado con la participación en los temas de la “política nacional” (el no pago a la deuda externa, la estatización de las empresas privatizadas, la campaña para la creación de un subsidio universal a la niñez, etc.). El interés que pone el grupo en “lo cultural”, le sugiere la respuesta: desde lo cultural, todos hacen un “trabajo social”, participando diariamente. A través del Centro Cultural se ponen en marcha relaciones sociales igualitarias y se diversifican los vínculos con los vecinos del barrio. Lo “político” se concreta en las relaciones y eventos que generan las actividades del Centro Cultural. Siguiendo esa perspectiva, ambas esferas quedan imbricadas mutuamente: lo cultural es pensado por los actores como un influjo desde y hacia lo político. También la cultura, a través de los lenguajes artísticos y/o afectivos, genera imágenes y metáforas que en algún punto inducen a una reflexión “política” sobre el mundo de las relaciones humanas. De esta manera, es posible contestar a la voz oficial del gobierno tomando como elementos de significación los que pertenecen a la “cultura”. Así, distintos autores ligados al mundo del arte han dado cuenta de la intensificación de la relación entre arte y política a raíz de los acontecimientos de diciembre de 2001ⁱⁱ.

Partiendo de esa ubicación de las categorías nativas en la vida social (lo cultural, lo político, el trabajo social) tomamos nota acerca de cómo se problematizan las fronteras que separan lo político, de lo social (Rosato y Balbi 2003). Aquí son los propios actores quienes

exploran los cruces de la cultura y la vida diaria para darle sentido a lo político. En la medida en que esas categorías nativas contradicen la idea de lo político como una esfera diferenciada de la vida social se vuelven para nosotros categorías de análisis. En otros contextos, es el gobierno quien aprovecha, políticamente, estos cruces para construir una representación determinada. En esta dirección se puede citar el trabajo de Laura Masson (2004) *La política en femenino*. En él, la autora aborda el complejo andamiaje que instituyó una política social cuyo principal protagonista, las mujeres pobres del Conurbano Bonaerense, se legitimaba social y políticamente mediante la apelación de ciertas figuras y valores que se presentan como universales y en principio “despolitizadas” (la maternidad, lo doméstico, la familia, etc.)ⁱⁱⁱ. Con ello se muestra que tanto la delimitación de los problemas sociales como las formas de reparación están atravesadas por representaciones (sociales, religiosas, morales y estéticas) que sobrepasan el campo de lo político entendido como esfera diferenciada a partir de repertorios, reglas y valores propios.

Recapitulando, mientras que el trabajo recién mencionando pone de manifiesto la imbricación de lo político en lo social, en el nuestro el eje está puesto en las relaciones entre “cultura” y política expresada aquella a través del lenguaje afectivo y/o dramático presente en la música, el teatro, las artes visuales, etc.. Para ello, en la sección introductoria partimos de una lectura sobre la conformación del universo cultural de la clase media argentina en una trayectoria que va en ascenso desde los comienzos del siglo XX (Privitellio de 2003, Romero 2002) hasta mediados de los sesenta para luego iniciar un proceso de caída abrupta con la última dictadura militar y la “consagración” del modelo neoliberal de Menem (Minujín y Anguita 2004, Svampa 2003, Terán 2002, Vezzetti 2002, Sarlo 2001, Martucelli y Svampa 1997) reflejadas en el capítulo uno.

.....

Presentado ese primer eje de análisis, las relaciones entre cultura y política, quiero dar cuenta de un segundo propósito. Este tiene que ver con comprender la dinámica de esas relaciones en términos de acciones rituales. Partiendo de este concepto, vamos a señalar una limitación que suele prevalecer en las explicaciones acerca del “fracaso” de las “asambleas”. Tal como ocurre en la explicación de Victoria, la experiencia de las

“asambleas barriales” quedó asociada a un fenómeno importante de participación que se frustró completamente. Ya fuera por la presencia desgastante de los partidos tradicionales de izquierda o por la propia resistencia de las “asambleas” a articularse en un todo estructurado fundada en ese imperativo de la “horizontalidad”, las vías explicativas coincidían en el desenlace frustrado. Por cierto que esta imagen fue remarcada por todos los que recelaban de esa experiencia; básicamente los partidos políticos tradicionales cuyo principal portavoz era el ex presidente Alfonsín y la opinión conservadora liderada por el diario La Nación. Finalmente, el desencantamiento colectivo sobre las “asambleas” dio paso a una vieja definición sobre la “esencia” de la “clase media”. En efecto, entre la ironía y el castigo consigo misma, reflorecieron los retratos de una “clase media” conformista que sólo actúa colectivamente cuando sus hábitos de consumo han sido recortados drásticamente. Esta imagen recurrente en la literatura sobre la “clase media argentina” es retomada aquí en el cuarto y último de los capítulos.

Dejando de lado los argumentos e intereses que obraron para interpretar el repliegue de la “clase media” y el “fracaso”, o bien credulidad, de las “asambleas barriales”, nuestro punto de vista se opone a una idea extendida en los análisis. Esto es, la simplificación que se impone al medir el grado de éxito o fracaso en términos de una eficacia política, entendida ésta como redistribución real del poder. Lejos de esto, nuestra mirada apunta a reconocerles una eficacia cuya dimensión es ante todo simbólica. En este sentido, intentaremos demostrar a lo largo de este trabajo que el acontecimiento de la democracia directa y la igualación simbólica no puede sino tener lugar de manera ritual y simbólica en virtud de que representa la cara opuesta de una sociedad fragmentada por las desigualdades sociales y económicas y cuyas identidades políticas fueron sucesivamente erosionadas. Decir que una acción es simbólica no debe sugerirnos que se trate de algo puro y solamente imaginario, alejado de la realidad misma. Al contrario, como se justifica en la sección siguiente, por ella se induce a los grupos a la reflexión y la acción. La acción ritual trasciende el espacio de la “asamblea” y se extiende al universo de las actividades culturales. Es que la capacidad para lograr una representación dramática pone al arte en sintonía con una impronta ritual, como medio de autorealización y protagonismo social. “Por la ficción, el arte hace que la realidad sea legible, como si la historia fuese un film inacabado, una ficción de la que somos, al mismo tiempo, cámaras y actores”^{iv}. Los

murales, los graffittis, las murgas y el carnaval, son eventos que entrecruzan todos estos aspectos.

Ahora bien, la preocupación por entender la irrupción de formas colectivas de igualación simbólica en términos de identificaciones políticas es una obvia señal de los tiempos que corren. Es decir que está ligada a la crisis de las representaciones sociales que sustentan a las democracias en el mundo occidental (Gallego 2001; Badiou 2000; Macpherson 1991; Lefort 1987). No sólo las sociedades latinoamericanas, también las europeas, viven un malestar en la relación entre representantes y representados. Aunque no se ha llegado a una ruptura radical, la “representatividad” política está puesta en severo entredicho. El problema de legitimar la representación, y con ella los partidos políticos, se ha profundizado a raíz del llamado proceso de “globalización” en el cual los grandes capitales económicos concentrados han socavado el poder de los estados nacionales para manejar el destino de sus ciudadanos (Bauman 2001). En este contexto, las identificaciones políticas tienden a desencajarse del modelo tradicional de la representación política sustentado en el rol de los partidos políticos. El progresivo “desencantamiento” de las sociedades modernas sobre la legitimidad de la autoridad política se revela en los modos de identificación “igualitaria” que éstas adoptan.

Para poner de relieve esa reconfiguración de las identificaciones políticas, vale la pena mencionar el trabajo de Borneman y Senders (2000), *Politics without a Head: Is the “Love Parade” a New Form of Political Identification?*. Dicho trabajo desentraña la dimensión política que, ausente en todos los análisis e interpretaciones referidos a la cuestión, está detrás de ese fenómeno de participación masiva en Europa que es el *Love Parade* (multitudinario encuentro de jóvenes con sede en Berlín en el que durante tres días escuchan y bailan música electrónica –luego popularizado como *fiesta rave*). Como señalan los autores, no hay que ir demasiado lejos para entender que dicha trascendencia está relacionada a una forma de identificación política *propia* de fines del siglo XX. En efecto, partiendo de una radiografía del contexto de posguerra alemán y también del desencanto que sobrevuela en las democracias occidentales, el *Love Parade* se piensa en términos de una performance ritual cuya significación es ante todo la búsqueda de una *igualación simbólica*. En verdad, se trata de una afirmación a la que los autores llegan luego de estudiar las fases del ritual y lo que allí hacen los participantes. Toda una trama se

despliega en el lenguaje de la música electrónica y la danza: sus raíces híbridas (son tan sólo unidades rítmicas alternadas y secuenciadas, no hay trazos del “compositor” ni preocupación por la “autenticidad”), su rechazo a lo discursivo (no hay ninguna suerte de proposición o significación, no se busca reportar nada) y la unificación afectiva a través de los movimientos (los participantes reconocen sobre ellos mismos y sus cuerpos un imperativo colectivo que no remite a un mandato externo, sino que viene de adentro, es sensitivo y no razonado), etc. expresan una “política del no compromiso” –*nonengagement politics*–. Más aun, devuelven una imagen acéfala de la autoridad. Vale decir, sostienen los autores, que la relocalización ritual de la soberanía colectiva en un plano sensorial contiene un sentido político: a la vez que evoca una negación de la autoridad, la política del no compromiso deviene como un modo de autojustificación (“nosotros, en tanto alemanes, no estamos haciendo nada mal; no somos ni tenemos nada que ver con nuestro pasado nazi”). En definitiva, la identificación política se asume como evitación sistemática de todo aquello que puede ser figurado como autoridad; todo poder es eludido bajo la ilusión de refutar todo compromiso. No está de más decir que dicho enfoque también señala las limitaciones que encuentran las definiciones formales sobre lo propiamente político (desde Weber a Schmitt pasando por Habermas en Borneman y Senders 2000:297) e inclusive las que implican a la disciplina antropológica (desde las más instrumentalistas –Bailey, Cohen– a aquellas que recortan lo político como enmascaramiento de la dominación –Tausig– pasando por las que lo entienden en tanto relatos cosmológicos –Geertz– en Borneman y Senders 2000:297). Así volvemos entonces sobre lo que anotamos más arriba, a saber, el problema de los límites que demarcan lo político y la intersección con otros campos de la vida social.

.....

El contacto cotidiano de Victoria con grupos de jóvenes y estudiantes hace que en ocasiones mi lugar como “investigador” pase inadvertido. Cuando eso sucede, una charla fugaz con ella me permite conocer los dilemas que surgen de las percepciones del grupo y las presiones o necesidades que se generan tanto en la marcha interna, como en la relación con el barrio, la sociedad y el Estado. De regreso a su casa, le hago notar mi alegría cuando

supe que la Biblioteca contaría en un futuro cercano con un subsidio entregado por el Gobierno de Buenos Aires. A fin de cuentas, así se resuelven viejas necesidades; una computadora en lugar de los precarios ficheros y las anotaciones escurridizas. Su respuesta, no obstante, me toma por sorpresa. En su mirada, aquél “beneficio” no justifica el sacrificio que se les reclama:

“Si queremos tener ese subsidio, debemos primero cumplir con la reglamentación que exige tener una personería jurídica”: debemos elegir entre nosotros quien ocupa tal o cual lugar dentro de una pirámide y reproducir el modelo (vertical) con el que ellos se manejan. No estoy tan de acuerdo con resignar nuestro modo de funcionamiento, somos una biblioteca popular”.

Su respuesta revela una angustia casi existencial: la “ayuda” estatal pone en juego nada menos que la “horizontalidad”, modo de ser que reproduce las relaciones entre los integrantes del grupo, pero también con el afuera, tanto en lo social como en lo político, lo económico, etc.. El dilema no quedaría resuelto si se accediera al requisito descontando que en la vida diaria esa pirámide formal no tiene ningún valor para el grupo. Por el contrario, su punto de vista expresa el carácter irrenunciable de esa cualidad: el valor de la “horizontalidad” se pone a prueba en todo momento, en cada enunciado y en cada acción. Convalidar circunstancialmente ese tipo de relación (pirámide-conjunto) pone en crisis inexorablemente algo que irrumpió en forma visceral tras los acontecimientos de diciembre de 2001: la participación de la sociedad para poner en escena la *igualdad*. En otras palabras, el juicio que sostiene Victoria privilegia, frente a todo, la posibilidad de estructurar de *otra* manera una práctica social, donde la organización o grupo social rechaza cualquier principio de jerarquía. El reconocimiento de un potencial creativo inherente a las prácticas sociales vincula en la visión de Victoria el interrogante acerca de la “agencia” de los seres humanos: con este concepto, el análisis de la acción social define la capacidad de los individuos para obrar de acuerdo con la determinación de su voluntad. Dicho de otro modo, Victoria está persuadida de que las riendas del grupo deben llevarse colectivamente y permanecer ajenas a cualquier ordenamiento institucionalizado por el Estado. Es deseable transitar una vía libre de la injerencia burocrática. Entiendo con esto que a las relaciones jerárquicas se le oponen otras reglas sociales. La horizontalidad, como medio y fin, es una de dichas formas.

En este trabajo queremos explicar el trasfondo de esa búsqueda de igualación a la luz de lo que se hizo evidente tras los acontecimientos de diciembre de 2001. Junto con el agotamiento del modelo económico instaurado en los años noventa la sociedad entera se vio confrontada con las brechas sociales y económicas producidas desde entonces en adelante. Los cambios ocurridos habían transformado completamente la sociedad recayendo la peor parte en los sectores trabajadores. Se produjo un achicamiento brutal de la clase media que históricamente diferenció a la Argentina del resto de los países latinoamericanos (introducción). La ruptura reveló con dramatismo una realidad que tenía años de gestación. Como sucedió en otros momentos de la historia (el 17 de octubre de 1945 estudiado por Neiburg –2003–) la movilización social sacó a la superficie problemas que la sociedad había naturalizado. A partir del modelo de *drama social* de Turner (1974) ese desencadenamiento se nos plantea como el inicio de una secuencia ritual a transitar por la sociedad. La semejanza con lo ritual se funda en la idea de una “situación de pasaje”. En el tránsito de un estado cultural a otro, la sociedad, o mejor dicho la “clase media”, atraviesa un período liminal donde se anulan las marcas y atributos de las fases anteriores o venideras (introducción). El concepto de drama a su vez remite a una puesta en escena de la vida social, con sus caracteres fuertemente contrastados y los efectos catárticos que una realidad siempre sometida a las injusticias produce (Prieto 1988). Adelantamos como hipótesis que la ritualización expresada en la “asamblea” y la resignificación del espacio barrial pone en primer plano la *igualdad* en las relaciones sociales. Yendo más lejos, esa igualación corre pareja al extrañamiento colectivo que ocasiona el desgarramiento de la transición. La noción de drama comporta una secuencia de fases desplegadas temporalmente (caps. II, III y IV). La acción simbólica cobra aquí un papel central ya que por ella se reconoce la profundidad de la crisis y las formas de remediación. Retomando el objetivo planteado por Neiburg en su trabajo sobre el 17 de octubre en la Argentina (2003), describiremos nuestro proceso partiendo de lo que desnudó diciembre de 2001 y lo que produjo de nuevo y de duradero en la vida social, política y cultural.

El modelo de drama social de Turner, los períodos liminales y la acción ritual.

Ya lo dijimos, diciembre de 2001 fue vivido como un punto de inflexión en la historia del país. Los saqueos extendidos en diferentes provincias, las protestas de una “clase media” ya movilizada en la Capital, la renuncia presidencial sumada a la dirección trágica que tomaron los acontecimientos tras la violenta represión, fueron marcas innegables que anunciaban una vuelta de hoja. Impulsadas por el protagonismo social –que se arrogaba el mérito de haber expulsado, con los “cacerolazos”, dos presidentes en menos de siete días, tras una breve secuencia de renuncias en el medio–, surgen las “asambleas barriales”. Constituidas como espacios territoriales de participación directa, en la antípoda de la democracia representativa, ellas expresan en términos colectivos un giro de resignificación de la política. Aunque inauguralmente centradas en torno del cuestionamiento al contrato de representación, al poco tiempo escogieron nuevos campos de intervención –cultural, económico, social, etc.– siguiendo el proyecto originario de autoorganización. En estos ensayos se refleja por cuenta propia la necesidad de recrear, al menos simbólicamente, un universo de inclusión y reconocimiento en una sociedad que sucesivamente fue quebrantándose en lo social y económico mientras su “clase política” se aislaba cada vez más siguiendo aspiraciones propias^{vi}.

Si la ruptura ha vuelto visibles principios hasta entonces naturalizados (Ej. la identificación “cabalizada” de la clase media argentina con el modelo de la convertibilidad y los “beneficios” que ella trajo en términos de consumo), por otra parte no garantiza qué puede sobrevenir. La “crisis”, dice Oscar Terán, “quiebra el hilo de la temporalidad hasta entonces vigente y recompone lo que eran datos definidos y articulados en el interior de otro sistema de sentido” (2002:1). “Dar forma”, “recomenzar”, “obrar”, “sincerar”, “refundar”, etc. son metáforas que se repiten en columnas de opinión, crónicas de la calle, programas radiales y televisivos durante el verano de 2002. Interrogantes que expresan una clase de extrañamiento colectivo frente a lo que parece quedar atrás y la situación que se abre. En rigor, aunque el cambio del rumbo económico llegara apenas más tarde, a destiempo de los reclamos del FMI y luego del vaciamiento de los depósitos en dólares, desde la lectura común se asume que el *umbral* que hizo posible dejar atrás la década de los noventa fue la movilización social de diciembre y cuyo principal actor fue la “clase media” porteña (por tal punto de vista entiendo un discurso que se autodefine de “clase media”, el

cual bien expresa, por ejemplo, el diario *Página /12*). Desde entonces, se hizo evidente para el poder político, que debía dar un giro completo, empezando por un plan económico de emergencia y un gesto de “sinceridad”. Los días posteriores a la renuncia de De la Rúa se sucedieron en medio de medidas verdaderamente excepcionales: la declaración formal de la quiebra económica y la cesación del pago de deuda externa son una muestra suficiente de la desesperación de la “clase política” por generar una respuesta positiva de la hostil sociedad.

Como señalé, abordaré el proceso desencadenado partiendo del concepto de *drama social* de Víctor Turner (1974). Dicha secuencia dramática es observable al nivel de la acción simbólica; se cristaliza en los modelos y metáforas que están en la cabeza de los actores. Resulta apropiado referirse aquí a la metáfora del “naufragio” descrita por el antropólogo Carlos Masotta. Dicha imagen, visible recurrentemente en las descripciones de la crisis argentina, expresa una forma de colectivización trágica. Su incorporación a la narrativa de la nación y los relatos de su fracaso e incompletud, dice el autor, permite la comprensión de expresiones de la identidad colectiva argentina. En el contexto de la crisis estudiada, dicha metáfora “es especialmente apta, pues, al poder nominar una situación de incertidumbre o contradictoria, la torna inteligible y habilita su narración, al tiempo que la coloca genealógicamente” (Masotta 2002:4). Se entiende con esto, que en la tensión conflicto social / adaptación, la acción simbólica juega un papel clave.

Las fases del drama de Turner son: quiebra / crisis / reparación / reagregación o separación. Esquemáticamente, la secuencia se inicia con una ruptura de las relaciones que regulan a la sociedad. Esta ruptura se expresa en forma notoria con la transgresión de alguna regla esencial, como, por ejemplo la insubordinación a la autoridad política. Siempre hay algo altruista en quien impulsa la quiebra, es decir, actúa o cree hacerlo en nombre de otras partes. A ella le sigue una fase de crisis donde el conflicto amenaza con extender la quiebra hasta alguna hendidura dominante en el conjunto mayor de la sociedad. Allí se revelan contradicciones fundamentales hasta entonces ocultas. La crisis, dice Turner, es una fase indudablemente liminal puesto que es un umbral entre el momento de quiebra y el de reparación. En este último, para limitar la extensión de la crisis, las partes gobernantes ponen en juego mecanismos de compensación eventualmente jurídicos (arbitraje, amonestación, etc.) ó simbólicos (rituales públicos). Finalmente, sobreviene, o la reintegración del grupo provocador, o el reconocimiento social de un cisma irreparable.

Este modelo toma prestada la lógica de los ritos de pasaje: en ellos, el individuo o grupo transita de un rango o status a otro pasando por un contexto liminal donde la conducta y el simbolismo se emancipan momentáneamente de las clasificaciones estructurales. En esta fase las características del “sujeto ritual” son ambiguas, no están ni en un sitio ni en otro. Análogos atributos liminales, plantea Turner, pueden encontrarse durante las fases de transición en las que grandes categorías sociales o grupos pasan de un estado cultural a otro (1985:118). Propongo trasladar esta conceptualización a la fase de crisis descrita anteriormente, en la cual el cuestionamiento a la representación política, expresado categóricamente en el “que se vayan todos”, traduce una separación entre sociedad y “clase política”. Al mismo tiempo, la separación es también una condición impuesta: la pérdida del trabajo, del ahorro, de la certeza o la confianza, etc. es, ciertamente, una forma de segregación.

A la vez, los rasgos del contexto o período liminal entrelazan otro aspecto de la cultura susceptible de ser estudiado. Me refiero a los valores e ideales que no proceden de las relaciones estructurales, esto es, de los vínculos que se organizan en términos de los roles, clases o rangos que separan a los hombres en función de ser “más” o “menos” dentro de la estructura (Turner 1985:103), sino que, por el contrario, proyectan un modo de relación social sin estructurar, por encima de cualquier lazo formal. A esa modalidad Turner la llama *communitas* o, complementariamente, anti-estructura. Esta remite, no tanto a la inversión o negación total de la estructura, como a un momento donde las facultades humanas como la creatividad y la volición se desligan de las normas que rigen las relaciones estructuradas. Precisamente, ahí radica una clave del análisis turneriano, a saber, la idea de complementariedad entre relaciones estructurales y antiestructurales. Cito a Turner para sintetizar la idea de liminalidad en términos de una zona experimental de la cultura:

“La liminalidad es una condición en la que con frecuencia se generan mitos, símbolos, rituales, sistemas filosóficos y obras de arte. Estas formas proporcionan a los hombres una serie de modelos que constituyen, a un determinado nivel, reclasificaciones periódicas de la realidad y de la relación del hombre con la sociedad, la naturaleza y la cultura, pero son también algo más, ya que incitan a los hombres a la acción a la vez que a la reflexión” (1985:134).

El objeto de estudio, entonces, comprende a la “cultura” como fondo de experiencias al cual las personas o grupos vuelven cada vez que uno o varios campos de la vida social (religioso, económico, político, etc.) entran en crisis. Otros significados se ponen de relieve cuando la situación ha desbordado los que hasta entonces fueron reconocidos como válidos ó suficientes. En esa búsqueda se redescubren modelos y experiencias preexistentes que obran como puentes para transitar la situación de incertidumbre. Y obran también impulsadas por la igualación de la sociedad; frente a la crisis se revalorizan los lazos primordiales en tanto que seres humanos –communitas–. El espacio y la sociabilidad barrial, el asambleísmo vecinal, se redescubren, siguiendo esta perspectiva, modeladas por las circunstancias del contexto liminal. A través de ellas se canaliza la exaltación colectiva y se brindan sentidos para pensar la realidad. También el arte, en sentido amplio, toma otra importancia. Los graffittis y las murgas por caso se vuelven medios predilectos para evocar la rebeldía social. La ironía y el anonimato en uno; la inversión carnavalesca del orden, en el otro, refutan a la estructura con sus jerarquías.

Los mismos protagonistas describen así la “situación de pasaje”:

“Los primeros días de enero de 2002 nos autoconvocamos ... empezando a recuperar así el espacio público, apropiándonos de plazas, esquinas, etc.. Sectores en general pertenecientes a la clase media urbana nos incluimos en el proceso de participación política, constituyéndonos en Asambleas. Tras la consigna “Que se vayan todos”, sintetizamos nuestra bronca, nuestro repudio y comenzamos a cuestionar todo aquello que el sistema nos viene imponiendo” (*Asamblea Vecinos Plaza Irlanda*, marzo de 2003)^{vii}.

Porque “recuperar”, “participar”, “bronca”, “cuestionar” aparecen cargados de dramatismo, esas reuniones constituyen verdaderos encuentros rituales. Su simbolismo y su puesta en escena otorgan protagonismo a quienes participan, a la vez que los cautiva emocionalmente (Kertzer 1988; Durkheim 1968). Porque representan formas de enfrentar la crisis constituyen una forma de adaptación cultural. Para justificar esta afirmación debemos dar cuenta de una definición de lo ritual y su lugar en la vida política.

La conducta ritual ha sido una materia relegada por las ciencias sociales –con excepción de la antropología– dentro del estudio de las sociedades modernas. Desde que Durkheim diera una definición ligada al comportamiento religioso del ser humano, lo ritual

quedó más o menos apartado del estudio de la vida profana. En buena medida ese ocultamiento se apoyó en la certeza sobre el paradigma racionalista que suponía a la sociedad occidental. Así, lo ritual sólo podría sobrevivir políticamente eficaz en sociedades “menos avanzadas”, lejos de las inmovibles instituciones políticas modernas. Sin embargo, como sugiere Kertzer (1988), una mirada más atenta sobre el mismo Durkheim obliga a repensar esta cuestión. En verdad, la misma explicación del ritual para la vida religiosa sirve para la vida entera ya que el culto a un dios es una expresión simbólica del culto a la misma sociedad, un fundamento para su cohesión. Así, lo sagrado remite en última instancia no tanto a una entidad divina como a la propia importancia de la interdependencia mutua. Lo que hace importante al ritual, dirá Kertzer, no es precisamente su imaginación acerca de lo sagrado, sino la forma vigorosa por la cual el lazo social puede expresarse (1988:9). Si en Durkheim el ritual aparece rodeando aquellos símbolos sagrados que cohesionan la sociedad (también Cazeneuve 1972; Turner 1980), la misma función debe cumplir en otro terreno –político o social– donde también se construyen identificaciones colectivas. El ritual, entonces, escapa a los límites religiosos y provee un modo importante para expresar simbólicamente tanto la adhesión como la acción.

La acción ritual remite a la conducta prescrita dotada de fuertes implicaciones simbólicas; repetitiva e insistente, expresa un modelo nativo de la realidad mientras ayuda a construirla. Tiene una razón de ser psicológica, de la mano de sus rasgos emotivos sirve de apoyo cognitivo en tanto otorga un sentido de continuidad (Kertzer 1988:10). No obstante, visto en función de su importancia social hay que ir más lejos de esa necesidad psicológica y reconocer el modo en que a través del ritual el individuo interactúa con y se diluye en las fuerzas sociales presentes en determinado momento histórico. El carácter dramático y su poder simbólico son las claves de su valor cultural. La manera escenográfica en que despliega, las emociones que vehiculiza, hacen que la gente se vea a sí misma jugando un papel dentro de la historia. A su vez los símbolos (objetos, actos, gestos, lugares, etc.) aportan los significados dentro del contexto ritual pero a la vez construyen el sentido de la realidad y el entendimiento del mundo. Poseen tres propiedades vitales. La condensación logra que muchas cosas puedan representarse en una sola secuencia simbólica --Ej.: el pañuelo que cubre la cara de los manifestantes puede suscitar la desconfianza de una parte de la sociedad que interpreta una actitud delictiva mientras que para ellos constituye un

símbolo de la lucha política y una identificación con las luchas sociales de otras latitudes simbolizada de la misma manera como el caso del líder del campesinado mexicano Subcomandante Marcos-. Vinculado a lo anterior la multivocidad, es decir, el hecho de que un mismo símbolo puede significar cosas distintas en diferentes personas se vuelve un aspecto sustancial en tanto posibilita múltiples adhesiones desde interpretaciones distintas. Finalmente, la ambigüedad: allí donde el símbolo no encarna un significado preciso permite una amplitud de referencias imposibles de evocar mediante la sola palabra. Ya que se trata de entidades dinámicas que interactúan dentro de un proceso social, se ajustan, como los grupos, a las fases de cambio. Así como las personas usan símbolos y rituales, también, eventualmente, los construyen y redefinen en la acción.

Desde las posturas más funcionalistas se ha considerado a los rituales de contestación política como piezas coherentes para el mantenimiento del sistema político. A través de la confrontación ritual se canalizan los sentimientos y las energías que pudieran transformarse en impulsos violentos. Desde esta perspectiva, ciertos rituales de resistencia permiten aislar las tensiones y así evitar rupturas fatales para los propios gobernantes. Precisamente, anota Kertzer, éstos fueron históricamente conscientes de la importancia que tiene esas “válvulas” para el control de los subordinados (1988:132). Así por ejemplo, considerados como rituales de inversión, los festejos del carnaval proveen un marco seguro para expresar la exaltación mediante la ridiculización momentánea de las figuras políticas importantes. Las grandes marchas al mismo tiempo, si bien muchas veces logran presionar en la dirección que se proponen, otras tantas no alteran en nada el curso de las decisiones políticas y sin embargo constituyen para sus participantes una acción políticamente útil, dan a éstos la alivante impresión de estar actuando sobre sus propios destinos (Kertzer 1988). Con todo, una delgada línea separa su dimensión catártica de su potencial transformador. Así como componen una teatralización, también pueden agudizar las contradicciones y provocar hendiduras en el sistema de dominación. Los rituales ciertamente pueden revertir las debilidades de los subordinados estructuralmente, su falta de organización y recursos, gracias a su eficacia para convencer y auto convencerse.

En ese sentido, podemos mencionar, entre otros, el trabajo de Edmund Leach a mediados de la década del cincuenta. En su estudio de la cultura *Kachin* (Alta Birmania) planteó la ubicuidad del ritual no tan sólo para hacer explícita una determinada estructura

social, sino, más importante, para hacer visibles las tensiones que recorren a la sociedad. Este punto de partida implicó dejar de lado la imagen del ritual como dispositivo de exaltación de los principios e instituciones que gobiernan la sociedad para pensarlo también, según sus palabras, como un “lenguaje de discusión”. Así, se estaría más cerca de vincular ritual y cambio social. En efecto, Leach encontró que los desajustes periódicos en la estructura social *Kachin* se simbolizaban por medio de dos polos ideales, uno autocrático y otro anárquico. De manera que, expresada en la realidad, la estructura social aparecía como un conjunto de ideas contradictorias sobre la distribución del poder entre las personas y los grupos de personas, ideas expresadas, precisamente, de manera ritual. En definitiva, nos aconsejaba Leach, el ritual debe también considerarse desde su aspecto dinámico pues, así como logra desnudar relaciones que no son reconocidas en todo momento –Ej. las más igualitarias–, puede convertirse también en un mecanismo opuesto al que sanciona el comportamiento y el orden establecido (1976:300).

El barrio, símbolo espacial de la clase media argentina.

Hoy todavía es posible encontrar en el contexto de una discusión acalorada entre vecinos y funcionarios de gobierno aquél participante octogenario que rememora en su argumento la centralidad que tuvo la vida barrial en sus años de mocedad. Ciertamente, el impulso de la vida local se asocia de forma estrecha al proceso de constitución de la clase media en Argentina. Fruto de la acelerada modernización de la estructura social, nuestro país empezó a contar, ya en 1900, con una clase media que era fuerza económica. En ese avance, el entorno físico fue testigo directo, siendo el período de entreguerras una época de oro en la “historia de los barrios” (Romero 2002). Política y cultura se entretrejen así en el cuadro de movilidad y crecimiento. Resalta el historiador citado, construir la urbe significó en aquél entonces construir también la sociedad.

Como se dijo, los barrios fueron figuras emblemáticas de esa expansión. A través de ellos la sociedad conoció un conjunto variado asociaciones: círculos de fomento, bibliotecas populares, cooperadoras escolares, clubes sociales y deportivos, asociaciones parroquiales, etc. Acaso una de las más recordadas sea la sociedad de fomento. Conformada voluntariamente por grupos de vecinos comprometidos con el mejoramiento edilicio del

barrio, las sociedades proliferaron a medida que se estructuraba la ciudad. Junto a las peticiones de infraestructura y servicios al estado sus miembros intervenían en la construcción de ámbitos de socialización, educación y recreación; muchas bibliotecas populares surgieron como desprendimientos de ellas. Por su parte, las escuelas promovieron bibliotecas de consulta y apoyo escolar. También la militancia política y sindical tuvo un papel: socialistas y anarquistas fueron grandes promotores de la lectura y la educación popular. La proliferación de ediciones económicas de clásicos de la literatura universal, afirma Romero, demuestra la importancia dada por los sectores populares a la cultura (literatura burguesa) ya que su apropiación era considerada una parte principal del proceso de incorporación social.

Grandes protagonistas las bibliotecas populares fueron, en palabras del autor,

“Agencias de actividades múltiples, en la que lo cultural se articulaba, por pasos sucesivos, con lo recreativo [...] Sus promotores eran los mismos que impulsaban y orientaban la lectura, de modo que libros, conferencistas y temas respondían a las mismas inquietudes. Más cotidianamente, las bibliotecas ofrecían cursos de capacitación, organizados a veces de manera sistemática, bajo la forma de ‘universidades populares’. Grupos de lectura, cuadros filodramáticos, grupos de música satisfacían las inquietudes de la gente y servían de base para las ‘veladas’, donde la exposición de los logros culturales se combinaban con el baile y en conjunto suministraban un esparcimiento adecuado a las familias. Con frecuencia, las bibliotecas, y muchas sociedades de fomento editaban una revista que ilustraba a los vecinos sobre los logros de la institución y servía para comunicarse con otras instituciones barriales” (Romero 2002:177)^{viii}.

En suma, cualquier aproximación al terreno de las cuestiones barriales parte de la certeza sobre la contribución fundamental del asociacionismo vecinal en la cultura popular, a la postre de una clase media argentina. Representativo de la primera mitad de siglo XX sus ejemplos de socialización llegan, pese a todo, hasta nuestros días. Respecto de su conformación, la cuestión de la clase media ha sido históricamente puesta de relieve por cuanto marca un rasgo distintivo respecto del resto de los países “hermanos” de América Latina. Entre los índices más claros que hablaron de aquella diferencia se cuentan los logros de la alfabetización extendida. Los argentinos fueron los mayores consumidores de diarios, libros y medios de comunicación; la industria editorial se mantuvo a la cabeza de la traducción y producción de libros en español, y los trabajadores fueron tradicionalmente

más calificados ya que la mano de obra ingresaba calificada gracias al aporte cultural y técnico del sistema de educación pública (Diario *La Nación* 09/2005, suplemento Enfoques pág 3). En suma, desde las primeras décadas del siglo XX hasta los setenta, el país mantuvo un ritmo de expansión que, aunque decreciente, significó la extensión de la alfabetización, la posibilidad de la movilidad social, la universalización de derechos sociales y políticos (Sarlo 2002). Digamos que ello representó el logro trascendental del Estado. Sin embargo, esos mismos estándares, semejantes a los de países europeos, “involucionaron” hasta “latinoamericanizarse” (Anguita y Minujín 2004).

La cuestión de la vida barrial y sus vínculos con la cultura popular y de clase media aparece con fuerza en el horizonte de las investigaciones sociales a raíz de la llegada de la democracia en 1983. La legitimación de ese objeto de estudio por entonces novedoso, afirma Sabina Frederic (2003), está surcada por un razonamiento a la vez moral y político de los autores quienes se ocuparon de identificar las esferas que albergaban una pretendida cultura democrática. En consecuencia, ello supuso la redefinición de la identidad de los sectores populares que dejan de estar asociados en relación al trabajo, la clase, el conflicto y la revolución, para pasar al énfasis en el barrio, la cultura popular, el conformismo y el reformismo. La lógica que produce esta nueva retórica, sostiene la autora, se explica tanto por la necesidad de justificarse en tanto científicos comprometidos con la transición democrática como por la reflexión subyacente en cuanto al papel que esa misma generación tuvo en lo referido a la producción de violencia durante la década anterior (Frederic 2003: 248).

Asimismo, ese giro casi idealizador sobre el universo barrial vuelve a estar presente en nuestros días. Recientemente Lacarrieu (2004) ha enfatizado los rasgos que componen el mito de la “participación ciudadana” caro al gobierno en la implementación de políticas de descentralización y participación. Subsiste en dicha representación la caracterización de comunidades homogéneas con ciudadanos indiferenciados social y culturalmente, en contradicción con una realidad en la que encontramos individuos con accesibilidades restringidas, con recursos materiales y simbólicos de poder profundamente diferenciados y desiguales (Lacarrieu 2004:170). Aunque impulsada por el cinismo, se puede agregar en esta vía de ocultamientos la instrumentación de las llamadas Juntas Vecinales durante los períodos de facto (1969-1973 / 1976-1983). Tendientes a “promover” instancias acotadas

de participación también impera allí una visión purista, siempre que se trata del ámbito vecinal donde las demandas de mejoramiento se diferencian de las reivindicaciones de los partidos políticos proscriptos (Del Brutto 1986).

No obstante, sin dejar de lado la mitificación que rodea a dicha cuestión, importa tener presente en este trabajo al menos una idea mínima de ese territorio de continuidades en el que aparecen reflejados a través del asociacionismo barrial repertorios de acción emparentados decisivamente con el proceso de conformación y reproducción de una cultura propia de clase media. Una vez más, los estudiantes universitarios de hoy, seducidos por ese pasado romántico y lejano, recrean el “espíritu” de la educación popular impulsada antaño por grupos afines, la militancia política se entreteje con distintas modalidades de acción vecinal, artistas y cuentapropistas promueven talleres de expresión y capacitación como entonces, “festivales barriales”, charlas y debates al aire libre replican eventos de comienzos del siglo pasado. Y lo mismo con las redes de compras comunitarias y las huertas barriales de nuestros días cuyos ejemplos solidarios recuerdan las sociedades de socorros mutuos de principios de siglo. Más aún, como se dijo al comienzo de este apartado, entre quienes hoy en día impulsan tales facetas de la vida local aparecen hombres y mujeres que crecieron durante el apogeo del asociacionismo barrial.

Trabajo de campo, fuentes y exploraciones previas.

Mi experiencia de campo transcurre en el barrio de Caballito entre noviembre de 2003 y diciembre de 2004. Durante ese lapso de tiempo compartí las reuniones semanales de la “asamblea” *Gastón Riva* y me involucré como participante colaborando con el mantenimiento de la Biblioteca “Los libros de la Buena Memoria”. Además asistí a los dos “festivales barriales” que se hicieron en la plaza y las “peñas” que una vez por mes se realizan en la casa organizadas por el Centro Cultural. Ambos eventos constituyen momentos claves en la vida del grupo y su relación con el espacio barrial, sus habitantes y actores circundantes. Por ese motivo constituyeron unidades de análisis. En los meses de marzo, abril y mayo de 2004 realicé entrevistas a algunos integrantes de la “asamblea” (Emilio, Paco, Miguel, Laura y Sebastián). A partir de ellas pude reconstruir buena parte del itinerario desde la fase embrionaria de la “asamblea” (verano de 2002). Emilio fue mi

informante principal y además la persona que facilitó mi llegada al resto del grupo. A esto se agregan las publicaciones de la “asamblea”. Con una salida mensual más o menos regular en forma de gacetilla, estas tuvieron un valor incalculable puesto que constituyen un registro de los hitos y dilemas que se suscitaron en el transcurso de la vida grupal expresado en las palabras y opiniones de los propios protagonistas. Esas sucesivas páginas “editoriales” traducen verdaderos “ejercicios de objetivación” (Bourdieu 1999): se trata de documentos que ponen en juego la racionalidad de los actores, donde la reflexividad manifiesta pone de relieve el punto de vista sobre sí mismos y el mundo y dentro de éste, el lugar a partir del cual se vuelven comprensibles y se justifican (1999: 532).

Otra fuente muy importante sustenta a este trabajo y es el material periodístico. La búsqueda apuntó directamente a un medio gráfico, el diario *Página/12*. La elección se entiende por el hecho de ser éste un diario representativo del universo de ideas y opiniones que elabora y consume la clase media argentina, más claramente en el caso de los sectores urbanos de la Capital Federal. Desde el momento en que se fundó, a principios de la década del noventa, *Página/12* se identificó con un estilo de periodismo crítico y “progresista”, no sólo en el sentido político y económico sino también en la premisa de ser un “diario de opinión” –en abierta oposición a aquello que busca mostrarse como información “objetiva”–. Los títulos de la portada, cargados de ironía y sutilezas, son una muestra completa de su estilo. Su identificación con el pensamiento de los sectores medios de la Capital se reflejó una vez más en el verano de 2002, comulgando con el ánimo victorioso y la excitación que se vivía por entonces. Muchos de sus periodistas, residentes capitalinos, participaron como “vecinos” en aquellas reuniones que tenían lugar en las intersecciones de avenidas, plazas y monumentos. Aunque luego esta participación dejó paso a un escepticismo respecto del futuro de las “asambleas barriales” y con la llegada del presidente Kirchner el diario asumió una postura de apoyo explícita, las voces allí expresadas son una vía importante para identificar a un discurso de clase media y a una buena parte de las interpretaciones sobre el curso del drama social.

Con anterioridad al trabajo de campo, tenía algún conocimiento del entramado de actores barriales que conviven en este barrio. Esas experiencias previas tuvieron que ver con la elección de un tema de investigación para la materia Metodologías y Técnica de la Investigación de Campo que cursé en 2001. Mi exploración inicial siguió una clasificación

existente en la literatura académica. Entre las asociaciones aparecían identificadas dos orientaciones posibles (Grillo 1988). Por un lado, las de tipo tradicional. Entre éstas aparecen las instituciones creadas por inmigrantes destinadas a la ayuda mutua y el patrocinio de las formas culturales de origen. La Asociación de Cultura Siria, la Asociación Italiana de Socorros Mutuos, la Asociación Pan Aluíta Islámica, etc. son ejemplos del arraigo de distintas comunidades en el barrio. Junto a ellas, aparecen las que continúan la tradición fomentista, cuyo énfasis está puesto en el mantenimiento o mejoramiento de las condiciones de vida en el barrio, la reivindicación de la obra pública como indicador de la gestión pública y la búsqueda de reconocimiento por parte del Estado como interlocutores locales. Amigos de la Plaza Primera Junta, Asociación vecinal Placita Crisólogo, Asociación Voluntarios del Parque Centenario, Asociación Amigos de la Naturaleza, Asociación Apertura Barrial Comunitaria, etc. pertenecen a esta categoría. En afinidad con la orientación fomentista aparecen también asociaciones dedicadas a comunicar aspectos históricos y particularidades del barrio: Asociación Amigos del Tranvía, Club de Leones de Caballito, Movimiento Identidad Caballito, Junta de Estudios Históricos de Caballito, etc. — a mitad de camino entre los dos últimos tipos merece mencionarse la Revista Horizonte de publicación mensual—. Otras asociaciones participan en este entramado promoviendo formas de acción solidaria. Son las llamadas entidades de bien público y entre ellas se pueden nombrar innumerables centros de jubilados y pensionados, clubes para la tercera edad, asociaciones de beneficencia de base religiosa, cooperadoras de escuelas y hospitales, clubes de recreación y deportes, etc. Dentro de este tipo, finalmente, se cuentan las asociaciones dedicadas a facilitar los lazos entre habitantes, artes y ciencias generalmente impulsadas por personas ligadas al campo educativo. La Asociación Amigos del Museo de Ciencias Naturales, Amigos de la Astronomía, Asociación de Educadores Porteños; Biblioteca Marco del Pont, Biblioteca Gral. Alvear; el Centro Cultural Lola Mora, Centro Cultural Crear, la Sociedad Teosófica, etc. son algunos ejemplos entre una larga lista.

La descripción de este mosaico asociativo no terminaba ahí. Conviviendo con todas ellas, hallábamos una presencia que alteraba a este paisaje uniforme de por sí. El tono pastel de sus paredes y los dibujos, las invitaciones y una agenda pegada sobre la cartelera en la vereda, anunciaban ya un cambio generacional, la realización de un nuevo modelo. Allí, en la vieja casa frente a la plaza Giordano, funcionaba una Biblioteca Popular. La

inscripción en el frente, *Los Libros de la Buena Memoria*, evocaba para mí toda una forma de vida, de socialización y aprendizaje; apartada del modelo escolar estructurado “arbitrariamente” en roles y niveles –además de un título del cancionero del rock argentino. Teniendo en cuenta la clasificación de Grillo, esta nueva asociación debía corresponder con un tipo más cercano en el tiempo. Concretamente, con una forma de “vecinalismo emergente” cuyos fines ideológicos y políticos trascienden el universo de demandas del fomentismo (Grillo 1988; González Bombal y Palermo 1988; Jelín 1985; García Delgado 1985). Los antecedentes directos de esta nueva orientación surgen con la transición democrática y más específicamente en el seno del Movimiento de Derechos Humanos. Con cada nueva recorrida por el barrio, ese espacio se me revelaba siempre inquietante y por ello descontaba que en un futuro con él me involucraría.

La redefinición del problema de estudio y el punto de vista nativo.

La formulación definitiva del problema de investigación la hice luego de abandonar una propuesta inicial cuyo centro era la implementación de un mecanismo de participación ciudadana en el ámbito de la Capital (el Plan de Presupuesto Participativo lanzado a mediados de 2002). Este giro se explica a partir de mi encuentro con Emilio, uno de los integrantes de la Biblioteca Popular *Los Libros de la Buena Memoria* a la cual me acerqué, finalmente, entre octubre y noviembre de 2003. Voy a describir aquí brevemente la trama de ese encuentro y el nuevo foco de estudio, las relaciones entre la Biblioteca, el Centro Cultural y la “asamblea”, sus diferentes tipos de participación y a la vez los puntos de encuentro, el vínculo entre cultura y política, etc..

Como dije, mi interés inicial estaba puesto en el Presupuesto Participativo –en adelante PP–. Su implementación tenía un objetivo explícito: acortar la brecha entre sociedad y “clase política” en un contexto de crisis total de la representatividad política cuyo detonante había sido la movilización social de diciembre de 2001. Frente al rechazo extendido de los políticos expresado en el “que se vayan todos” y la multiplicación de formas de acción directa que impulsaron las “asambleas barriales” que surgieron con las jornadas de diciembre, el gobierno porteño buscó institucionalizar una vía de participación para disputar el protagonismo vecinal en manos de las “asambleas barriales”. Como

estrategia reparadora de la crisis de representatividad, el PP es presentado en la retórica de gobierno como muestra de apertura democrática: en efecto, se trata de un mecanismo participativo de debate, elaboración y control de prioridades presupuestarias donde los vecinos, agrupados en secciones barriales, deben ser actores vitales. Sobre esta supuesta ampliación de la base participativa me interesaba conocer cómo ella se conformaría y las luchas al interior por el reconocimiento de las prioridades y la legitimación de sus portavoces. En consecuencia, asistí distintas reuniones pautadas en el organigrama del PP (sobre éstas volveré en el capítulo III que analiza las formas de reparación de la crisis).

Con este interés inicial y la clasificación del entramado de “instituciones barriales” que me aportaba la lectura previa (Grillo 1988; González Bombal y Palermo 1988; Jelín 1985; García Delgado 1985) me parecía oportuno indagar qué posición tomaba la Biblioteca frente a ese mecanismo, teniendo en cuenta su perfil heterodoxo respecto del entramado de instituciones caracterizadas anteriormente como “tradicionales”. Un miércoles por la tarde, me presenté en la sala de la Biblioteca ante quiénes allí estaban. Pisaba por primera vez el suelo de ese recinto mágico. Respiré el aire de una biblioteca barrial, pariente cercana de las bibliotecas populares de inicios de 1900. Esas paredes repletas de libros donados y el inconfundible olor de los libros usados me devolvieron a aquellas lecturas de etnología acerca del *don* y el juego de la reciprocidad. En este lugar, imaginaba, lo cotidiano discurre por una lógica de intercambios no muy lejana a la que describieron Mauss y Durkheim (o imaginaron desde sus gabinetes). Con el tiempo supe que, en el origen, la donación inicial vino del aporte de cada una de las bibliotecas individuales de quienes la fundaron. Al darme a conocer, la mirada automática de los dos jóvenes a un tercero, me hizo saber que era éste quien escucharía qué traía entre manos. Nos sentamos en la mesita de la Biblioteca y Emilio, el interlocutor implícitamente escogido, con la misma tranquilidad a la que ya nos tiene acostumbrados, empieza a cebar mate. Entre tanto, aquellos dos retoman la rutina de acomodar y fichar libros.

Emilio terminó de cursar el último año de la carrera de Educación en la Facultad de Filosofía y Letras (UBA) en el 2000; sólo le falta una materia para ser profesor universitario. Desde entonces se dedica por completo a las tareas de la Biblioteca y el Centro Cultural que funciona en la misma casa. El hecho de que ambos permanezcamos a un mismo universo social como la Facultad de Filosofía supone que ambos conocemos

“desde adentro” cómo es la vida académica; uno y otro estamos en el mismo escalón, compartimos un lenguaje común, podemos “ironizar” acerca del saber universitario, etc.. Emilio escucha mi plan de investigación, hecho de oraciones que suenan como enunciados prefabricadas. Me interroga acerca de la “bibliografía escogida” que sustenta el trabajo, mi experiencia en el barrio con otros “vecinos” y “actores” de la vida barrial y los informantes elegidos (representantes de instituciones, coordinadores del PP, comerciantes, etc.). Finalmente, proponé que alcance un borrador de mi propuesta para leerla y discutirla, *entre todos*, en la próxima “asamblea”.

Enseguida noté que esas reuniones semanales tenían un lugar muy importante en la vida de esta casa comunitaria compartida por la Biblioteca y el Centro Cultural. La “asamblea” era un espacio “político” no sólo entendido como un lugar donde se definía el funcionamiento de la casa, sino también porque allí se ponían en perspectiva desde una lectura política todos los temas, tanto de la vida diaria y el barrio, como las grandes cuestiones de la vida política nacional. Esa presencia ritualizada de la “asamblea”, como ventana desde la cual observar la realidad y emprender acciones consecuentes, se reveló una vez más al situarse ella como un todo frente a mi rol de “investigador”. “Nosotros también producimos conocimiento”, me dijo Emilio en aquella oportunidad. Con esta afirmación, se mostraba tal cual era el grado de cuestionamiento a cualquier forma de autoridad en el campo del “conocimiento”, a la creencia que asocia lo científico al campo académico y a la población como objeto de estudio social y la búsqueda de un conocimiento autónomo respecto del saber institucionalizado.

Transcurrida la semana volví a encontrarme con Emilio en la Biblioteca. En la última “asamblea” habían leído mi propuesta la cual no fue muy bienvenida. Emilio me dijo: “Discutimos tu borrador y el punto de partida que proponés. Muchas cosas no nos convencen sobre tu trabajo. Para empezar, el Presupuesto Participativo define *un tipo* de participación y privilegia la relación con ciertas asociaciones”. La crítica apuntaba a mi recorte drástico del “campo participativo” ya que el principal actor vecinal involucrado en el PP provenía de las propias redes políticas del partido gobernante, las “asociaciones barriales”. En efecto, la constitución de la ciudad aprobada en 1996 definía, entre sus ejes centrales, la progresiva descentralización de los poderes de gobierno. Un artículo sustancial, el 127, sancionaba la futura desconcentración del poder en unidades territoriales

autónomas con fuerte injerencia de los actores locales (red de asociaciones barriales, consejos consultivos honorarios, comisiones para la elaboración y seguimiento del presupuesto). Éstos, no sólo contarían como órganos consultivos, sino que además tendrían facultades legislativas. En vías de convertirse en actores decisivos, las asociaciones fueron recobrando forma e inclusive muchas fueron impulsadas desde la propia red partidaria de la coalición gobernante (Frepaso). Cuando se implementa el PP, a mediados de 2002, el terreno de la participación vecinal está cruzado por estos vínculos previos entre funcionarios, militantes y vecinos; en otras palabras, sobre la trama de control territorial del poder político. “Frente a ese proyecto homogeneizador del gobierno, nosotros hubiéramos focalizado en los *puntos de dispersión*”, concluye Emilio.

Desde entonces me interesé por comprender ese punto de vista. La imagen de Emilio –la participación vecinal en manos del aparato de gobierno y la participación en manos *propias*, sin estructuras jerárquicas– me puso a distancia de mi inquietud inicial. La postura radical en todos los temas que se vincularon –la relación con el conocimiento académico, la política en manos propias a través de la “asamblea”, la participación imbricada en la vida diaria a través de la Biblioteca y el Centro Cultural– se reveló como un solo universo digno de relevar etnográficamente. Traté de imaginar cómo transcurría el tiempo en esa casa donde se entremezclaban las prácticas de la Biblioteca, el Centro Cultural y la “asamblea” y donde las fases de ritualización (igualación) estaban bien presentes. Mi universo de estudio pasó a conformarse exclusivamente por los cruces entre la cultura y la política como esferas de la vida diaria.

He presentado el recorrido de mi inserción en el campo y el arribo al problema de investigación, esto es, el lugar de la asamblea barrial como construcción ritual que surge de una situación límite como fue diciembre de 2001. Para reconstruir la secuencia de ese momento, muestro en el siguiente capítulo los acontecimientos que, escalonadamente, precipitaron el derrumbe de la Alianza junto con el enfrentamiento visceral entre sociedad y “clase política” y reinstalaron al peronismo en el poder quien, finalmente, decidió la salida de la convertibilidad económica. Al mismo tiempo, corresponde resaltar el empobrecimiento de la clase media y la expulsión de amplios conjuntos a raíz de la transformación económica encarada a comienzos de los años noventa. Por otra parte, en la “antesala de la crisis”, lapso de tiempo en el que se autoextingue la Alianza, se inscriben los

momentos fundacionales de mi grupo de estudio. Tanto el Centro Cultural como la Biblioteca Popular son hitos embrionarios de una dinámica que tiene su momento culminante en las “asambleas barriales”. A medida que se desenvuelve la antesala, interpongo los momentos constitutivos del grupo que reflejan la clausura de las expectativas colectivas respecto de la Alianza.

Capítulo I: La antesala del drama social y el momento de la quiebra.

La Argentina de los noventa terminó en el colapso de diciembre de 2001, tras un empecinamiento de la Alianza, aquella esperanza de los círculos “progresistas” que pasará a la historia como una suma de episodios de frustración colectiva, corrupción y continuidad hasta las últimas consecuencias de la economía menemista. (Muchnik, 2004)

Los años noventa.

Según detallan las investigaciones, la década del noventa transformó completamente a la Argentina. En el transcurso de ese decenio se asistió a profundas transformaciones económicas y sociales (Basualdo 2000; Heyman y Kosacoff 2000; Sidicaro 2001), así como a grandes mutaciones culturales (Svampa 2003; Landi 2002). La ecuación teórica de ese cambio se resume en el salto mecánico de una economía impulsada por el Estado –más o menos proteccionista– a una completamente desligada de su tutela o de “libre mercado”. En tanto que Menem, impulsor de esa transformación, provenía del partido político cuya obra histórica fue la ingeniería de la economía que ahora quedaba atrás, fue necesaria una reinterpretación –en el sentido de ruptura– de la herencia discursiva e ideológica^{ix} (Martucelli y Svampa 1997). Sobre la base de un plan económico superador de la hiperinflación, el nuevo gobierno terminó imponiendo un contrato a la sociedad. La convertibilidad se hacía en nombre de una estabilidad duradera y el fin a un ciclo de desarreglos constantes cuyas causas la derecha política ultraliberal y los grupos económicos locales aliados al capital extranjero habían adjudicado al intervencionismo estatal que había sobrevivido al rumbo delineado por la última dictadura militar. Contaron para ello con el entusiasta apoyo de los medios de comunicación (Basualdo y Azpiazu 2002). La terminación de un período signado por la incertidumbre y desesperación colectiva dio paso a la aceptación de un nuevo paradigma fundado en la liberación de la economía y la entronización de la figura del consumo.

La victoria del modelo neoliberal significó concretamente la no intervención del Estado en la esfera económica y productiva del país y el traspaso de esa capacidad al sector hiperconcentrado del capital extranjero. Todas las empresas de servicios públicos, o mejor dicho, aquellas que generaban utilidades, incluyendo las de seguro social (fondos de jubilación), fueron privatizadas. El patrimonio acumulado por generaciones fue rematado en sumas insignificantes desde el punto de vista de la valoración de sus activos. La celeridad y lo abarcativo del proceso debe leerse en el contexto de la nueva estrategia. Puesto que el nuevo gobierno pertenecía al partido históricamente identificado con el Estado de Bienestar, la manera de conseguir el apoyo de los grupos económicos locales y los acreedores externos era desprenderse de aquellas esferas del mercado fértiles para la explotación privada (Basualdo y Azpiazu 2002:23). Tanto más aun por cuanto se trataba de actores económicos cuyo poder de injerencia había provocado la salida anticipada del gobierno anterior. De esta manera, el achicamiento del sector público, producto de la concentración económica en sectores con alta rentabilidad, sumado a la importación de productos, que provocaba el cierre de fábricas, produjeron un índice de desempleo de carácter estructural nunca antes registrado: de 746 mil personas desocupadas en 1989 se pasó a 1 millón novecientos mil en 1999 (Diario *Clarín*, 12/1999, suplemento Zona pág. 4). Como consecuencia de esto, la década inició un rápido proceso de desintegración social con niveles angustiantes de pobreza e indigencia. Complementariamente, la aniquilación de los instrumentos de regulación, junto a la conformación de monopolios económicos, crearon las condiciones favorables para la precarización de los empleos. No hace falta decir que la mayoría de esos “nuevos pobres” pertenecieron a la clase media (Svampa comp 2003; Minujín y Anguita 2004).

En contrapartida, el “logro” del dólar barato, junto al ingreso irrestricto de las importaciones, consiguió seducir a grandes franjas de la población, incluidas aquellas que primero sufrieron el impacto destructivo del desmantelamiento estatal. Como bien dice Svampa (2005), paralelamente al retroceso en la conquista de derechos sociales inalienables que significó el proceso de privatizaciones y apertura económica, se erigió la imagen del ciudadano consumidor. En rigor, la eficacia simbólica de esta construcción se tradujo en una doble funcionalidad. Por un lado, la retórica menemista nos colocaba a la altura de los países del Primer Mundo a partir de la incorporación de las grandes marcas al mercado; por

el otro, se enmascaraba la matriz conflictiva de lo social, se ocultaba y despolitizaba la faceta excluyente del modelo instalado. En medio del proceso de fragmentación social que se avizoraba, despuntaba un universo en el cual “converrían seducción individualista, indiferencia social y estrategias de consumo” (Svampa 2005:33). En lo sucesivo, el mercado se convertía en eje, no sólo de la vida económica, sino también en territorio para la “formación de identidades distintas a las de la época en que el Estado era referente colectivo por el que pasaban todo el tiempo decisiones que afectaban ingresos, perspectivas, derechos y obligaciones” (Landi 2002: 6).

En la legitimación de este proceso, la clase media jugó un papel decisivo. Históricamente dividida en lo ideológico frente al peronismo, celebró desembozadamente la estrategia del gobernante peronista. Sobre la base de un esquema monetario sumamente atractivo para el capital especulativo –en tanto que cada centavo de ganancia se giraba sin más hacia las casas matrices–, se desarrolló una importante expansión de la oferta crediticia. Junto a la propia convertibilidad, ello potenció significativamente el poder adquisitivo de los sectores con ingresos medios que ahora veían rápidamente diversificarse las posibilidades de consumo. Consecuencias inmediatas de esta dinámica fueron la concentración y extranjerización de la banca. Expresado en números, dicho proceso revela que en el período que va de 1994 a 2000 la cantidad de bancos pasó de 168 a 99 y del 50% de los depósitos al 70% respectivamente (Minujín y Anguita 2004). Vehículos importados, viajes al exterior, electrodomésticos e indumentaria, gastronomía exótica, telefonía móvil, etc., fueron íconos de la identificación entre sectores medios y convertibilidad. La confirmación de ese maridaje se cristalizó en la reelección de Menem en 1995; la explicación de la continuidad se resumió en una sola metáfora, el “voto-cuota”. No obstante, la espiral regresiva instalada por aquella política económica, que privilegiaba la especulación y la oferta de servicios a cambio de contraer nueva deuda por sobre la esfera productiva, terminaría “acorralando” a los sectores medios sobrevivientes. Transcribo aquí algunas líneas de la periodista Sandra Russo, que componen un retrato de los años noventa y una reflexión en la que cabe la responsabilidad de buena parte de la clase media respecto del *largo plazo* concedido al menemismo:

“Nos embobamos con la idea de la libertad como un valor que nos indujo a ser libremente descerebrados. Creímos, banalmente, estúpidamente, que éramos libres porque untábamos nuestras

tostadas con mermelada húngara o porque nuestros hijos nos pedían un viaje a Orlando y eso no sonaba descabellado. Creímos porque comprábamos microondas en cuotas y porque nos habíamos mudado a un edificio con gimnasio y solarium [...]

La verdad nos dirá de nosotros -la clase media- mucho más que las sirenas neoliberales: ... En el mejor de los casos seremos gente dispuesta a mirarse en el espejo y a admitir que no sólo la clase política argentina se ha comportado de una manera miserable”².

La clase media en el callejón.

Comprender la adhesión de una vasta franja de la clase media al proyecto encarado por el menemismo, cuando, al mismo tiempo, éste no hizo más que profundizar el proceso de movilidad social descendente iniciado en décadas anteriores, es una tarea compleja. Seguramente, todo lo que se asociaba al *consumo* fue importante para legitimar esa vía. En este sentido, si tuviéramos que definir a la clase media en relación con hábitos o aspiraciones de consumo y sus connotaciones simbólicas, diríamos, sí, que la identificación con el proyecto menemista no es tan difícil de explicar. Dice Feijoo (1992), acerca del consumo como expresión de *status*:

“En las sociedades modernas, el consumo implica un proceso social que va más allá de la mera adquisición de satisfactores -bienes y servicios que se compran en el mercado- y constituye un proceso de *ubicación* en la sociedad, una forma de constitución de una auto imagen, la formulación de un modo de vida” (Feijoo 1992 en Minujín y Anguita 2004: 26).

Lo cierto es que, durante la última etapa, la clase media se achicó notablemente en términos de la distribución de los ingresos. Con esto quedaron atrás hábitos de consumo y patrones culturales mantenidos durante décadas, como por ejemplo, vacaciones. Fundamentalmente, se quebró la situación de integración –por ende, el sentido de ubicación presente y futuro–. En palabras de Lvovich, quedaba atrás una época en la que el bienestar material estaba asegurado, la dignidad personal permanecía intacta y al futuro no se lo miraba con desconcierto (2003:51). No obstante, como veremos en la próxima sección sobrevivieron otras pautas también típicas de la clase media como la relación con el arte, la literatura y otras expresiones culturales.

En el transcurso de Menem a De la Rúa, la desocupación se triplicó y la mayor parte de esa franja la llenaron los que cayeron de la clase media. Todos ellos entraron en la “nueva pobreza” (Feijoo 1992). Aunque perdieron sus fuentes de trabajo y con ello sus ingresos y estándares de vida, los “nuevos pobres” mantienen capitales culturales que los alejan de la pobreza estructural. El origen social, el nivel de instrucción, la experiencia laboral, política o sindical crean formas inconscientes de percibir el mundo y representarse la propia ubicación en él, a la vez que generan disposiciones a la acción, la reflexión, la demanda, etc. (Lvovich 2003:53). Al mismo tiempo, mientras que entre los “pobres estructurales” la existencia de redes de intercambios y favores es un hecho habitual, los recién llegados debieron enfrentar la falta de dinero creando sus propias estrategias de supervivencia.

Los clubes de trueque fueron, en este sentido, una experiencia elocuente. Además de ser espacios de intercambio de bienes y servicios, constituían diques de contención donde la gente compartía las experiencias traumáticas de la crisis. Lo que se trocaba allí formaba parte de las habilidades de las amas de casa, de los conocimientos profesionales, de los oficios, etc.. Se intercambiaba todo lo que tenía un valor primordial: la comida, la escuela, la salud y otros servicios; siempre mediado por la valoración del esfuerzo puesto y el vínculo personal, en completa ausencia del dinero. Entre 2000 y 2002 tuvieron su auge, en la zona sur de Buenos Aires, especialmente. A medida que las redes se fueron ampliando y la presencia de los “créditos” (títulos equivalentes a tantos pesos) se volvía cada vez más importante, el fenómeno del trueque tropezó con obstáculos importantes. Finalmente, la lenta entrada de dinero a las economías familiares, con las llamadas cuasimonedas, completó su declive. No obstante, desde un primer momento se señalaron los rasgos positivos de esa experiencia, empezando por el sentido integrador y la posibilidad de crear lazos sociales en distintas situaciones personales de vulnerabilidad. Se trató de un modo de satisfacer necesidades materiales- pero también de una forma de auto- inclusión, impulsado inicialmente por las amas de casa, producto de la caída brutal de una condición social.

Como se dijo, el empobrecimiento de la clase media comenzó no hace poco. Mientras en los años sesenta, el 60% de la pirámide social argentina era de clase media, en los setenta bajó a un 50%, en los ochenta al 40% y en la segunda mitad de los noventa pasó al 35%. Finalmente, a raíz de la devaluación y sus efectos negativos en el corto plazo, entre

2002 y 2003 sólo uno de cada cinco argentinos había quedado en la disminuida clase media (Diario *La Nación*, 09/2004, suplemento Enfoques pág. 4). Además, dicho proceso afectó al conjunto, no de una sola vez, sino en oleadas sucesivas y en múltiples direcciones (Minujín y Anguita 2004:18). Mismo en la década del noventa, el empobrecimiento y las brechas dentro de la clase media se fueron profundizando en sucesivas dosis. En buena medida, la heterogeneidad de situaciones y trayectorias coartó las posibilidades de actuar colectivamente frente a dicho proceso (Lvovich 2003:78).

En suma, en el transcurso de la década en cuestión, la clase media asistió al derrumbe sucesivo de los pilares que la diferenciaban del resto de los países latinoamericanos. La embestida menemista tuvo éxito también por la seducción que hizo a la clase media. La celebración de la entrada en el primer mundo con las privatizaciones y la convertibilidad impidieron ver en toda su dimensión las consecuencias estructurales del modelo económico menemista. Más aún, como señalan Minujín y Anguita, en muchos casos, sólo como consecuencia de la crisis de 2001 se empezó a reparar en el hecho de que el proceso de empobrecimiento y cambio estructural llevaba décadas (2004:18). Con todo, al igual que en el trabajo de esos autores, sostenemos que momentos como el de diciembre de 2001 son los que pueden estimular la reflexión colectiva y la construcción de nuevos marcos de cohesión social.

Los momentos iniciales del grupo.

En 2001 la socióloga Maristella Svampa publicó su investigación sobre el grupo estrecho de clase media que había ascendido durante la década menemista. En *Los que ganaron. La vida en los countries y los barrios privados* la autora aborda la profundización de las brechas entre sectores medios consumada en un tipo de segmentación socioespacial. Simplificadamente, aquellas franjas medias que se incorporaron como gestores del nuevo esquema económico basado en la ampliación de los servicios –a partir de la apertura comercial y la privatización a gran escala– patentizaron su condición de “ganadores” desplazándose a nuevas zonas periféricas de la ciudad. La diferenciación social quedó así marcada con la existencia de nuevos barrios fortificados y cerrados al libre ingreso de cualquier persona. Esa forma de aislamiento geográfico describe el aventajamiento de una

porción minúscula de la sociedad y su desentendimiento del contexto mayor urbano y social. Un paso firme en la dirección del individualismo económico ya que se fundan en una imagen de autoprotección; junto con la salud y la educación, una seguridad autofinanciada ajena a un Estado que, por lo demás, concretó las autopistas y vías de acceso bajo las cuales se extienden vastísimas villas miserias.

Junto a esta imagen, se trazan otras opuestas que tienen a la clase media empobrecida como protagonista. Como vimos con la experiencia del *trueque*, aquellos grupos asociados a la franja de los sectores trabajadores –los “perdedores”– se identificaron gradualmente con otras formas de solidaridad y acción colectiva. Basadas en un sentido de producción y consumo compartidos, muchas de ellas afincaron en la dimensión cultural. En este segundo conjunto identificamos a Emilio y el grupo de vecinos de Caballito que se involucró en la vida de la vieja casona. Emilio se crió en una familia de clase media en el barrio de Caballito. Su padre había alcanzado cierta tranquilidad económica como gerente de una firma que vendía máquinas de escribir; sus ingresos permitían sostener una familia numerosa. Emilio, al igual que sus hermanos, se educó en colegios gratuitos. Con el cierre de la empresa a comienzos de los noventa, vino una época de achicamiento y la familia debió mudarse a una zona más modesta al sur de la ciudad. A esa altura, las hermanas mayores de Emilio ya habían formado familia fuera de la casa paterna. Aunque Emilio vivió un tiempo en el nuevo lugar, en 1999 decidió alquilar junto con algunos amigos una casa en el mismo barrio de entonces. Allí instalaron una sala de ensayo para bandas musicales que no prosperó. Decididos a no abandonar la vieja casona alquilada, crearon un Centro Cultural con un pocos talleres que dictaban ellos mismos. Al poco tiempo se sumó un grupo de expresión artística y se compartieron los gastos de alquiler.

A comienzos de 2000, Emilio propuso la idea de armar una biblioteca barrial. La idea había surgido a raíz de un trabajo sobre bibliotecas populares hecho por una compañera de la Facultad de Filosofía y Letras. Colocó algunas tablas en la salita que daba a la calle y ahí puso sus libros. Mejor organizada que el Centro Cultural, con el “espíritu de ser un espacio autogestionado por los vecinos”, tuvo un efecto inmediato. Los libros atrajeron a los vecinos: unos se acercaron buscando novelas y “best seller”, otros donaron íntegramente sus bibliotecas y hasta los alumnos se codearon con los libros. Tampoco faltaron quienes se arrimaron para dar una mano atendiendo la biblioteca: Pedro, estudiante

de Historia y vecino, fue uno; Sebastián, de Letras, otro. Los primeros socios fueron los jubilados, ya que en el barrio existen numerosas casas geriátricas. Todos ellos confluían en la nueva biblioteca, a la que alguien bautizó “Los Libros de la Buena Memoria”.

Con el influjo de la participación vecinal en la Biblioteca, se organizó más tarde una “pintada colectiva” para conmemorar el 24 de marzo. La recordación de los 30.000 desaparecidos durante la última dictadura militar marcó un nuevo hito en la historia del grupo. A ella invitaban el Centro Cultural y la Biblioteca Popular. Los carteles pegados en vidrieras y árboles, convocando al encuentro, acercaron a nuevos vecinos. Así llegó Victoria, quien se involucró especialmente a raíz de la desaparición de uno de sus hijos y de la propia relación con las Madres de Plaza de Mayo. Desde entonces, se incorporó al grupo a través de la Biblioteca. También los agrupados vecinos “Memoriosos de Caballito”, conocidos de Emilio por algunos encuentros previos, se comprometieron con la idea. Ellos se habían constituido como grupo también un 24 de marzo, diez años antes. Sus integrantes, profesionales y amas de casa, se reunían para compartir opiniones. Periódicamente, sacaban una publicación que dejaban en bares, librerías y comercios amigos. Sus artículos tocaban temas de la historia relacionados a la última dictadura, aunque también desfilaban otros personajes y había secciones dedicadas a temas culturales. A raíz de ese encuentro los “Memoriosos” comenzaron a ligarse a los talleres del Centro Cultural.

La puesta en escena del mural sacó a la luz facetas de la vida política local. El día de la pintada, Irma, representante de la asociación que lleva el nombre de la plaza, trató de oponerse, en desacuerdo con la idea de utilizar una pared de un costado de la plaza.. Esta situación revelaba la convivencia conflictiva entre estilos de vecinalismo ya que confrontaban una postura más fomentista que esgrime su credencial de “institución barrial” e interlocutor del Estado y otra proclive a la “acción directa” sin mediaciones con los funcionarios del gobierno. Siguiendo las clasificaciones que mencioné en la primera parte (Grillo 1988; García Delgado 1985; Del Brutto 1986) el primero sigue una lógica de tipo tradicionalista ligada al rol de “institución” abocada a la infraestructura barrial, mientras que el segundo invoca un aspecto simbólico de conquista y apropiación del espacio en relación al fin político de la conmemoración del 24 marzo de 1976.

A raíz de esa disputa entre los organizadores de la “pintada” e Irma se hizo visible una red de relaciones entre “representantes barriales”, funcionarios y vecinos. En esa

oportunidad, Irma hizo venir a un funcionario del Centro de Gestión y Participación (CGP) para zanjar la situación. Con ello quiso dejar sentada su relación directa con los funcionarios del gobierno. Si bien no impidió que se pintara la pared, con su intervención, Irma quiso legitimar su rol de “representante” mostrando sus credenciales. Ella formaba de la red de instituciones surgidas a raíz de la sanción del artículo que disponía la futura creación de Comunas. En ese proceso, el partido de la coalición gobernante –Frepasso–, había jugado un papel importante, ya que sus propias filas militantes (los llamados mediadores políticos o *punteros*) se habían involucrado en muchas de estas asociaciones incipientes. Las relaciones extendidas entre asociaciones y funcionarios fueron, entonces, parte de una lógica política de poder territorial.

Había otras asociaciones fundadas también en la protección del espacio verde que formaban parte de esta trama local: la plaza “Crisólogo”, a cargo de otra ama de casa, y la plaza “Amadeo”, a cargo de un grupo pequeño de vecinos. Lo que se jugaba en esta red de relaciones informales y personalizadas era el apoyo a los funcionarios por parte de las asociaciones. Éste se expresaba en el “día a día”, cuando éstas buscaban canalizar la participación de los vecinos en torno de cuestiones puntuales (la infraestructura) cuya resolución implicaban gesto públicos de reconocimiento. Se podría decir que, a cambio, las asociaciones obtenían cada tanto recursos, que, a su vez, les proporcionaban nuevas posibilidades de legitimarse ellas mismas como portavoces de la participación vecinal. El funcionario ponía a disposición un equipo de sonido, compraba gaseosas y galletitas, llamaba a un fotógrafo; la asociación –generalmente encarnada en una sola persona– se contacta con una escuela “amiga” para organizar un “encuentro sobre medioambiente” en la plaza del barrio. Al evento concurrían otros invitados relacionados con temas de ecología – otras personas que encarnan otras asociaciones locales–; la publicación barrial toma nota del evento y lo difunde. El propio partido –Frepasso– aprovechó así cada uno de los espacios de mediación y articulación política (por ejemplo los CGP’s) para consolidar su estructura y su influencia en el territorio de la Capital. Esto se explicaba por la necesidad primaria de un partido que, entonces, en plena fase de conformación, podía aspirar a un grado de protagonismo mayor, a raíz del retroceso del Peronismo en la Capital y la vacancia que dejaría el Radicalismo cuando se postulase a la presidencia del país (ver cap. III)

Pese a todo, la “pintada” fue vivida como un éxito. Entre organizadores y vecinos curiosos que se acercaban a la plaza, sumaron alrededor de treinta personas. El bosquejo había resultado de los preparativos anteriores. Gastón, abonado a las partidas ajedrecísticas del Centro Cultural y *fan* de las historietas, supo ponerlo primero en una hoja y luego en la pared. La composición final inscrita en esos quince metros cuadrados sorprende en sus rasgos anticipatorios. Los personajes captados no son otros que los propios vecinos, retratados en una actitud casi irreverente. En letras grandes se lee a un costado de la postal: “*El futuro es nuestro por prepotencia (Roberto Arlt). 1976-2001 Biblioteca Popular Los Libros de la Buena Memoria*”. En el mural se los ve rompiendo los barrotes del encierro, el ámbito privado, mientras salen vociferantes a la calle al son de una supuesta expresión. Propio de ese universo que se retrata (la clase media) se expresa lo diverso, lo plural y en cierta forma lo inasible: un abuelo junto a un joven *punk*, una figura chaplinesca y otra batiendo un tambor a su lado, una inconfundible ama de casa junto a una mujer de tacos y minifalda, un niño de la mano de un personaje de *Viaje a las Galaxias*, etc.. En un costado del cuadro, un policía intenta en vano callar a un payaso, pues su arma se ha vaciado. En otras palabras, el futuro de la mano del protagonismo *vecinal* con toda la carga heterogénea que hay en él. Proponiendo una síntesis de ese lapso, había pasado un cuarto de siglo desde que comenzara la dictadura, habían sucedido ya tres gobiernos democráticos y un cuarto estaba promediando; sin embargo, nada se había interpuesto en el camino de concentración económica y exclusión social derivado del modelo de la dictadura. Mientras tanto, la imagen de la Alianza se diluía, al paso que se agrandaban las desigualdades, el empobrecimiento, el endeudamiento y la corrupción. El número veinticinco concretaba un triste balance: la continuación de un cuadro dramático y la insignificancia o clausura de la política vista en términos de la representación.

Los comienzos de la Biblioteca en marzo de 2000 y la realización del mural en marzo de 2001 se insertan en un contexto de creciente protagonismo de los sectores medios. En 1999 las marchas estudiantiles frenaron un ajuste presupuestario de la universidad. El último año de gobierno menemista terminó en medio de un mar de demandas sociales. En verdad, el proceso de protestas sociales empezó entre 1996 y 1997 con las puebladas y cortes de ruta en el norte y sur del país, a raíz del desarme de YPF. Las movilizaciones siguieron en cada una de las provincias, provocadas por los ajustes

continuos, los salarios adeudados, el colapso de la salud y la educación. No obstante, fue la desocupación el principal eje de la lucha social. Desde entonces, los agrupamientos y organizaciones de desocupados pasaron a ser un actor fuerte entre los llamados *nuevos movimientos sociales* en la Argentina de los noventa (Martucelli y Svampa 1997). El concepto remite a las acciones colectivas que reivindicaron una lógica distinta de la vida social, opuesta al modelo de exclusión dominante. Esas nuevas formas de sociabilidad se articularon con una identidad colectiva en la que lo político y lo social, lo público y lo privado se enlazaban mediante la participación, y donde las prácticas sociales cotidianas entraron en directa interacción con lo ideológico y lo institucional-político (Jelín 1985:18). En este sentido, los llamados movimientos de trabajadores desocupados representaron no sólo la lucha por la reinclusión económica: frente al proceso de descolectivización que trajo el quiebre del mundo del trabajo, los desocupados buscaron restablecer formas propias de integración en el marco de la vida diaria (Svampa 2003). En palabras de la autora, “la autoorganización compulsiva de lo social en un contexto de urgencia abrió las puertas a la experiencia de la autogestión, lugar desde el cual los individuos pueden volver a pensarse y recrearse como trabajadores, y por ende, reencontrar su dignidad” por fuera del Estado (2003: 2).

En suma, es posible reconocer un contexto cargado de demandas y actores surgidos durante los noventa. Si, en un principio, ese campo de lucha aparecía fragmentado, como producto de las distintas trayectorias de la exclusión y el empobrecimiento, en el gobierno de la Alianza, lo abarcativo del conflicto inexorablemente condujo a una coincidencia política entre las acciones de resistencia (ese arco que fue desde los piquetes, hasta los paros en defensa de la educación, pasando por los reclamos frente a los manejos que hacían las empresas privatizadas). La rápida desilusión respecto de la Alianza diluyó las expectativas de una salida y profundizó irremediablemente la brecha entre la “sociedad” y la “clase dirigente”. Colocados en perspectiva, los intentos de acción transformadora y los niveles de participación, crecieron siempre en interacción con el proceso político que se estaba desarrollando. Siguiendo la línea de Tilly (1974), las acciones y la red de actores que las llevan a cabo desafían al orden político en forma abierta o velada, dependiendo de las vías de acceso que permite un contexto determinado. Pensemos, por ejemplo, en la forma de organizarse y expresarse políticamente que significó la estrategia denominada “501”a

raíz de las elecciones presidenciales en 1999. Aún cuando sólo fue acompañada por una franja perteneciente a la heterogénea clase media, la estrategia de alejarse más de quinientos kilómetros del domicilio de votación para justificar la negativa a cumplir con la obligación que paradójicamente garantiza la democracia, expresó una forma incipiente de radicalizar la ruptura. Continuando la vía del autor citado, estrategias como éstas dan la pauta de una continuidad en las formas y ritmos de la acción colectiva; muchas veces pasada por alto, sobre todo cuando, “repentinamente”, acontecimientos sorprendentes irrumpen en la vida social. Más aún, se sostiene dentro de la Teoría de la Acción Colectiva (Smelser 1989) que en muchos de estos ensayos es posible distinguir los nexos que conducen desde una participación localizada a un contexto de movilización social. En tanto abren vías de participación y expresión, se los visualiza como ejemplos de “micromovilización” (Mc Adam, Mc Carthy y Zald 1988 en Rubio García 2004:58). El concepto refiere a la actividad de un grupo pequeño en el que los procesos de atribución colectiva (de identidad, de protesta, etc.) son combinados con formas rudimentarias de organización para producir la movilización de los individuos. En esta clase de redes informales tienen lugar “incentivos solidarios” de los que dependen la mayor parte de las acciones para poder desarrollarse, los cuales generan a su turno recompensas simbólicas entre quienes participan. Vale decir, que la importancia de dichos ensayos es sobre todo organizativa, ya que es en ellos donde se movilizan los recursos esenciales para la acción (miembros, redes de comunicación, liderazgos, etc.). La realización del mural que comenté más arriba es un ejemplo. Se trata de repertorios que están imbricados en el universo social de la clase media argentina. El arte, la música, el teatro, la literatura, etc. constituyen materias comunes entre la clase media, y a partir de ellas se generan lecturas de la realidad que envuelven una postura o definición política.

Concluyendo, a partir de la confluencia de las protestas en el espacio público, el cuestionamiento en bloque a la “clase política” y, por ende, la unificación en un sentido de la protesta social, propongo pensar que la antesala del drama social nos está mostrando los elementos que conducen al estado de *communitas*. Este movimiento introduce el escenario de la ruptura pública, del enfrentamiento entre los representantes del orden social y los grupos movilizados.

El gobierno de la Alianza: programado para fracasar^{xi}.

El panorama se inicia con una trampa letal para el nuevo gobierno de la Alianza. La convertibilidad, una victoria cultural, se mantendría con la idea de no arriesgar la *estabilidad* –no importa si real o imaginaria (Palermo y Novaro 1996; Sarlo 2001)–. Aún cuando resultaba inexorable la salida de ese modelo en el corto plazo, el fantasma de la devaluación podía más. Las imágenes asociadas a la depreciación de la moneda en 1989 aconsejaban no subirse a ese tren. A tal punto el futuro de la convertibilidad formaba parte de las principales incertidumbres de la opinión pública, que en su campaña presidencial Fernando De la Rúa tuvo que ratificarla continuamente. Con ello, selló para sí un final lamentable.

La Alianza, coalición del radicalismo y las fuerzas progresistas representadas por el vicepresidente “Chacho” Álvarez, asumía la presidencia con el proyecto de recomponer moralmente la vida política degradada por la rapacidad y el personalismo del estilo menemista. La cuestión, entonces, pasaba por atacar la corrupción sin afectar la estabilidad. Una gestión basada en la “transparencia y austeridad” podría, de momento, empezar a corregir el rumbo crítico que había tomado la economía desde 1997. Sin embargo, desde que asumieron, los indicadores de desempleo y pauperización siguieron aumentando, en tanto el producto bruto interno seguía decayendo. Lejos de revertir la concentración económica y mejorar la distribución, las políticas económicas contribuían a una mayor regresión. El diagnóstico era incontrastable, cualquier tipo de solución implicaba un giro drástico: la salida de la convertibilidad era cuestión de tiempo. En medio de esto, dos hechos encadenados tiraron abajo a la Alianza. En agosto de 2000, el vicepresidente Álvarez renunció tras una denuncia de sobornos a senadores radicales y peronistas para que votaran la flexibilización laboral. La apatía de De la Rúa, cuyo entorno se vinculaba al escándalo, dejó a la vista el distanciamiento entre presidente y vice. A menos de un año, la Alianza aparecía como algo del pasado.

En marzo de 2001, jaqueado por la recesión económica, el presidente anunció el desembarco del ex ministro de economía de Menem, Domingo Cavallo. La llegada del creador de la convertibilidad significaba una última carta a favor del intercambio con los organismos acreedores, los grupos financieros y las empresas privatizadas por sobre

cuestiones como el hambre y la desocupación. La prioridad, otra vez, fue llevar “confianza” a los mercados. En busca de tales gestos, el nuevo ministro diseñó un plan de ajuste haciendo uso de las facultades extraordinarias que había exigido previamente. Las medidas eran extremas, se bajaban los salarios y se reducían los presupuestos de áreas vitales del Estado. Las decisiones económicas fueron respondidas con sucesivos paros y marchas a nivel nacional. Mientras el gobierno, ayudado por la oposición, se esforzaba por alejar el fantasma de la encrucijada devaluación-dolarización, bancos y empresas fugaban al exterior cada centavo de dólar, concientes de que el fin de la convertibilidad era inminente tras la negativa del FMI a acordar un plan continuista. En las elecciones legislativas de octubre, el descontento social se expresó de manera contundente: el gobierno debería gobernar con una mayoría opositora en ambas cámaras. El desconcierto del presidente y su ministro era evidente; las imágenes televisivas mostraban sus rostros desencajados y empalidecidos. Completamente aislado, el presidente dejó todo en manos de Cavallo.

Diciembre de 2001 y la ruptura: “la sociedad contra la clase política”.

El mes de diciembre se inició con una medida económica que impedía a las personas manejar libremente sus dineros depositados en los bancos. Se trataba, con esto, de retener al menos el dinero de los pequeños y medianos depositantes, en medio de la fuga masiva de capitales que tramaban veladamente bancos y empresas. El llamado “corralito” imponía el manejo a cuentagotas de las cuentas bancarias e impedía la extracción de sumas importantes. En lo cotidiano, esto traía nuevas complicaciones; los depositantes debían hacer largas colas para extraer dinero de los cajeros. La medida además hacía cautivos los ahorros y depósitos en dólares de miles de personas y libraba su suerte al desenlace del plan del ministro. Esta incertidumbre fue un poderoso factor que contribuyó a que la sociedad justificara la posible renuncia del ministro y hasta inclusive del presidente. Los “atrapados” en el corralito, jubilados, comerciantes, trabajadores independientes, asalariados, etc., expresaron su disgusto: en algunos bancos y calles del centro porteño se realizaron “cacerolazos” exigiendo la liberación de los depósitos. Las imágenes de la gente haciendo cola en los bancos reflejan el mundo de una clase media ahora profundamente afectada.

En vísperas de la Navidad, miles de hogares en el país no tenían nada en la mesa para recibirla. La miseria y la frustración, sumadas a las amarguras de los atrapados en el corralito, colmaron de tensión el panorama. En medio de esto, los gestos presidenciales ampliaban la brecha entre la sociedad y la “clase dirigente”: el 14 de diciembre, mientras el país se paralizaba tras la huelga masiva contra las medidas económicas y se ponía en marcha la consulta popular del Frenapo (Frente Nacional contra la Pobreza) a favor de un salario de inclusión, De la Rúa recibió en la Casa de Gobierno al ex presidente Menem con la idea de crear “consenso”. La foto de ambos junto a Cavallo confirmaba la percepción generalizada de un gobierno sin rumbo. Medios gráficos y televisivos ridiculizaban a De la Rúa con la caricatura, entre otras, del presidente radical Illia, derrocado en 1966 y apodado la “tortuga”.

En otros lugares del país, la situación era mucho más difícil. La extrema pobreza movilizaba a cientos de personas que rodeaban supermercados pidiendo mercaderías. A mediados de mes, se produjeron saqueos en dos provincias del país, mientras que en otra la policía debió reprimir los intentos de conseguir comida. Después de ocurridos los primeros saqueos en dos provincias durante el fin de semana, informado por la Secretaría de Inteligencia sobre el cuadro explosivo en el Conurbano, el presidente parecía extraviado y no tomaba decisiones de peso. Finalmente, cuando los saqueos se extendieron a la provincia de Buenos Aires, y la Capital Federal, y ya la represión había causado las primeras muertes, el gobierno decreta el Estado de Sitio. La medida, que prohibía todo tipo de manifestación, produjo una reacción instantánea entre los habitantes de la Capital. Miles de personas salieron a las calles para oponerse, desafiando la autoridad política. La represión del jueves 20 de diciembre y la negativa de la oposición a formar un gabinete mixto obligaron a la renuncia de De la Rúa. No obstante, su suerte ya había quedado echada con los “cacerolazos” del 19. En esa forma de protesta quedó reflejado el camino que condujo a la fase de quiebra. Las cacerolas se emanciparon del ámbito doméstico y pasaron a ser símbolos de descontento, de un malestar compartido que se expresaba a viva voz. Ese trayecto desde el espacio doméstico hasta la escena del reclamo compartido expresó cabalmente el modo en que la crisis fue abarcando al conjunto de la sociedad. Primero había empezado con los más pobres y desocupados, pero en cierto momento golpeó las

puertas de quienes hasta entonces habían logrado mantener los ahorros en un banco (cf. n° sección).

Siguiendo a Turner, la quiebra tiene lugar cuando el conflicto toma notoriedad pública. La transgresión de una norma, el escarnio a una figura importante, etc. son señales de quiebra. A su vez, siempre hay *algo* de altruista en esa acción: el que la inicia, un grupo o una persona, actúa también en nombre de las otras partes de la sociedad (Turner 1974:14). Los acontecimientos del 19 y 20 de diciembre se produjeron siguiendo esa misma lógica. El día 19 de diciembre se inició con saqueos extendidos en el país que dejaron un saldo de cinco muertes a manos de los comerciantes y la policía. Durante el transcurso del día, el presidente había sido instado por distintas vías a hacer frente a la crisis. Primero fue un grupo de senadores, más tarde el Jefe de Gobierno porteño, luego el Jefe de Gabinete. Todas coincidían en el alejamiento de Cavallo y una salida al corralito y los saqueos. No obstante, tras una jornada desbordada por los saqueos que se extendieron hasta los barrios pobres de la Capital, el presidente decretó el Estado de Sitio. En su mensaje televisivo, argumentó hacerlo para poner límites a quienes promovían el caos. Si algo debía anunciar en ese discurso, era la salida de su ministro de economía y la puesta en marcha de un plan inmediato de asistencia social. En lugar de esto, intentó negar la gravedad de los acontecimientos. El discurso fue inasimilable, la falta de realismo del presidente era indudable. La respuesta social fue asombrosa. Los bocinazos de los automóviles y colectivos en las calles, el ruido de las cacerolas en los balcones de los edificios y la propagación de la excitación mostraron cuán desacreditada estaba la figura de De la Rúa. Rápidamente, los habitantes de los barrios céntricos de la ciudad se echaron a rodar por las calles, congregándose en avenidas, plazas y monumentos. Todos los perfiles sociales confluían en la protesta, amas de casa, trabajadores y jubilados “acorralados”, estudiantes, desocupados, etc.. El brío de la protesta canalizaba la tensión acumulada a raíz de un día colmado de angustiantes relatos: “Me pasé todo el día llorando frente al televisor viendo a la gente desesperada por la comida, peleándose entre ellos, viendo las colas de los viejitos jubilados -cuenta la mujer al periodista-; cuando escuché que De la Rúa hablaba como si nada, me rayé, escuché a la vecina que golpeaba las cacerolas y empecé yo también con mis hijas y cuando me quise acordar estaba a la cabeza de una manifestación de tres cuadras”, fragmento de una crónica publicada en *Página /12* 20-12-2001 pág. 4.

El giro masivo que tuvo la protesta auguraba en la mente de cada testigo una jornada, a esa altura, trascendental. Con el repiqueteo de las cacerolas se coreaban frases fulminantes: “¡Que se vayan todos, que no quede ni uno solo!”, “al estado de sitio se lo meten en el culo”. Rescatada del olvido, la frase “el pueblo unido jamás será vencido” era gritada por miles de personas. La ruptura ya estaba anunciada: “la sociedad” –representada por esta clase media de la Capital– contra “los políticos”. Consecuentemente, la muchedumbre, como la denominaba la prensa, empezó a confluir en la Plaza de Mayo. La presencia en ese espacio reafirmó el peso que tienen ciertas acciones para afirmar ó negar la autoridad de la figura gobernante. Me refiero a la Plaza como centro simbólico asociado al poder político y también al significado de la categoría “pueblo”, a raíz del lugar que tanto una como otra tienen en la historia argentina de los últimos 60 años (Neiburg 2003). Poco antes de la medianoche, las caravanas de manifestantes arribaban interminables a la Plaza. Por las diagonales y la Avenida de Mayo llegaban en procesión desde los distintos puntos de la ciudad; en las esquinas algunos golpeaban semáforos y postes de luz, entre desquiciados y alegres. No eran otros que los *vecinos* tomando por asalto las calles de la ciudad. La televisión, registrando los acontecimientos, comunicó a quienes todavía deambulaban por plazas y calles alejadas el punto de encuentro. Atraídos por los rasgos épicos de la jornada, se hicieron presentes en la Plaza habitantes de cada uno de los barrios porteños, desde la opulenta zona de los shoppings al norte de la ciudad (Belgrano, Recoleta, Palermo, Villa Urquiza), hasta los más humildes de la zona sur (Barracas, Pompeya, Congreso, Boedo).

Intimidado por la movilización, el Jefe de Gabinete impulsa la salida de Cavallo quien presenta su renuncia. Al tiempo que los manifestantes conocían la noticia, la infantería apostada en el lugar empezó a tirar gases sobre los presentes –familias enteras en muchos casos–. Al entusiasmo popular le siguió la indignación. Mientras escapaban de los gases, los más encendidos apedreaban las tiendas de empresas extranjeras y sedes bancarias. Era el comienzo de una disputa violenta, más tarde sangrienta, por la ocupación del espacio céntrico. El ritmo de la protesta seguía intenso en las calles. Al mediodía del jueves 20, organismos de derechos humanos se convocaron frente a las vallas que rodeaban a la Casa de Gobierno y redactaron una carta al presidente a raíz de las muertes causadas por la represión. El pedido coincidió con la presencia de las Madres de Plaza de Mayo, quienes,

como era habitual cada jueves, empezaron su ronda en la pirámide de la plaza con las fotos de sus hijos desaparecidos en la última dictadura. Amparada en el decreto presidencial, la amenazante presencia policial trató de impedir la ronda. La tensión entre los manifestantes que asistían al lugar y la milicia desató la arremetida de la caballería sobre el montón, incluidas las Madres. Nuevamente empezaron los gases y las corridas. La ira colectiva desafió la metodología represiva. Desde las esquinas, los proyectiles arrancados del suelo eran lanzados contra la policía. Cada tanto, ésta se veía obligada a retroceder lo cual concedía a los actos de los movilizadores un sentido de heroísmo. Durante el transcurso del día, el centro de la ciudad fue territorio de una batalla desigual en la que, no obstante, los jóvenes manifestantes no resignaron su protagonismo. La solidaridad también se daba paso en medio de la resistencia: los motoqueros (cadetes motorizados) asistían a los heridos e informaban de los movimientos de la policía. Uno de ellos, Gastón Riva, cayó asesinado ese día. Junto a él, cuatro personas más en la Capital, y otras veintinueve en el resto del país. El sangriento desenlace conmovió a la sociedad argentina.

Las escenas se prolongaron durante toda la tarde. Desde el despacho presidencial, De la Rúa asistía a la debacle de su gobierno. En efecto, las imágenes mostraban que, pese a la feroz represión, la movilización persistía obstinada y desafiante. Desesperadamente, mandó un emisario al Senado con la propuesta de integrar a la oposición en un gobierno mixto. Era tarde; el justicialismo estaba hartado ocupado en dirimir quién sería el sucesor —peronista— de De la Rúa. Sabiendo que sin el acuerdo con el peronismo resultaba imposible cualquier forma de pacificación allí en el conurbano donde arreciaban los saqueos, el presidente redactó su renuncia. Coincidiendo en que era inexorable, los líderes peronistas se hallaban reunidos en la provincia de San Luis para concertar la sucesión y a la vez una estrategia económica para paliar la crisis. Una vez más, como en 1989, el justicialismo —a través de la línea interna que lograra imponerse— tuvo vía libre para decidir el rumbo del país. Mientras De la Rúa era rescatado de la Casa Rosada por el helicóptero presidencial, algunos ahora ex funcionarios recapitulaban sus últimas horas: “Era lo peor que nos podía pasar: morir aferrados a Cavallo y la convertibilidad”, señalaba uno y otro agregaba, —“No nos echó el Fondo Monetario, ni el PJ: nos echó la clase media” (Diario *Página /12* pág. 5)^{xii}.

El desafío a la continuidad social y las imágenes del extrañamiento.

Lo que siguió a la caída de la Alianza fue el reto a la gobernabilidad. Las marcas de la ruptura eran viscerales; las imágenes del obelisco incendiado, de los jóvenes muertos durante la represión y de la huida del presidente en helicóptero estaban presentes a cada momento. Los “cacerolazos” se reprodujeron en esos días; a diario los políticos eran “escrachados” en las puertas de sus domicilios con huevazos e insultos y algunas veces hasta agredidos directamente. Así como resultaba evidente asociar esas imágenes a un final de época, era difícil también abstraerlas del marco idealizador de un *nosotros* –la sociedad plural, igualitaria y protagonista–. Las protestas siguieron siendo durante esos días un factor de presión poderosísimo a la hora de desafiar la continuidad institucional.

El poder recayó en manos del justicialista Adolfo Rodríguez Saá. Elegido por la Asamblea Legislativa, tuvo que renunciar en menos de una semana de mandato. Un gabinete con figuras execrables para el ánimo colectivo y hasta para su propio partido le costó el puesto. Un multitudinario “cacerolazo”, el 28 de diciembre, lo obligó a dar un paso atrás. Tras negarle su propio partido una segunda oportunidad, el 29 renunció. No obstante, en ese corto intervalo quedaron sancionadas leyes impensables para el gobierno meses atrás: se decretó la suspensión del pago de la deuda externa y se fijaron topes a los salarios de los funcionarios. Finalmente, el 2 de enero, una nueva Asamblea designó al justicialista Eduardo Duhalde quien había aceptado con la condición de completar el mandato de De la Rúa que concluía en diciembre de 2003. El nuevo gobierno pone en marcha un esquema inaplazable: devaluación económica seguida de una balanza comercial positiva, igual reembolsos fiscales y asistencia social inmediata. En base a esa mira, el discurso de asunción legitima ese corte tras reconocer una situación insostenible dentro del marco de la convertibilidad:

“La Argentina está quebrada. La Argentina está fundida. Este modelo en su agonía arrasó con todo [...]. Esta gestión que hoy comienza, se propone reconstruir la autoridad, garantizar la paz, sentar las bases para el cambio del modelo económico y social” (Duhalde, 2 de enero de 2002).

Este “sinceramiento” también describe una transición, en virtud de que se propone dejar atrás algo y pasar a otra cosa. El contexto adquiere características liminales dado que remite a una bisagra, una situación intermedia entre dos momentos. Por todo ello, el gobierno de

Duhalde se inicia acorde con la fase de *crisis* del drama social tema que trato en el capítulo siguiente.

El nombramiento de Duhalde resultaba igualmente decepcionante y la protesta social lo hizo notar en todo momento. No obstante, el gobierno logró sostenerse en el poder —en buena medida asociado a la capacidad de controlar el conflicto social en el área más castigada del país, el Conurbano Bonaerense—. En contrapartida, el protagonismo de la sociedad encontraba sus propios obstáculos para medir fuerzas. Su postura “anti representación” clausuraba toda posibilidad de construcción política de clase partidaria y menoscababa cualquier forma de participación en ese sentido. En rigor, la sociedad se veía a sí misma desplazada. La *cacerola*, símbolo de la protesta, describe ese tránsito del encierro doméstico a la esfera pública, en una dinámica que va desde las primeras estrategias para rechazar los aumentos encubiertos en los servicios públicos privatizados (los “apagones” como forma de boicot organizados por los consumidores a mediados de año) y sigue en los “cacerolazos” de diciembre a raíz de la virtual expropiación de los depósitos y ahorros. Sin embargo, cuando los distintos elementos se combinaron para propiciar la ruptura de diciembre, ese lenguaje de lo doméstico opuesto a la política de arriba se reveló lo suficientemente impreciso como para preguntarse acerca de lo que podría alcanzar. Porque, también claramente, la *cacerola* representaba el desentendimiento con cualquier tipo de institución u organización política. Aún cuando se lo interpretara desde sus rasgos más promisorios, resultaba difícil pensar que, solo con esto, los males terminarían. Miles de amas de casa golpeando sus *cacerolas* eran un ejemplo digno de una sociedad movilizadora, pero raramente constituían una acción transformadora. Esa percepción de lo inacabado, lo incompleto se conecta con la propia situación liminal que sigue a la quiebra. En las palabras de Vezzetti (2002) aparece clara esta idea de separación. La *cacerola*, dice el autor, es “el símbolo denso de la radicalización y el estallido de descontentos, la puesta en escena de un desamparo y el rechazo del orden junto con la demanda y la búsqueda de alguna seguridad” (2002:35).

Qué camino debía seguirse, o cuál era el posible a partir de entonces, fue la pregunta primordial. En el dilema, además, subyacía el sentimiento de culpa extendido en la clase media por su pasado de deserción. En este tránsito la clase media también busca ponerse del lado de los que perdieron en los años noventa. Esta presencia de los excluidos, el

desocupado y el piquetero, en el discurso de la clase media aparece atada a una “autocrítica” de su conformismo en la época de Menem, su encierro en el mundo privado y en el consumo e indiferencia frente a las desigualdades sociales que se ese modelo generó.

Capítulo II. La política sin representantes: el asambleísmo barrial en la fase de crisis.

La cultura no explica, sino que describe en su forma concreta particular, la actuación de los hombres, determinada esta por un lado institucionalmente, por el aparato hegemónico de la formación social, y, por otra parte, por la pertenencia de clase y la coyuntura histórica de la lucha social. Elsie Rockwell, 1980.

En este capítulo pondré de relieve, mediante los conceptos de *communitas* y liminalidad, la dinámica constitutiva de las “asambleas barriales”. En este sentido, argumentaré a favor de afirmar que ellas se involucran dentro de una lógica ritual. Al tiempo que encarnan una experiencia colectiva de igualación, revelan la crítica a la estructura (social, económica e institucional). Por revelar de manera dramática la hendidura mayor –“sociedad contra clase política”–, la crisis desafía a los representantes del orden a enfrentarse con ella. En efecto, aun cuando el fenómeno de las asambleas se encontró con distintos límites, es innegable que dieron pasos duraderos en la resignificación de la vida local. En este sentido, los sucesivos esfuerzos del gobierno porteño a través de la implementación de una herramienta de participación –cap. III– deben ser comprendidos dentro de ese contexto. Dicho de otra manera, en la fase que sigue a la crisis, el protagonismo queda en manos del gobierno mientras la sociedad, movilizadada hasta entonces, observa expectante.

Desde la “horizontalidad” y lo local: la política en clave ritual.

“¿Cómo nació la asamblea? Fue un dos o tres de enero (2002); un poco por quienes participábamos de la Biblioteca y el Centro Cultural ‘La sala’ y también por nuevos vecinos que se fueron sumando. La primera reunión la hicimos en esta casa (donde funcionan la Biblioteca y el Centro Cultural); la hicimos con la idea de discutir lo que venía pasando. Ahí estuvimos los ‘Memoriosos’ –Rosa y el marido, Eduardo; Alicia, Susana y Federico (ver cap. II) –, los ayudantes de la Biblioteca –Pedro, Carlos, Victoria y Clara– y quienes damos los talleres del Centro Cultural, Adriana, yo y no recuerdo si alguien más–. También

habíamos invitado a algunos compañeros de *Filo* (Facultad de Filosofía y Letras). Desde entonces comenzamos a convocar las reuniones en la plaza, sintonizando lo que también pasaba en otros barrios. Era todos los lunes. Ahí empezaron a sumarse otros vecinos. ¿Cómo convocábamos?: golpeando las cacerolas...” (Emilio, integrante de asamblea *Gastón Riva*) –
Nota: Gastón Riva fue una de las cinco personas que murieron durante la jornada del 19 de diciembre de 2001. En recuerdo de las víctimas de la represión, distintas “asambleas” adoptaron sus nombres–.

Generalmente los rituales que consagran el salto de un status o estado cultural a otro traducen ese hecho en el propio espacio (Turner 1982:25). Como observaron los antropólogos que describían sociedades etnográficas, ese pasaje tenía también una expresión geográfica. Así, en los ritos de iniciación (Van Gennep 1909; Turner 1964) y de caza (Boas 1922), los jóvenes se desplazan desde un área asociada al estado anterior (por ejemplo, la aldea o residencia materna) a otra que corresponde con el nuevo status (nueva villa o residencia paterna). En nuestra sociedad, en el umbral de la crisis que abre diciembre de 2001, ese desplazamiento involucrará no sólo espacios geográficos particulares sino también el cruce de universos simbólicos mayores. Me refiero a las representaciones extendidas sobre la “salida del primer mundo” la cual era vivida como una doble caída ya que, la realidad mostraba que, en todo caso, la “entrada” había sido imaginaria, además de vertiginosa y traumática. Frente a lo que había servido de argumento para imponer una receta neoliberal y la privatización a gran escala durante la década del '90, la clásica noción de “tercer mundo” que históricamente identificó a los países subdesarrollados reapareció con fuerza. En este sentido, ambas imágenes constituyen elementos importantes en la representación de la crisis y la transición.

En el recorrido de un estado a otro, los sujetos rituales cruzan una zona liminal –en los relatos etnográficos un bosque, una región– donde se anulan las marcas estructurales y sociales y prevalece la ambigüedad (Turner 1982:25). Esta zona a su vez tiene marcas simbólicas propias las cuales encierran imágenes y metáforas cinestésicas, como también oposiciones de índole genérico. Aquí los iniciados aparecen despojados de vestimentas, como vinieron al mundo, yendo de la oscuridad a la luz, de la vida a la muerte y de vuelta a la vida, de la impureza a la pureza, de los excrementos a los nutrientes. Paralelamente, de ese quiebre con las clasificaciones ordinarias y de esa caracterización ignominiosa se desprende una clase de poder, de fuerza sobrehumana. Turner lo llama “poder del débil o

inferior estructural” (1982:26, 1985:110-120). Aun cuando el débil no tenga derechos sobre otros, se encuentra liberado, extrañado, de las obligaciones estructurales, emparentado con un tipo de fuerza no-social como puede ser la vida y la muerte (Turner 1982:27).

Entendemos que la “asamblea” como evento comprende a cada una de esas normas rituales. Empecemos por el lugar que ocupa la *plaza* como expresión del desplazamiento. Ámbito de la vivencia colectiva, describe el pasaje de la esfera doméstica y privada a la esfera pública (a este recorrido hay que anteponerle el hecho decisivo: la movilización de los sectores medios de la Capital a Plaza de Mayo el día 19 de diciembre extendida luego al día 20, y más tarde el 28, con las consecuentes renunciaciones de dos presidentes). La *cacerola* aparece aquí como símbolo mediador. Así como expresa una bronca que desbordó el encierro doméstico, también representa el alejamiento de las mediaciones y la institucionalidad políticas. En la protesta no hay banderas partidarias ni identificaciones políticas explícitas; es la “sociedad” contra la “clase política”. Esa ausencia, que sí es explícita, introduce los elementos del contexto liminal, la ambigüedad que reviste al sujeto ritual. Sobre éste último debemos hablar entonces. Como recuerda Emilio, al igual que lo que acontecía en los demás barrios de la Capital, otros tantos “vecinos” respondieron al llamado de “autoconvocarse”. Las plazas devinieron espacios de reunión social y de la misma manera también las esquinas de avenidas y monumentos (Pablo Bergel –2002– anota que en el transcurso de las semanas siguientes a los hechos de diciembre surgieron alrededor de 270 “asambleas” en el área de la Capital y el Conurbano). ¿De quiénes se trataba?. Eran hombres y mujeres de la heterogénea clase media de Capital atravesados por una misma percepción de humillación y despojo. Es necesario deslindar aquí el peso que pudiera tener, en la dinámica de la protesta social, la experiencia igualmente dramática de la retención de los ahorros personales que hicieron los bancos y que luego fue confiscación definitiva a raíz de la llamada “pesificación asimétrica”^{xiii}. Aunque esto se trate de un nuevo elemento por el cual la clase media se ve forzada a protestar, nos interesa resaltar esa percepción de humillación en otra dirección. Se trata de ver en esa hendidura mayor que es la ruptura entre “representados” y “representantes” el disparador de un movimiento más profundo que se interroga y reflexiona acerca del agotamiento de un estado de cosas. En ese desencadenamiento hasta la propia relación con el dinero es puesta bajo una lupa crítica por quienes consideran que el sentido de la lucha no puede circunscribirse al reclamo de los

ahorros. Tal percepción entra en tensión con la que agrupa a los ahorristas estafados. En otras palabras, hay una postura que interpela y habla en nombre de todo el conjunto de la sociedad, en busca de una solución de fondo, que pone en un primer plano la igualdad simbólica entre quienes están en el medio de la pirámide social y quienes están en la base y actúa con el propio cuerpo en las asambleas y el espacio local ilustrando la buena política, y otra más estrecha que demanda en nombre de los intereses individuales:

“Ha llegado el momento de aprender a mirar el dinero desde otro ángulo”, dice una periodista que se define a sí misma como mujer de clase media. “Como toda herramienta, razona, como toda arma, el dinero tiene doble filo. Poniéndolo cada vez más lejos de nuestro alcance intentan doblegarnos. Estamos tratando de evitar que la cosa les (a los políticos) tan fácil, y para eso conviene no dejarse esclavizar por el dinero” (Diario *Página/12*, 13-01-02, pág. 23).

Como se desprende de esa transcripción, la privación de los ahorros se piensa para los asambleístas en relación con un desvalijamiento mayor de la sociedad, esto es, la clausura del horizonte común, la burla de nuestros representantes y el retroceso generalizado por causa de quienes han hecho la política hasta entonces. La experiencia del abandono *igual*a a pobres y no pobres, o dicho de otra manera, la igualación se les impone con el despojo de la subsistencia, el trabajo, el ahorro, la certeza, la confianza, la dignidad, etc.. Todos desposeídos ya tanto de cuestiones materiales como simbólicas: “Atravesados por la brutal conciencia de que cada uno no es nadie” (Diario *Página/12*, 16-01-02, pág. 16). La clase media, autocontenida en el imaginario del ascenso social (desde un origen inmigrante y pobre hasta una condición de vida con niveles educativos, de salud y económicos similares a los países más adelantados en estos ítem) aparece doblemente vulnerada: en lugar de la continuidad y el progreso, aparece la imagen circundante de la pobreza como destino. “El reclamo se ha sincerado –dice el periodista. ¿O alguien se cree que la gente no sabe que estamos fundidos? A quién le cabe duda de que todos vamos a perder algo –mucho o poco– en las próximas jornadas, y meses, salvo por supuesto los que no tiene nada?” (Diario *Página/12*, 02-01-02, pág. 8).

Recapitulando lo dicho hasta aquí, el modo por el cual buena parte de la “clase media” enfrenta la crisis institucional tras la renuncia de De la Rúa encuentra una correspondencia con la lógica ritual, es decir, con la separación de un estado anterior, la

anulación transitoria de las marcas clasificatorias y luego la reintegración estructural desde una nueva ubicación. En nuestra observación, la condena que se hace a la política practicada por la “clase dirigente” conlleva una *separación* explícita de los “representados” de las mediaciones políticas preestablecidas. En contraste, la “buena política” se refleja mediante la reapropiación del molde asambleario para la toma de decisiones, el redescubrimiento del espacio local para llevar las acciones adelante y el lenguaje de proximidad en el nivel discursivo (el “vecino”, la no-delegación, la vida diaria, etc.). Esta redefinición de lo político esta cargada de rasgos liminales presentes en las formas de decir “ni lo uno ni lo otro”, como por ejemplo, la categoría de “vecino” cuya definición es ambigua en el plano de las identificaciones políticas, además de agrupar con ese rótulo un todo heterogéneo como es la clase media. Por otra parte el conjunto de metáforas presentes en el contexto periodístico y el habla cotidiana –las cuales encierran a su vez los dilemas– describe el contexto en términos de un umbral. Como dijimos acerca de las metáforas liminales, aquí también la transición se pone en evidencia mediante palabras que refieren a la vida como prolongación de la sociedad, superación de etapas. En las notas periodísticas, columnas de opinión y programas radiales encontramos frases como “instinto de supervivencia”, “parto de la historia”, “desintoxicación”, “empezar de cero”, “regeneración”, etc..

Vecinos y asambleístas.

Es tiempo de conectar todas estas afirmaciones con nuestras observaciones en el campo, empezando por una presentación de quienes integran la “asamblea” *Gastón Riva*. Son perfectamente distinguibles los perfiles sociales y educativos, las situaciones económicas y laborales y los polos generacionales. La mayor parte del grupo está compuesta por estudiantes universitarios y profesionales de más de cincuenta años (la franja casi ausente corresponde precisamente a la ubicación intermedia, es decir, los que tienen entre 30 y 50 años, más ligados en general a las relaciones que aporta el mundo laboral). Pedro, al igual que Sebastián y Gerardo, es estudiante de Letras; Luis, de Lenguas; Clara y Caro, de Antropología; Laura, de Bioquímica; Juli, igual que Emilio, de Ciencias de la Educación; Mercedes, de Teatro; Josefina, que prefirió un camino alternativo a la educación

universitaria alternando talleres de radio y diferentes lecturas; Gustavo y Paco estudian Bioingeniería; Gastón y Fede, son estudiantes secundarios. Los profesionales pertenecen a un grupo que se creó con anterioridad: los “Vecinos Memoriosos de Caballito”. Como informa el nombre, este grupo se había constituido en torno a la memoria de los temas ligados con la última dictadura militar (el aniquilamiento de las redes de militancia local o “de base” –fundamentalmente peronistas–, la censura de textos y películas, etc.) y sus consecuencias y continuidades, marcadas especialmente en la década del ’90 con las privatizaciones. El grupo sigue editando una publicación mensual de pocas páginas que dedicaba secciones a estos diferentes temas prologadas por un editorial. Su tirada abarca una red de comercios e instituciones barriales amigas, entre ellas, el Centro Cultural La Sala y la Biblioteca Los Libros de la Buena Memoria. Ellos son: Mirta, psicóloga con hijos de más de 25 años; Rosa, licenciada en Ciencias Políticas, trabaja en el Gobierno de la Ciudad y está casada con Eduardo, profesor y estudioso del mundo del cine; Beatriz, maestra cerca de la jubilación. Además aparecen otros vecinos en el grupo, como Luis, un comerciante con muchos años en el barrio y Antonio, una persona jubilada que vive en una residencia geriátrica de la zona.

Hay otras trayectorias dentro de la “asamblea”. Una es la de José, de unos 45 años, que trabaja en la imprenta que tiene en su casa con los pedidos de los comerciantes vecinos. Sandra, maestra de escuela primaria, colaboradora de la Biblioteca (Los libros ...) y maestra de apoyo escolar en el Centro Cultural, tiene cerca de 35. Carla, también profesora en el Centro Cultural (pintura), y más cerca de los 40 años. Junto con las apariciones más esporádicas de otros integrantes del Centro Cultural, todas estas situaciones laborales, con excepción de Sandra, se integran dentro del abanico del “cuentapropismo”. Finalmente, los más grandes y ya jubilados. Abel, un pensionado que conoció el Centro Cultural (La Sala) mientras recorría el barrio al que acababa de mudarse y Victoria, una mujer que se relacionó con el Centro Cultural un año antes, en el 2000, a raíz de una actividad en torno al aniversario del último Golpe de Estado –se trató de la pintada de un mural– organizada por éste y los integrantes de la Biblioteca junto con los “Memoriosos”. Digamos una vez más que estas variadas situaciones de vida están surcadas por los efectos negativos de la crisis económica. Ciertamente, entre las primeras ideas de la “asamblea” estuvo la de organizar compras comunitarias de alimentos evitando a las grandes cadenas de supermercados. La

huerta, próxima a las vías de tren, logró en ese sentido plasmar un proyecto de “soberanía alimentaria”. Asimismo, la solidaridad con los más pobres (desocupados, “piqueteros” y “cartoneros”) se explica en buena parte por la experiencia colectiva del retroceso y el empobrecimiento económico.

En todos los casos nombrados podemos reconocer experiencias de participación política previas. Entre los más grandes la experiencia política viene desde los '70, donde las relaciones entre política y sociedad, militancia y juventud fueron muy estrechas; no obstante, mantienen una postura impugnadora de las “creencias” y estrategias de acción partidarias, sobre todo en el caso de los partidos de izquierda que conocen de su paso por ellos. Sólo en el caso de Abel, que suele manejarse con una lógica común en la izquierda que es la de aleccionar políticamente a los grupos subordinados y movilizarse en bloques “multisectoriales” por la conquista de grandes objetivos (No al pago de la Deuda Externa, estatización de las empresas públicas, acortamiento de la jornada laboral, etc.), y en menor medida Mirta, que aunque suele cuestionar el rumbo de manipulación y aislamiento que a veces toman estas estrategias, participa en no pocas de ellas, el grupo guarda una relación muy crítica con la militancia tradicional aún cuando ella está muy ligada a la formación ideológica de todos ellos. Victoria tiene una historia particular por su pionera militancia en los temas relacionados con los derechos sociales de la mujer, en momentos en que el movimiento feminista daba sus primeros pasos. En una oportunidad recordó su breve encuentro de joven con Alicia Moreau de Justo, médica fundadora de la rama femenina del partido socialista (escribió “La Mujer en la Democracia”) y directora muchos años del periódico La Vanguardia, durante una marcha que ella encabezaba. Más tarde, la desaparición de un hijo durante la Dictadura Militar la vinculó con las Madres de Plaza de Mayo.

Entre el grupo de estudiantes la experiencia de participación más próxima viene justamente de la Universidad. Periódicamente, en las facultades se llevan a cabo asambleas estudiantiles donde se discuten cuestiones referidas a la política de gobierno de cada facultad y las posturas ideológicas y epistemológicas que dominan la currícula universitaria. Estas extensas reuniones ponen simbólicamente en escena el “poder” de los estudiantes y tienen una importante carga ritual ya que están sujetas a reglas que legitiman las acciones: el orden de los oradores y el dramatismo en los discursos. En efecto, dichas

reuniones no están desprovistas de altas dosis de emotividad, en cada intervención y en las votaciones que suelen llevarse a cabo en medio de mociones cruzadas, aplausos y discusiones. Constituyen también una experiencia de iniciación en la vida universitaria, un ritual y una performance de la fórmula “estudiante – intelectual – político – militante”.

Toda esa diversidad agrupada en la categoría de vecino. Obviamente, esta diversidad se refleja en cada una de las posturas e interpretaciones que los participantes ponen en práctica. El mecanismo asambleario deja fluir precisamente estas diferencias y luego las somete a un consenso democrático. De manera que el cumplimiento de las reglas posibilita el arco de expresiones individuales, la deliberación y la resolución grupal. En otras palabras, la exigencia niveladora de la que habla Svampa (2003) forma un elemento vital dentro de la performance de la “asamblea”. Fuera de ella, en la esfera de la vida diaria, la participación se convierte en un hecho de decisión individual, cada asambleísta se vincula con la “agenda” de la “asamblea” en diferentes grados (lo muestro en la sección de abajo).

La asamblea como momento ritual.

En noviembre de 2003, empecé a concurrir como observador y participante a las reuniones de la “asamblea” que tenían lugar en la vieja casona alquilada por el Centro Cultural y la Biblioteca Popular. Mi primer registro en el campo está fechado el 1 de diciembre de 2003, en la tercera o cuarta reunión a la que asistí. Durante los meses sucesivos hice entrevistas a algunos miembros de la “asamblea” (Emilio, Paco, José, Pedro, Laura y Sebastián). A partir de éstas conocí la trama de la fase embrionaria del grupo, en el momento de máxima exaltación de la participación. Para una lectura cronológica del recorrido que hicieron el conjunto de las “asambleas” se pueden citar los trabajos de P. Bergel y M. Svampa (2003) y M. Grimberg (2002)^{xiv}.

Siempre cada reunión refleja la difícil tarea de equilibrar los “fines” que constituyeron a la “asamblea” y los “medios” que finalmente prevalecen para plasmarlos. Como sabemos, desde el inicio las “asambleas” se batieron entre los grandes temas nacionales como la deuda externa, la estatización de las empresas de servicios públicos y la asignación de un subsidio universal a la niñez y la realización de “acciones concretas”

como las compras comunitarias de mercaderías, la solidaridad con los “cartoneros” a través de las “ollas populares” y las vacunaciones. A raíz de ese impulso originario, basado en un rechazo absoluto de las instituciones y sus actores representantes a los cuales oponían un modo nuevo de “soberanía popular”, las “asambleas” tuvieron por delante un programa monumental. Lo abarcativo de esta agenda coincide a su vez con la pluralidad de opiniones y posiciones entre quienes integran la “asamblea”. Cualquier tema que alguien proponga, “nacional” o del barrio, puede estar en la agenda, ninguno queda afuera. La diversidad es contenida dentro de este espacio de relaciones “horizontales”. Así, las reuniones toman largas horas; nunca menos de tres y a veces hasta cinco.

Toda la heterogeneidad que está en la base de las “asambleas” debe ser comprendida asimismo desde la noción de lo liminal. Como dijimos en la introducción, la resignificación de la política a través de las “asambleas” y la idea de un umbral conllevan un aspecto experimental observable en el propio campo o nivel de análisis. El contexto liminal, en el enfoque de Turner, establece “potencialmente una región libre de la cultura, en la que no sólo se pueden introducir nuevos elementos, sino también nuevas reglas”; en ella se “prueban nuevos modos de actuar, nuevas combinaciones de símbolos, para aceptarlos o rechazarlos” (Turner 1982:28). Teniendo en cuenta todo esto, resaltamos dos ejes de interés para abordar el valor ritual de la “asamblea”. El primero es la tensión entre la igualación ritual de los miembros y lo que sucede en el orden diario, fuera de la atmósfera de “asamblea”. El segundo es la imbricación de las perspectivas y las acciones en un universo social y cultural de “clase media”.

Si bien, como dijimos, cada reunión transcurre fiel a su regla ritual de igualación en la que todos toman la palabra y se escuchan, en los hechos la igualación deja su lugar a una estructura de funcionamiento basada en roles y grados de protagonismo distintos. El hecho de que algunos miembros de la “asamblea” tengan también una función en el Centro Cultural o la Biblioteca hace que ellos tengan una predisposición siempre ligada a las actividades barriales y culturales (la “olla popular”, los festivales, el ciclo de películas, las peñas, etc.). En el caso de Emilio, y también en el de Sandra, Carla, Paco y Josefina (todos profesores del Centro Cultural), esta relación va mucho más lejos, puesto que constituye un medio de vida. Sus horas, en este sentido, están consagradas casi por completo a las cosas que suceden en estos espacios. En los hechos, esta disposición hace que sean que ellos, y no

los otros miembros, quienes llevan adelante los contactos con otros Centros Culturales y “asambleas barriales” vecinas (de esas relaciones surgió por ejemplo la idea de hacer la “huerta comunitaria”). Del otro lado están quiénes proponen involucrarse en los temas “nacionales” a través de las iniciativas populares y las marchas. A instancias de Abel, Mirta y Rita respectivamente, la “asamblea” *Gastón Riva* conoce las discusiones y estrategias que llevan adelante el grupo de “Autoconvocados” contra el pago de la deuda externa (organizaciones sociales, sindicales, partidos políticos y “asambleas”), la comisión de “asambleas” nucleadas para promover la estatización de las empresas de servicios públicos y el grupo de las organizaciones sociales y profesionales que reclaman la creación de Defensorías Barriales para facilitar las denuncias de abusos policiales que se cometen contra jóvenes y pobres en general. Sin embargo, es fácil constatar que estos espacios no tienen tanto eco como los primeros (los barriales y culturales).

Esa diferenciación remite tanto a la cuestión generacional como a maneras diferentes de percibir las acciones transformadoras que de ella se derivan. No es casual que los miembros de más edad, por sus experiencias de participación previas que los ligaron con estructuras y partidos políticos, consideren que las movilizaciones y las iniciativas políticas son la herramienta más poderosa para introducir cambios, mientras que los más jóvenes privilegian la cimentación de los lazos afectivos y relaciones recíprocas al interior de la “asamblea” y en el mismo ámbito barrial (Grimberg 2002; Bergel 2003). Estas formas de procesar la política también remiten a una discusión teórica acerca del poder y las formas de revolución política. Si bien en el último capítulo tomaremos nota de ella, basta resumir aquí que en modelo de los más jóvenes el poder aparece como una dimensión que deber ser destruida antes que reconquistada, reconducida o reinventada. Lo político, en este razonamiento, no necesariamente debe remitir a una lógica piramidal de poder. La “horizontalidad” en las relaciones sociales es también un horizonte político.

El segundo eje es importante puesto que permite valorar la idea de la “asamblea” como un ritual construido *desde* una cultura de “clase media” con el objeto de fundar “nuevos modos de relación política”. Ya dimos cuenta en la primera parte del valor del ritual como vehículo para la reflexión y la acción colectiva. Cada reunión se desarrolla siguiendo en orden la lista de los temas a discutir que cada miembro propuso al comienzo. Ya que la presencia de los más jóvenes domina el grupo, suelen predominar los temas

referidos a las actividades culturales (la organización del ciclo de películas, la peña del fin de semana, el festival en la plaza, etc.). No obstante, la “realidad nacional” siempre está presente. En ese plano la discusión gira alrededor de tres grandes “enemigos”: los medios de comunicación y el periodismo, el gobierno nacional y de la Capital y, no paradójicamente, la propia “clase media”.

El periodo de mi trabajo de campo coincide con una etapa clave de la fase de reparación. Me refiero a la etapa inicial del gobierno de Kirchner. Las distintas medidas económicas y políticas adoptadas desde entonces crearon un “consenso” alrededor de su figura (cáp. III). Los medios de comunicación fueron aliados del gobierno en su compromiso por circunscribir la crisis y, en general, compartieron la idea de la “recuperación económica”. No obstante, fueron más lejos que el gobierno al colocar a la “protesta social” entre los problemas que ponían “en riesgo” la “recuperación del país”. En una reunión apareció con fuerza este tema. Emilio, consideró que el gobierno también era responsable del discurso “anti protesta” ya que mostraba las opiniones divididas dentro del gabinete y con eso instalaba la dicotomía “piquete / anti-piquete”. Josefina examinó los discursos “monopolizados”, “monolíticos” que reproduce la televisión, para ella la apelación a los valores de “esperanza”, “orden”, “seriedad” infunde ideas contrarias a la protesta. La sociedad con sus franjas de ocupados, subocupados y desocupados no es ajena a esos relatos; “un ejército de reserva sintoniza con esos valores reaccionarios, son los que aún trabajan y están intranquilos, pueden ser los próximos desocupados, no quieren desorden” (Mirta). En ese análisis sobre la manipulación de la crisis, también la “clase media” aparece para ser cuestionada:

“Desde el momento en que supuestamente “superó” la situación del “corralito”, ajustándose a las opciones que les dio el gobierno, la clase media pudo diferenciarse otra vez de la protesta. Antes, con De la Rúa estabas, como clase media, totalmente *afuera*. Ahora podés ser clase media “progresista” pero “anti piquete”” (Paco, integrante de la “asamblea” *Gastón Riva*).

“Se dice que los piqueteros son unos vagos y nadie dice que también hay piqueteros con planes sociales que hacen el mismo trabajo por el que otros cobran 600 pesos... Ese sector de clase media que dice “ellos son vagos” es el mismo sector de clase media que tiene experiencia para explotar, sabe cuanto vale el trabajo en negro... es lo que siempre han hecho” (Mirta, integrante de la “asamblea” *Gastón Riva*).

A través de estas líneas queremos resaltar el “distanciamiento” de la “asamblea” respecto de la “clase media” en un sentido de objetivación, es decir, sobre cómo un punto de vista de “clase media” habla sobre el conjunto del que también forma parte. Como sugiere Svampa, esta posibilidad de la “clase media” de ponerse a distancia de sus intereses materiales, criticarse y construir intereses más abarcativos es una de las dimensiones más importantes que puso de relieve el quiebre de 2001 (Svampa en Minujín y Anguita 2004:175).

Entre la cultura y la política: los festivales en la plaza (marzo de 2004).

Se larga el “juego de la vida” en la plaza. Son cerca de las cinco de la tarde y Josefina es la primera participante. En este juego los participantes deben enfrentar, como personas de “clase media”, los obstáculos de la vida diaria. Podría parecerse a la “rueda de la fortuna”, pero en lugar de caminos que se abren y se cierran, son sólo callejones sin salida. Es la gran “rueda de la crisis”, Josefina tira un dado gigante de cartón y “avanza”. El primer obstáculo, el banco, es imposible sortearlo sin perder pues resulta que sus ahorros depositados se redujeron a la tercera parte y recién los verá en el 2009. Luego tropieza con el segundo obstáculo, el hospital, y no le va mucho mejor puesto que espera horas para ser atendida y no lo consigue; como “remedio”, una enfermera le entrega una tira de aspirinas. Tira otra vez el dado y avanza hasta el casillero de educación donde la opción es mandar los hijos a un colegio privado o “librarlos” a la suerte en una escuela pública donde es seguro que no se completará el ciclo lectivo. En el recorrido también hay paradas obligatorias como, por ejemplo, sentarse horas a mirar en la televisión los canales de “información”. Finalmente, el gran desafío: “llegar a fin de mes”. Josefina hace números en su cabeza, ¿lo podrá conseguir?. Parece agotada por el viaje. Mientras camina haciendo cuentas, se encuentra con un gran cartel que dice:

“-¿Qué vas a hacer cuando te caigas de la clase media?

- a- volver vencido a la casita de tus viejos.
- b- Vender todo lo que puedas en un parque que todavía no esté enrejado, incluyendo las joyas de la abuela.
- c- Morirte de hambre sin que nadie lo note (queda feo). Incluye la variante de despreciar a otros muertos de hambre para mantener la imagen.

- d- Cartomear.
- e- Pedir plata en la calle de la mano de tus hijos (a vos solo no te van a dar).
- f- Hacerte el enfermo/discapacitado y pedir en el bondi.
- g- Carrera política.
- h- Endeudarte / hipotecar lo que queda.
- i- Exiliarte.
- j- Narco.
- k- Reclamar un subsidio al Estado mientras generás formas alternativas de trabajo con otros desocupados, si el Estado se hace el boludo, protestando al efecto.

Mientras hacés lo que puedas en esta selva, te invitamos a la “asamblea” (o a juntarte con quienes quieras) para buscar juntos la forma de transformar el sobrevivir en vivir.”

Termina la travesía para Josefina. Desfilan otros participantes con igual suerte.

Después de este juego viene la música con los grupos de percusión y la murga. Con los ritmos que salen de la plaza atraen van asomando nuevas caras. Unas treinta personas están presentes en el lugar; algunos recorren la feria de artesanías y “productos autogestionados” que se ha instalado cerca de los bancos y otros escuchan los temas de la “Comparsa Habanera”. Majo “pasa la gorra” pidiendo alguna contribución económica para los trovadores. También les cuenta que más tarde habrá empanadas y “choripanes” –la cocina está a cargo de Luis, un cartonero amigo del grupo de la “asamblea” y asiduo colaborador en los festivales–. Mientras siguen las estrofas de la murga “Herederos de la Locura”, una pareja de titiriteros arma el retablo para comenzar la función. Cae la tarde y empieza la obra. Los protagonistas son dos: el “campesino” y el “diablo”. En la historia este último despoja al de sus tierras mediante engaños. El texto encierra una metáfora: el labrador simboliza la *autosuficiencia* y su parcela la “huerta comunitaria” que está armada a un costado de las vías del tren próxima a la plaza. Las semillas “mágicas” del diablo seducen al campesino porque incrementan la cosecha, pero para tenerlas hay que hipotecar la parcela: velada alusión al “boom” de los cultivos transgénicos.

Se puede decir que los festivales en la plaza son una extensión ritual de la “asamblea”. Pensados como eventos de recreación, no están por ello menos relacionados con el transcurso de la vida política. Como dijimos en la sección anterior, las actividades culturales de este tipo son compartidas por todo el grupo con especial interés. Contrariamente a lo que ocurre cuando discuten la participación de la “asamblea” en los

encuentros convocados por otras organizaciones sociales y partidos políticos, los festivales comprometen a todos de igual manera. Los más jóvenes suelen organizar los encuentros, invitar a grupos amigos, armar los juegos, etc. pero también los más grandes aportan sus opiniones y proponen cosas. La “cultura”, expresada en la música y el lenguaje teatral, es un territorio común para jóvenes y grandes: todos se identifican, por caso, con las mismas músicas y literaturas. Esos repertorios forman parte de un modo de vida propio de “clase media”, están presentes en su cotidianeidad. En consecuencia, tales eventos representan una celebración de todo eso que se comparte, y no sólo eso, puesto que allí también se pone en escena una atmósfera “liberadora” en la que se estimulan las relaciones primarias y se anulan transitoriamente las cargas y los roles estructurales (Cohen 1993).

Como acciones rituales que son, los festivales también ayudan un punto de vista de realidad y a la realidad misma. Practicando lenguajes “no políticos” como el juego, el teatro y la música, se compone una crítica dramatizada de la vida diaria con los “valores” e “ideales” de la sociedad actual, o bien versiones contrarias a las que afirman las voces del gobierno y los medios de comunicación. En la publicación de la “asamblea” *Gastón Riva* hubo una reseña del festival en la plaza (“Nuestra Plaza”):

“Nuestra, de mí, de vos, de todos. Nuestra plaza a fuerza de voluntad, trabajo en equipo y respeto, fuerza tan distinta a la de ellos, esa fuerza de palos, gases y balas represoras^{xv}... Se escucharon bandas amigas, hubo títeres y teatro. En nuestra plaza se hizo memoria, se hizo historia. En ella nos juntamos, trabajamos y aprendemos. La plaza, es mucho más grande que un pedazo de pasto” (Publicación Mensual de la “asamblea” *Gastón Riva*, marzo de 2004).

Es en esta sección que quisimos poner de relieve la imbricación entre cultura y política. Tomando como dato los festivales barriales reparamos en la relación de ida y vuelta entre ambos planos. Adoptando el punto de vista nativo, la “cultura”, a través de un lenguaje artístico, puede volverse directamente algo político. Tal condición se logra por medio de la ficción: “disponiendo signos inherentes a la realidad, haciendo que ésta sea legible para la persona que se mueve entre tales disposiciones; como si la historia fuese un film inacabado, una ficción de la que somos al mismo tiempo los cámaras y los actores” (Holmes 2006:5). La “cultura” captura “lo político” en tanto interpreta a las relaciones sociales en las que nunca está ausente la tensión dominación / emancipación. “Lo político”

interviene sobre las demás prácticas y lenguajes culturales, asignándoles “otros” fines y condicionándoles en algún sentido. Uno y otro se contestan continuamente.

El contexto liminal y la *communitas* como estado social.

En su trabajo sobre “asambleas barriales” Svampa (2003) sugirió las figuras de *puente* y *puerta* para significar la idea de la relación política en la concepción de ellas. Siguiendo dichas, que planteara Simmel, Svampa asoció la primera con la idea del vínculo e integración que sigue al reconocimiento de un momento de separación instituyente, y la segunda con la afirmación de ese distanciamiento que por tanto conlleva la idea de repliegue, de cierre (Svampa 2003:24). Una y otra plantean distintas posiciones respecto del sistema de gobierno representativo, aunque ambas parten de una situación de ruptura inicial. Con la idea de *puente* se identifican aquellas posturas asambleístas que postulan la necesidad de recomposición del sistema político a partir de la introducción de mecanismos participativos; con la idea de la *puerta*, aquellas otras “asambleas” que reivindican su separación del sistema y la construcción de redes de contrapoder a partir de nuevos espacios de sociabilidad y economías alternativas. La doble imagen propuesta por la autora ilustra la separación del comienzo: el dilema integración / separación. La fase de quiebra (capítulo anterior) introduce el contexto liminal donde los grupos se perciben a sí mismos extraños a las posiciones estructurales.

La protesta social identificada con el “que se vayan todos”, los ensayos asamblearios basados en la “horizontalidad”, la pluralidad y el agotamiento de las lealtades partidarias e ideológicas anteriores, ponen de relieve en múltiples planos una crítica radical de la estructura (social, económica e institucional). Su fuerza antiestructural e igualadora se nutre de los rasgos conflictivos de la estructura: la exclusión en lo económico y social. En pocas palabras, el nuevo compuesto de la política, basado en la reimplantación de espacios de participación y toma de decisiones directos y en la incorporación de un lenguaje de proximidad social (el barrio, los vecinos, lo cotidiano) marca un corte con las formas tradicionales de participación política.

La “sociedad”, al separarse de la “representación” política, siguió los pasos de una secuencia ritual. La crisis, afirma Turner, asume características liminales en virtud de ser

una instancia de transición entre fases del proceso social (1974:16) En la fase liminal, intermedia entre la separación del individuo o grupo del status anterior y la integración iniciación en una nueva categoría, “las características del sujeto ritual (el pasajero) son ambiguas, ya que atraviesa un entorno cultural que tiene pocos, o ninguno, de los atributos del estado pasado o venideros” (Turner 1985:101). Pero, mientras la fase liminal de las ceremonias rituales se entrelaza con la esfera de lo sagrado, en el drama secular la crisis toma estado público. La situación de transición pone entredicho el propio orden público y obliga a los representantes estructurales a ensayar formas de reparación y desagravio (cap. III) para contener la escalada de la crisis: ésa es la gran diferencia apuntada por Turner respecto de la lógica ritual conocida a través de los ritos de pasaje que describió Van Gennep (1909).

Se puede plantear aquí una proximidad con el enfoque de Pierre Clastres (1978). Según el autor de *La sociedad contra el Estado*, las sociedades tribales construyen su esfera política en base a otra “filosofía del poder”. En ellas, el poder no lo detenta una institución separada de la sociedad; la autoridad no reproduce ninguna forma de dominación. La misma jefatura tribal está descalificada para ejercer cualquier poder (excepto en tiempo de guerra, donde, por otra parte, el liderazgo se sustenta en competencias que en ningún caso presuponen autoridad). Porque no hay intercambio a la manera hobbesiana, es decir, obediencia a cambio de seguridad, es inexistente la relación dominante-dominado. Por el contrario, ya que la guerra exige la unidad del grupo frente al enemigo, su carácter es constante en la vida social. En todo caso, a la inversa de la definición weberiana, “todo pasa como si esas sociedades constituyeran su esfera política en función de una institución que tuviera una regla: saber que el poder es en esencia coerción, su trascendencia implica un riesgo mortal” (Clastres 1974:40 en Abélès 1990:30). Es la ausencia de una autoridad duradera lo que persigue también la dinámica asamblearia: su recelo por la jerarquía y la negativa a delegar en otros la toma de decisiones. Parafraseando a Clastres, todo sucede como si nuestra sociedad se apropiara celosamente de lo político impidiendo que se fije en ninguna entidad o cuerpo exterior a ella.

Como dijimos en la introducción, la relación de *communitas* está siempre ligada a procesos de cambio. Cuando se expresa en un movimiento colectivo, esta se liga con situaciones desarreglo estructural (Turner 1985:118). La *communitas* es un modo de

relación que no supone posiciones determinadas dentro de una estructura social, sino que más bien las niega. Involucra el aspecto existencial del hombre, implica a éste en su totalidad, en su relación con otros hombres considerados también en su totalidad, por encima y más allá de las diferencias estructurales (Turner 1985:133). En virtud de ser anti-estructural, emerge con más fuerza en los momentos de transición, en los cuales, justamente, son las categorías estructurales las que entran en crisis. Es en este sentido que Turner asocia la secuencia del drama social con la lógica de los ritos de pasaje: la *communitas* parece conectarse intrínsecamente con lo liminal. Es esta lógica ritual la que subyace en nuestros hechos. Las expresiones concretas de la solidaridad entre “caceroleros y piqueteros” en los primeros meses de 2002 (el recibimiento positivo de los habitantes porteños a las movilizaciones de desocupados que confluían en Plaza de Mayo, las “ollas populares” organizadas entre asambleas y desocupados) fueron pasos espontáneos que traducen la idea de una igualación simbólica entre desposeídos. Por último, resta agregar una cualidad observada por Turner respecto de la *communitas* en tanto estado colectivo: la dimensión sacra de esa igualación. Los procesos de esta índole, dice el autor, a menudo parecen llenar de afecto a las personas, en tanto que transgreden o eliminan las categorizaciones propias de lo estructural, lo segmentario, lo institucionalizado (1985:134). “¿Qué queremos? ¿hacia adónde vamos? ¿qué defender? ¿qué horizontes deben prevalecer, el del reclamo por los ahorros o por quienes están peor?” son preguntas que se repiten en columnas de opinión, crónicas de la calle, programas radiales, etc.. “La clase media corporizó en los cacerolazos -dice el periodista- no sólo un sentimiento universal (la indignación, o más precisamente la sensación de que nos imponen la indignidad), sino también una actitud: si estamos todos no nos pueden forrear. ¿Cuántas veces se ha dado con tal unanimidad -insisto: *con tal unanimidad*- un espíritu así, en la Argentina?” (las cursivas son del autor)^{xvi}.

Los modos de *communitas*.

Recapitulando, las relaciones de *communitas* tienen lugar frecuentemente en períodos de transición social drástica en los que la sociedad misma parece desplazarse desde una condición a otra. Entendemos que un proceso de estas características se desarrolla durante e

inmediatamente después de la crisis de 2001. Donde los límites que separan a los grupos se han desdibujado y la sociedad responde dando cuenta de esa forma drástica de igualación. La *communitas* constituye inicialmente una suerte de sociedad homogénea y sin estructurar, cuyas fronteras coinciden idealmente con las del género humano (Turner 1985:138). Sin embargo, Turner encuentra un límite insalvable para ella:

“La espontaneidad e inmediatez de la *communitas* -en oposición al carácter jurídico político de la estructura- rara vez puede mantenerse durante largo tiempo, y la misma *communitas* desarrolla pronto una estructura en la que las relaciones libres entre los individuos acaban por convertirse en relaciones, regidas por la norma, entre personas sociales” (1985:138).

En consecuencia, debemos reparar en una forma ulterior de *communitas*, donde el influjo del tiempo, la atención a los recursos que se tienen y la necesidad de desplegar alguna forma de control entre los miembros en orden a conseguir los fines propuestos transforman ese fondo existencial o vínculo genérico en un sistema social duradero: una *communitas normativa*. Se suele advertir en ese pasaje una suerte de riesgo eterno, la “desgracia” de caer otra vez en lo estructural (tal es la historia de los movimientos religiosos, dice Turner). Siguiendo con la clasificación, se sitúa un tercer tipo de *communitas* -*ideológica*-, sólo que en tanto modelo utópico de sociedad basado positivamente en el tipo existencial. Esta última se corresponde con el plano imaginario (arquetipos, personajes y relatos), las representaciones y símbolos que en la vida diaria la evocan (por ejemplo: el símbolo de la paz).

El proceso de *communitas*, por lo tanto, comporta la tensión entre un estado inicial extraño a cualquier forma de estructura y otro que conduce inexorablemente a un arreglo estructural, en tanto no es posible sostener en el tiempo el carácter desclasado tal como se da en el primer momento. La *communitas* concede al plano de la organización la forma de auto perpetuarse. En este sentido, las asambleas transitaron un proceso de definiciones políticas y organizativas. Puesto en perspectiva, las etapas mencionadas siguen ese recorrido. Quede claro que no se trata de hacer coincidir estrictamente tal o cual etapa del caso analizado con una u otra clase de *communitas*; por el contrario, cabe pensar en ese desplazamiento a lo normativo en términos dinámicos, donde cada nueva etapa conlleva algo de la anterior.

Parece claro que los primeros dos meses de 2002 corresponden al momento de *communitas espontánea*. La idea de espontaneidad se funda en el hecho de que ella se presenta apelando inicialmente a un todo homogéneo, sin estructurar o bien ambiguo e impreciso como en la imagen del “pueblo”, los “vecinos”, la “sociedad”. En efecto, la composición heterogénea de las “asambleas” se subsume en la apelación a la categoría de “vecino”, cuyo grado de generalización actúa frente a cualquier otra demarcación. A esto se agrega la *cacerola* como un símbolo inédito de la protesta, señal de la ausencia de una identidad política preconstituida. También la realización de los encuentros interasamblearios en Parque Centenario fue una muestra clara de ese momento experimental. Reunidas allí, las “asambleas” de cada barrio consintieron la posibilidad de un espacio de autoreconocimiento más amplio, donde “escribir una historia en común”. Muchas de ellas llevan incluso en sus nombres la marca de aquellos plenarios inaugurales (Gastón Riva fue una de las víctimas de la represión en el microcentro porteños; su nombre, al igual que otros, fue tomado a raíz de la moción que proponía recordar a los muertos en la represión del 20 de diciembre). Mediante esa puesta en común, muchas tendieron puentes entre sí.

Las reuniones “interzonales”, complemento de la “interbarrial”, dieron lugar a acciones compartidas entre asambleas geográficamente próximas. La más frecuente de ellas fue la compra comunitaria de alimentos. A principios de marzo, las “asambleas” *Gastón Riva*, del monumento Cid Campeador y de Parque Rivadavia comenzaron a utilizar una porción de tierra ubicada a un costado de las vías del tren en las lindes de la plaza. Labraron el rectángulo y cultivaron semillas de hortalizas. En pocos meses la huerta dio sus frutos. Más tarde, levantaron un horno de barro para cocinar vegetales y hacer pan. El entusiasmo grupal tuvo eco en el barrio. En la vieja casa del Centro Cultural, decenas de vecinos asistieron a las charlas sobre cultivos y alimentos promovidas por las tres “asambleas”.

“Fue una época muy rara -recuerda Emilio-, se consiguió que una persona de Pro-Huerta viniera a difundir todo el tema de la huerta. Había videos y charlas, vos venías un miércoles y tenías el salón lleno de gente () ¡que venía a un curso de huertas!... Imaginate, eran cosas impensables hasta entonces, y lo son ahora. Era surrealista; un montón de sueños que salieron todos juntos de repente”.

Desde la distancia del tiempo transcurrido, Emilio recompone el paisaje de aquel tiempo. Desde un presente de reposo entre lo que quedó atrás y lo que permanece, entre los límites forzosos y las capacidades desplegadas, Emilio asiente: “ fue un tiempo feliz, pero también caótico”.

La dirección observable hacia la segunda etapa, esto es, la orientación hacia las cuestiones del ámbito barrial en el contexto de un marcado debilitamiento de la participación, aparece determinada por la puja entre las distintas visiones sobre cómo alcanzar la *communitas normativa*. El primer escenario de esta disputa fue, como se dijo, Parque Centenario. El factor desencadenante de la discordia, los partidos tradicionales de izquierda (PO, MST, PTS y PC^{xvii}). Frente a la ausencia de liderazgos políticos y un programa alternativo en temas como la deuda externa, la economía, el llamado a elecciones, o las formas de lucha, dichos partidos se sintieron llamados a llenar ese vacío. El intento fue en desmedro del ánimo colectivo. Paco, un integrante de la *Gastón Riva*, remiso a participar en esos plenarios justificaba su posición describiendo al encuentro como un “comité central”. Para este joven profesor de matemáticas, que había llegado a la “asamblea” como un vecino más, la presencia desequilibrante de los partidos socavó la posibilidad de un espacio de participación plural:

“Los partidos se la pasaban hablando de la evolución del capitalismo y uno no sabía a quien tenías al lado. Era ir a levantar la mano y votar cosas sin sustento real porque lo que se votaba después era contradicho en cada asamblea barrial. Había cero intercambio, te ibas de ahí sin conocer a nadie de otra asamblea” (Paco, integrante de la “asamblea” *Gastón Riva*).

En otras palabras, la vía partidaria chocó con una extendida percepción contraria a construir políticamente algo nuevo sobre la base de lo ya conocido. Como sostiene Svampa (2003), el trasfondo de la experiencia asamblearia radica en su exigencia *niveladora*. De ahí que la figura del “vecino”, aun cuando designaba a un conjunto demasiado amplio y difuso, servía enormemente para refrenar aquellas identidades que, identificadas o no con alguna línea partidaria, se autoposicionaban al frente de la toma de decisiones (Svampa 2003:40).

Finalmente, fue el giro hacia las actividades locales (las sociales como la “olla popular”, la “huerta comunitaria” y las culturales como los festivales y las peñas) la forma de plasmar la *communitas* inicial. La priorización del espacio barrial quitó peso a las

propuestas vinculadas a la situación nacional, en general, sostenidas desde los encuentros interasamblearios (la deuda externa, la estatización de las empresas privatizadas, la desocupación, etc.). La vitalidad de las “asambleas” quedó ligada así a las actividades centradas en el espacio barrial. Desde ese momento, el gobierno puso en su discurso la cuestión de la “participación barrial” disputándole a las “asambleas” las formas, los lenguajes y los símbolos. La implementación del “Presupuesto Participativo” a mediados de 2002 constituye la principal apuesta en este sentido. A través de este mecanismo de “participación directa”, el gobierno pone en marcha la fase de reparación (cap. III).

Capítulo III. Los mecanismos de reparación.

Es en la fase de desagravio que las técnicas pragmáticas y la acción simbólica alcanzan, ambas, su más plena expresión. Porque la sociedad es aquí máximamente “autoconsciente”, y puede alcanzar la claridad de juicio de alguien que está arrinconado, luchando por su vida.

Victor Turner, 1974.

En este capítulo abordo las formas de reparación del drama social a través de algunos momentos significativos. Estos corresponden cronológicamente con la implementación del Presupuesto Participativo en la Ciudad de Buenos Aires en junio de 2002, la asunción presidencial de Kirchner en mayo de 2003 y la creación de un Museo de la Memoria en la desde de una institución militar (la Escuela de Mecánica de la Armada) en marzo de 2004. También a lo largo de esos años, la “cultura” es redescubierta como campo reparador. En las palabras de Turner, todos estos momentos constituyen acciones de “desagravio” que buscan limitar la extensión de la crisis, acortar las brechas que dividen a la sociedad y aproximar las partes. El tipo y la complejidad de estos mecanismos varían de acuerdo con la profundidad y la significación social compartida de la quiebra (Turner 1974:14). En virtud de ser potencialmente reparadores, en todos estos momentos subyace un modo de *communitas*, vale decir, de igualación simbólica de la sociedad, o de “acercamiento” entre la sociedad y sus gobernantes: ya sea que se trate, como en el primer caso, de un esfuerzo de las autoridades por reinstaurar la idea de la “representación” a partir de un modelo de participación “vecinal”; de una performance que busca aproximar a quienes están “abajo” (la sociedad) y quien pasa a estar “arriba” (el nuevo presidente), como es el segundo caso; de la creación de un “Museo de la Memoria” relacionado a las violaciones cometidas durante la última dictadura militar, el tercero; o bien del reconocimiento de un conjunto de actividades que permiten metaforizar el paso de la crisis a la reparación, como en el cuarto momento. También puede decirse que estos modos de *communitas* replican a los modos concebidos por “la sociedad” durante la fase anterior (el asambleísmo barrial, la solidaridad con los de “abajo”, la memoria, etc.). Si esto es así, es necesario preguntarse hasta dónde llega la reparación, si es completa o no en el sentido de si los grupos movilizados y la clase

en particular se dejan seducir o rechazan los intentos de manipular la crisis. Como veremos, que todas las formas de reparación se revelen “incompletas” –esto no quiere decir ineficaces– nos permite corroborar el supuesto de Castells (1979): las políticas de Estado, antes que instrumentos de cambio social, son intervenciones políticas con fines de dominación, de integración y regulación de las contradicciones generadas en el transcurso de la vida social.

El puntapié del gobierno local: el Presupuesto Participativo”.

El Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires (GCBA), a través de la Secretaría de Descentralización y Participación Ciudadana, promovió a mediados de 2002 el “Presupuesto Participativo” (en adelante PP), una instancia democrática de participación dirigida tanto a vecinos como a organizaciones e instituciones locales, incluidas, obviamente, las asambleas barriales. Por medio de esta herramienta se puso en marcha un proceso de debate, elaboración y control del presupuesto anual de la Ciudad. De ahí en adelante, mediante una serie de etapas, los vecinos, agrupados en áreas barriales, toman nota de las necesidades y discuten las propuestas para, finalmente, fijar prioridades presupuestarias en temas de infraestructura, salud, educación, deportes, seguridad, etc.. Semejante apertura, afirma el texto de presentación del PP, se inscribe en la “nueva realidad del barrio como espacio de protagonismo ciudadano” que resulta de la “grave crisis de representatividad de las instituciones democráticas y de una honda recesión económica”. De esta manera, señala, se intenta “reducir la brecha abierta entre el Estado y la sociedad civil” (Texto del Presupuesto Participativo 2003, GCBA pág. 2).

Repasemos mínimamente cómo se expresó, día a día en los meses previos a la implementación del PP, la “crisis de las instituciones democráticas”. Durante los meses de enero y febrero de 2002, el espacio público fue literalmente reconquistado por la participación colectiva de la clase media; no obstante ésta percibiera –acertadamente– la distancia que separaba al clamor de un cambio real en el estado de cosas (Casullo; Sarlo; Terán; Vezzetti 2002). Las escenas urbanas de esa excitación fueron cotidianas. Cada viernes, las asambleas de vecinos se autoconvocaban para marchar desde el Congreso hasta la Plaza de Mayo. Resonaba en cada encuentro el “que se vayan todos” junto al tañido de las cacerolas. Los domingos se constituía en Parque Centenario la “interbarrial” (cap. II).

Ése era el momento culminante de una nueva práctica de soberanía popular. Se debatiesen cuestiones generales o puntuales, lo significativo era el acto mismo de la decisión colectiva como sede de la democracia: se trataba de la apropiación de la política en el molde de la democracia directa. Durante la semana, cada asamblea definía autónomamente los ejes de discusión y el repertorio de acciones (la ayuda a alguna cooperadora de escuela u hospital, las compras comunitarias, donaciones de ropa, charlas con hombres y mujeres del campo de las luchas sociales y de los derechos humanos, etc.). La vitalidad se alimentaba, además, con otros caudales. La música, la murga, las *performances* tenían también su lugar en todo esto. Las plazas eran escenarios de “asambleas”, pero también de festivales; la participación era política, a la vez que social y cultural. Las pintadas y graffitis reflejaban la atmósfera fundacional que se vivía después de las jornadas de diciembre. Aunque no solamente eso; también dejaban ver la percepción de una realidad disputada. Como testimonio de ello, una inscripción proclamaba: “Si la prensa es del capital, las paredes son del barrio”. La enemistad con los medios de comunicación era parte de una impugnación más global. En rigor, el protagonismo social asistiría a la tarea reparadora del gobierno. De parte de éste, los esfuerzos se concentrarían en circunscribir la significación de la quiebra, limitar su extensión (Turner 1974:15).

Con su aplicación, el PP pone en juego las operaciones que buscan reparar esa escisión frente a lo institucional, a la vez que produce divergencias entre las mismas “asambleas barriales”. El discurso oficial, por una parte, intenta apropiarse del vocabulario, la simbología y la forma de organización que, como tales, remiten al universo de la “participación” y el “protagonismo ciudadano”. Apropiación, ya que nada de ello fue tomado en forma aislada, sino en respuesta a una situación de conflicto en la que la sociedad asumió un papel claramente destituyente. Por otra parte, en tanto asocia la “participación vecinal” con una intervención –delimitada– en la esfera de los recursos del gobierno, éste encuentra justificaciones para relevarse de la crisis desde el momento en que ella, y su impacto a nivel social y urbano, es remontable a la década del noventa. “Esta herramienta –dice el texto– se implementó en el marco de una grave crisis de representatividad de las instituciones y de una honda recesión económica”. Mientras dicha política tiene lugar en un contexto que se entronca en el pasado, la reparación tiene un cariz liminal. Así, el gobierno se coloca a distancia de los eventos que compusieron y condujeron

a la crisis, habla desde “otro” lugar (Turner 1974:17). En virtud de re-presentarse ambas cosas, la *participación* y la *crisis*, las formas de organización y las instancias de encuentro entre funcionarios locales y vecinos aparecen de manera marcadamente ritualizada^{xviii}. A partir de la implementación del PP, el GCBA revela cuál es su propia representación del contexto. Por ejemplo, pone énfasis en el papel precursor de la Secretaría de Descentralización en este tipo de iniciativas, o bien en la trascendencia de la apertura democrática que implementa, incluso, en momentos tan críticos para el equilibrio presupuestario, cuando bien podría justificarse la limitación de la participación.

Ahora bien, más allá de que se busca la reparación de un problema social ampliamente reconocido —el cuestionamiento a las instituciones de gobierno—, esta política participativa significa que se remueven algunos de los obstáculos que, en el mismo gobierno, habían frenado el proyecto descentralizador de la nueva Constitución de la Ciudad, sancionada en 1996 (en el documento del PP se enumeran los ensayos democráticos que habían apuntado en esa dirección). En efecto, la implementación del PP concreta uno de los pasos preestablecidos en el nuevo texto (en éste, el artículo 52 establece el carácter participativo del presupuesto de la Ciudad). Complementariamente, el puntapié para la creación de instituciones de gobierno autónomas con fuerte control vecinal puso de manifiesto el afán democratizador, tras la amarga experiencia del antiguo Consejo Deliberante^{xix}. El artículo 127 aprobaba la institución del modelo comunal de gobierno que se fijaría por ley dentro del plazo perentorio de cinco años. Las Comunas, dice el texto, son unidades de gestión política y administrativa con competencia territorial. Sus integrantes son elegidos directamente por los habitantes de cada división geográfica (o sea que es una reduplicación del sistema representativo). La autonomía involucra además el manejo de los recursos que les son asignados en el presupuesto total de la Ciudad. En virtud de esto, cada Junta Comunal designa un órgano consultivo integrado por “representantes de entidades vecinales no gubernamentales, redes y otras formas de organización” (Art. 131). Este no sólo asesora, sino que además elabora y define las prioridades presupuestarias. No obstante la impronta progresista y el plazo acordado, ninguno de estos artículos fue sancionado. En su lugar, el gobierno local impulsó la creación de los Centros de Gestión y Participación (CGP). Si bien éstos dieron un paso adelante, en el sentido de descentralizar funciones administrativas y servicios para la sociedad, nulo resultado tuvieron en términos de ampliar

la participación vecinal. Los CGP's, a su manera, experiencias precursoras de las Juntas Comunales, se constituyeron con un director a la cabeza designado por el Jefe de Gobierno y un Consejo Consultivo conformado por representantes barriales con voz pero sin voto (en muchos casos, se compuso de una red clientelar afín al director, y en otros no llegó siquiera a constituirse).

Resumiendo, el contexto abierto tras los días de diciembre de 2001 forzó al Gobierno de la Ciudad a trazar un nuevo armado político institucional: éste concretaría la ampliación formal de la participación en cuestiones de gestión territorial durante tiempo resistida por los propios funcionarios y legisladores oficialistas. Fue la gravedad del contexto la que obligó al gobierno a enfrentarse con su propio dilema, esto es, a obrar de acuerdo al programa reformista promulgado a instancias de lo que fuera su bandera política.

Vecinos, funcionarios y una agenda de “prioridades” (la fragmentación y despolitización de la participación local).

En tanto que el PP busca “democratizar espacios para la toma de decisiones colectivas” debemos preguntarnos: ¿en qué consiste esa participación? ¿qué alcances confieren dichos ámbitos? ¿cómo se define la participación?, es decir, ¿quiénes participan y cómo?; ¿son todos iguales? Reconocida la concepción que orienta a la convocatoria del gobierno, ¿es compartida por el conjunto de las asociaciones y vecinos convocados, entre ellos, las “asambleas”? Respondiendo a estas preguntas podremos vislumbrar en qué medida esta “herramienta de ciudadanía” alcanza a reparar la “crisis de representatividad”. En principio diremos que esta política opera sobre el carácter de la “participación” diferenciando –y en última instancia distanciando– los temas “sociales” de los “culturales” y a éstos de aquellos que son propiamente “urbanos”. De esta manera, una racionalidad técnica que separa y excluye los ámbitos de participación termina subordinando cada uno de los esfuerzos vecinales a la red de instituciones y secretarías preexistentes. En definitiva, disolviendo los cruces entre cultura y política, imbricación que estuvo en la base de los discursos y las acciones de las “asambleas barriales” surgidas a comienzos de 2002. Veamos en qué consiste esa racionalización de la participación.

El PP implica un mecanismo de democracia participativa cuya finalidad es el debate, elaboración y posteriormente seguimiento de las metas presupuestarias concertadas, para su realización en el ámbito estrictamente barrial. Se asume como un espacio abierto a la intervención de las asociaciones e instituciones locales, como también de aquellos vecinos no encuadrados en ningún tipo de organización formal y “asambleas barriales” propensas a incluirse en la relación con el gobierno. Está distribuido geográficamente en 16 unidades territoriales correspondientes a cada uno de los CGP’s, los cuales, a su vez, se subdividen en 43 áreas barriales. Cada una de éstas cuenta con un foro barrial propio. En el momento de su introducción, a mediados de 2002, cada área se distribuía en ocho “núcleos temáticos” de participación (Mantenimiento Urbano e Infraestructura Barrial, Organización General y Seguridad, Medioambiente y Desarrollo Urbano, Salud, Educación, Desarrollo Económico, Cultura, Desarrollo Social). Ya en una segunda etapa, de cara a la formulación del presupuesto de 2003, éstos se redujeron a seis (Obras Públicas y Medio Ambiente, Desarrollo Socioeconómico, Educación, Salud, Cultura y Deportes, Control y Seguridad).

El ciclo del PP, que discute y elabora las prioridades que se incluirán en el presupuesto del siguiente año, consta de una serie de instancias articuladoras al interior de cada CGP, denominadas igualmente “asambleas barriales”. Éstas se inician con un Plenario de Apertura donde se informa a los participantes sobre los aspectos metodológicos de la participación, el cronograma estipulado de los encuentros y los diagnósticos existentes acerca de las necesidades barriales, elaborados, tanto por los propios funcionarios, como por instituciones y vecinos. Seguidamente, se constituyen los núcleos temáticos coordinados por personas asignadas a tal fin desde el CGP (en general hombres y mujeres beneficiarias de subsidios estatales sin trayectoria dentro del CGP). A partir de entonces, cada de ellos tiene la función de erigir propuestas –de escala local o de alcance urbano con incidencia local– que luego serán consideradas y eventualmente votadas en la asamblea barrial de cierre. También deben, los participantes de cada núcleo, elegir a su “delegado temático”, quien representa en adelante la tarea que allí se realiza frente a los funcionarios de la Secretaría correspondiente (éstos toman nota de las propuestas y sugieren reformulaciones de acuerdo a las posibilidades de realización, el impacto en el barrio y su adecuación a las políticas públicas proyectadas a futuro por el gobierno) y los delegados de las otras comisiones, que pugnan por transformar sus proyectos en prioridades a incluir en

el próximo presupuesto. Previamente a la definición de prioridades a escala barrial, se firman los documentos aprobatorios de la tarea de cada comisión. Tal reconocimiento constituye, a la vez, un acta de compromiso entre ambas partes, vecinos y funcionarios, para maximizar los esfuerzos e integrar las propuestas temáticas al conjunto.

Finalmente, se realiza la asamblea de cierre donde se fijan las prioridades. Votan todos aquellos que participaron durante el proceso de elaboración de las propuestas y también aquellos que se incorporan en el momento de la votación –traídos por los delegados o directamente movilizados por militantes partidarios que disputan un espacio de reconocimiento dentro del ámbito barrial (ver en el siguiente apartado). Cada votante confecciona el orden prioritario de los “núcleos temáticos” y sus respectivas propuestas (elige sólo cuatro núcleos descartando los restantes). Sólo puede emitir un voto, en la boleta oficial del PP. Cumplida la instancia de la votación de prioridades, se eligen un “consejero barrial” titular y uno auxiliar del área en cuestión que integrará el Consejo del PP. Los aspirantes a esa función deben acreditar su participación desde el comienzo del ciclo del PP. Son responsabilidades del Consejo realizar el seguimiento y control de la ejecución de las prioridades seleccionadas en el área barrial.

La implementación del PP, en el mes de junio de 2002, se configuró a manera de experiencia piloto con el “Plan de Prioridades Barriales”. En el transcurso de ese mes se ensayó activamente la secuencia participativa y las prioridades votadas fueron incorporadas en el presupuesto de la segunda mitad de ese mismo año. En el marco de una crisis integral de los servicios, las prestaciones y la infraestructura, hablar de “prioridades” era ocioso, ya que casi todo demandaba una respuesta en forma urgente. En el período del Plan de Prioridades se establecieron 338 prioridades para todo el territorio de la Capital. Asimismo, como resultado de este breve ensayo, participaron unos 4500 vecinos (Texto del Presupuesto Participativo 2003, GCBA pág. 2). Dejando de lado lo relativo del número (refleja el total de las participaciones individuales agrupando las distintas instancias y tomándolas por separado), el mismo gobierno juzgó la respuesta positiva. Por el lado de las “asambleas barriales” que surgieron en el verano de 2002, éstas tomaron diferentes caminos. En principio, para todas ellas el lanzamiento del PP representaba, al menos, un dilema. Si bien a nadie se le escapaba que se trataba de una apuesta del gobierno para contrarrestar su pobre imagen, en un cuadro donde las elecciones no parecían demasiado lejanas, por otra parte, podía

constituir una herramienta nada desestimable. En este sentido, la experiencia cercana de Porto Alegre fue una pieza invocada permanentemente por distintas voces a la hora de resaltar las cualidades del PP^{xx}. Como en otras circunstancias (es el caso de las tomas de edificios deshabitados y la conveniencia de legalizar la tenencia), las asambleas se veían desafiadas a revisar la fórmula que las había generado, esto es, el cuestionamiento a las formas institucionalizadas. Mientras unas se mantuvieron al margen del llamado del PP, incluso haciendo explícito el rechazo (la *Gastón Riva* es una de estas), otras se integraron al proceso, o bien se relacionaron con él por medio de algunos de sus integrantes –las de Palermo y Colegiales, entre otras (Svampa y Bergel 2003). En suma, se generaron respuestas opuestas y, en muchos casos, esto provocó fisiones al interior de ellas.

Un rápido esbozo de las prioridades votadas en esa primera versión del PP resume los alcances de la crisis económica y su impacto social: el apuntalamiento de algunas escuelas y salas de hospitales, la recuperación de las plazas y parques, etc. Ya sea el rescate de los espacios físicos frente a un abandono de años, ya la asistencia inaplazable a miles de habitantes en condiciones paupérrimas, cada una de las elecciones en los “núcleos temáticos” refleja lo mismo: el desajuste entre las posibilidades de un Estado tutor y la extensión de las dificultades. 2002 es el peor año en materia de recursos para el Gobierno de la Ciudad (tanto en lo que toca al reparto de la Coparticipación Federal como a lo recaudado); 2001 lo había sido en materia de su Producto. El método utilizado para jerarquizar la “matriz de prioridades” que se incorporaría al Presupuesto Total partía de un indicador participativo. Este ponderaba los grados de participación en cada área barrial calculando la proporción entre el número de las votaciones realizadas en las asambleas de cierre y la cantidad total de habitantes. De esta manera, se valorizó el protagonismo vecinal a la vez que se intentaba hacerlo extensivo en la segunda mitad del año. Al cabo del cierre de la primera versión del PP, el Consejo elegido propuso añadir un indicador socioeconómico en la futura matriz correspondiente al presupuesto de 2003. En favor de las áreas más pobres de la Ciudad –toda la zona sur: Pompeya, Barracas, Constitución, Parque Patricios, San Cristóbal, San Telmo, Boca, Villa Riachuelo, etc.; suroeste: Parque Chacabuco, Villa Soldati, Villa Lugano y oeste: Mataderos, Villa Luro, Versailles, Liniers, etc.–, se sumaba al promedio participativo de los respectivos CGP’s un cociente invariable. Así, una mínima parte de los recursos que le correspondían a los barrios de la zona norte

era transferida a aquellos que más habían caído durante los últimos veinticinco años, como resultado del cierre masivo de establecimientos industriales allí radicados.

Sin embargo, contra lo que se puede suponer acerca del potencial de una política participativa, y como muestra la lectura de la matriz de prioridades, los sectores más desfavorecidos no siempre son los que más activamente se involucran en términos de la utilización de herramientas institucionales o jurídicas para la conquista de sus reivindicaciones. En efecto, según demuestran distintos trabajos (Kessler 1998; Auyero 2001), la situación de pobreza no induce a un “aprendizaje de ciudadanía” sino más a bien lo contrario, esto es, a la adopción de mecanismos informales alternativos para la obtención de recursos y al descreimiento acerca de las instancias formalizadas. Como anota Lacarrieu (2004), el impulso descentralizador en el ámbito de la Ciudad se entrelaza con la figura de un ciudadano ideal, el vecino como actor persuadido de la eficacia de los instrumentos de participación y dinámico en los temas que tocan al barrio, su lugar de pertenencia (también Escolar, Grillo, Passalaqua en Herzer comp. 1996). En consecuencia, se deduce aquí, la participación se vuelve un recurso estratégico de los que no tienen recursos. Sin embargo, este razonamiento pasa por alto la situación más bien inversa de que “son aquellos que poseen recursos materiales y simbólicos quienes cuentan con mayores posibilidades de hacer uso de dicha participación” (Lacarrieu 2004:170).

Con todo, la distribución de la matriz refleja por así decirlo un empate entre la participación de las áreas más pobres y las objetivamente más acomodadas. De la misma manera, el abanico de las prioridades es elocuente como radiografía de una crisis que abarca a toda la Ciudad. Dicho de otro modo, las luces de alarma en cada CGP y la tarea socorrista de las comisiones (núcleos temáticos) ponen entre paréntesis la supuesta asimetría entre el norte rico y el sur pobre. Así, podemos tomar las prioridades de algunos “núcleos temáticos” como ejemplos. Por sólo nombrar algunas situaciones, en el “núcleo” de Desarrollo Económico la demanda prioritaria de créditos, capacitación y lugares destinados a microemprendimientos se repetía a ambos lados de la divisoria: en la zona norte para aplicarlos a las técnicas de manufactura artesanal y textil y en el sur para aprovechar la capacidad productiva instalada en edificios industriales. Vale recordar que en el transcurso de 2002 la desocupación ascendía al 11% de la Población Económicamente Activa (PEA) residente en la Ciudad, equivalente a 128.000 personas aprox. (Datos

extraídos del Centro de Documentación y Estadísticas del GCBA). En el segundo caso, la creación de comedores comunitarios, ampliación de los existentes y reforzamiento de los turnos, así como también la implantación de huertas comunitarias, fueron temas irrenunciables de la agenda. Aunque muy marcada su urgencia en las barriadas anteriormente nombradas, no era algo exclusivo de éstas. Si en 2001 la indigencia afectaba al 7% de los habitantes (198.000 aprox.), posteriormente a la devaluación, ese número se duplicó (idem.). Por último, se juzgó prioritario que los establecimientos escolares intensificaran su rol incluyente, permaneciendo abiertas sus puertas durante el periodo de receso escolar, manteniendo en funcionamiento sus comedores y guarderías, albergando puestos sanitarios, apuntalando las situaciones de vulnerabilidad extrema de la zona, etc.. En cada una de las cuestiones que reclamaban una ayuda urgente (alimentos, trabajo, salud, contención, etc.), la presencia de *asambleístas* no pasó desapercibida. En las distintas instancias de elaboración y votación se contaban integrantes de las asambleas de Palermo, San Telmo, Congreso, Parque Avellaneda, Parque Centenario, etc..

La participación sujeta al entramado institucional preexistente.

No sólo los “núcleos temáticos” como Salud, Educación o Desarrollo Económico fueron focos de participación activa. Las demandas vecinales, muchas de ellas transformadas luego en prioridades barriales, también se orientaron hacia los asuntos edilicios y de infraestructura (alrededor de un tercio de las 338 prioridades votadas está destinado a tareas tales como ‘remodelación de la plaza x’, ‘puesta en valor del espacio público’, ‘recuperación de zonas verdes’, ‘recuperación de terrenos usurpados’, etc.). La preocupación por el “medioambiente” no fue, a la luz de lo arrojado en la matriz, un tema menor. A fin de cuentas, ello aglutinaba a muchas de las asociaciones e instituciones del barrio. Aunque lo relativo a la “fachada urbana” pudiera pensarse menos relevante frente a otras necesidades, cierto es que los espacios físicos reflejaban un abandono de años.

Visto desde cerca, el protagonismo de ese asociacionismo de corte fomentista (Grillo 1988) remite a una serie de circunstancias que habían tenido lugar en otro momento, pero que determinaron en gran medida el rumbo de la participación dentro del PP. La sanción de la Constitución del Gobierno de la Ciudad en 1996 fue el puntapié para muchas

de esas asociaciones. En rigor, la esfera de la participación ciudadana se había instaurado con anterioridad al PP mediante la figura privilegiada de la asociación barrial. Recuérdese que la participación tendría su momento culminante con la creación de las Comunas, con las cuales la gestión vecinal ya no se limitó a la consulta o la petición, sino que incidía directamente en la pirámide de poder comunal e inclusive a nivel del presupuesto.

Como se dijo, hubo experiencias previas en la implementación de la participación vecinal, en las cuales se convocó a los interlocutores, las asociaciones. Podemos citar la creación de los Consejos Consultivos Honorarios en 1999 (aunque no ocurrió en todos los CGP), y más tarde, el Consejo del Plan Urbano Ambiental. En esos ámbitos consultivos, los integrantes pertenecían a la red de instituciones locales. No obstante, las siguientes experiencias contemplaron la participación (sin voto en las decisiones del grupo) del vecino “suelto” sin ropaje institucional. Por ejemplo, la creación de los Consejos Preventivos Comunitarios en 2001, cuando se hizo creciente la preocupación por la inseguridad en los barrios de la Capital. Desafiando plenamente ese modelo, el PP propició la entrada de los actores individuales, a la par del resto de las organizaciones. Semejante apertura minimizaba la “representatividad”, o, al menos, la “trayectoria”, de los grupos consagrados a tal fin y reconocidos por el gobierno.

A pesar de que el PP sostiene una retórica de la horizontalidad y la igualdad entre los actores participantes, lo que en realidad sucede al observar las prácticas en las reuniones entre funcionarios y vecinos es la búsqueda de diferenciación y grados de protagonismo sobre la base de las marcas del “reconocimiento”. Son los actores que se categorizan y redefinen permanentemente fronteras demarcatorias. Los *vecinos* lejos están de parecer un conjunto indiferenciado de habitantes. Por el contrario, las experiencias individuales moldean en gran medida las situaciones. Siguiendo una regla implícita, en cada una de las intervenciones se encuentran autoreferencias que posicionan a sus enunciadores de acuerdo a conocimientos aprendidos en el transcurso de la sociabilidad barrial y a su lugar como integrantes de alguna asociación (foro de comerciantes, preservación de espacios públicos, difusión del patrimonio). Con distintos matices y diplomacias unos y otros reputan “grados de participación”: “muchos de los que estamos acá, nos conocemos hace tiempo”; “hace años que venimos estudiando cuáles son las soluciones que se proponen”; “formo parte de un grupo de vecinos intrépidos que hace tiempo nos involucramos con los temas del

barrio". Frente a ellos, los vecinos "suelos", desprovistos de vínculos anteriores, apenas consiguen ser tenidos en cuenta.

Como dije en la primera parte, mi interés inicial estuvo puesto en el PP. En las numerosas reuniones de los "núcleos temáticos" que presencié entre funcionarios y vecinos me fue dado conocer el arco de la participación local, las trayectorias de los participantes, los posicionamientos, sus puntos de vista, las tácticas implícitas en cada discurso, las valoraciones y evaluaciones de las experiencias pasadas, etc.. Sobre la base de esa experiencia, encontramos que el PP se montó sobre una ingeniería política que había ido construyendo el partido gobernante desde 1996. La sanción de la Constitución de la Ciudad de Buenos Aires auguraba un futuro político cada vez más abierto a la intervención vecinal (imagen que anteponía a su vez la figura del "vecino" comprometido con la realidad local y receloso de las viejas prácticas políticas del "amiguismo", el "clientelismo", etc.)^{xxi}. La cara visible de ese optimismo fue el Frepaso, un joven partido político en ascenso que impulsó la destitución del corrompido Consejo Deliberante y el reemplazo por un modelo de gobierno, en los planes, "progresista y transparente", vale decir, de orientación descentralizadora y participativa. Con la llegada de Aníbal Ibarra a la Jefatura de Gobierno, en 1999, el Frepaso se consagró como partido gobernante (en sociedad con el radicalismo que venía gobernando la ciudad desde la sanción de la nueva Constitución). Así, el Frepaso pasó a tener el manejo de los cargos superiores de la función pública, como por ejemplo, la elección del director de cada CGP. Con el escenario abierto a las Comunas, el gobierno propició hacia dentro los mecanismos adecuados para proveerse de representantes políticos en el futuro: distintas asociaciones barriales se crearon, o volvieron, apéndices del esquema gubernamental de control territorial (en general, ambos, representantes barriales y funcionarios, compartían trayectorias comunes en el campo de la participación política; estando vinculados al radicalismo o a los distintos partidos que conformaron al Frepaso). En otras palabras, se fueron tejiendo a nivel de las jerarquías descentralizadas y menores (los directores de los CGP's y las fracciones internas), relaciones informales o clientelares funcionales al mantenimiento del poder o la lucha entre dichas facciones. Se entiende aquí "clientelismo" como el intercambio personalizado de favores, bienes y servicios por apoyo político y votos (Lázzari 1992).

Desde el momento en que tomamos nota sobre cómo este proceso modeló la experiencia del PP podemos entender el cuestionamiento que muchas “asambleas barriales” hicieron al PP en ese sentido, esto es, en la forma en que éste aparece determinado por un entramado de instituciones preexistentes articuladas sobre una lógica de control político territorial.

Una reparación incompleta.

Subsiste, al final de este recorrido, la pregunta sobre el resultado conseguido por el PP. Repasemos: aguijoneado por la sociedad, el gobierno implementó una política participativa que desnudaba en su retórica la representación que éste hacía de la crisis y la forma de atajarla mientras que, al mismo tiempo, revelaba en su funcionamiento la existencia de un campo de participación disputado a raíz de la configuración institucional y política gestada tiempo atrás. A través del PP se asociaban dos cuestiones: la necesidad de acercar la política a “lo social” –el funcionario con el “vecino”– y la “participación” entendida como elaboración de “prioridades barriales” en un marco de recursos limitados. Sin embargo, contrastando con el plano enunciativo, el desfase entre las prioridades votadas y las finalmente ejecutadas fue un dato permanente de la realidad: aún conformándonos con los datos del boletín oficial, y en el mejor de los casos, el porcentaje de obras ejecutadas nunca superó el 70% de las metas fijadas. Al cabo de un par de años, sobre el balance general, pesaban los incumplimientos arrastrados de periodo a periodo.

En la raíz de ese déficit siguió gravitando la tarea inacabada de la descentralización política. “Sin Comunas es imposible avanzar más allá; el PP no puede por sí mismo asegurar el cumplimiento de las prioridades, con lo que desgasta las expectativas de los vecinos”. La afirmación proviene de Manuel De la Rosa, el “consejero barrial” votado por los vecinos de Caballito. Una de las responsabilidades de Manuel como consejero es, precisamente, monitorear el cumplimiento de las obras consideradas prioritarias en la votación del PP. De aquella experiencia inicial alrededor del PP quedó, entre muchas otras, la relación con Manuel. Este hombre integra la “asociación barrial” “Caballito por siempre” fundada por él mismo en el periodo en el que se multiplicaron las “asociaciones barriales” (después de 1996). Manuel representa un tipo de liderazgo opuesto al que elaboran las

demás asociaciones contemporáneas. En efecto, mientras que éstas últimas construyen y reproducen su liderazgo en base a relaciones y lealtades con los funcionarios del CGP barrial, él cimienta el suyo articulando una variada franja de asociaciones “alejadas” de la órbita del gobierno: clubes deportivos, parroquias e incluso universidades. En más de una oportunidad, salió a confrontar a los funcionarios de distintas secretarías y del CGP sobre el balance real en los logros del PP. Su conocimiento se funda en su propia experiencia como consejero barrial e integrante de la “Proto-Comuna” de Caballito, un grupo que se fundó a comienzos de 2003 con el objetivo de implementar la Ley de Comunas y movilizar a vecinos e instituciones del barrio en pos de su alumbramiento. En virtud de ser un actor crítico del PP –a partir de su lugar dentro de él–, consideramos justo arriesgar una respuesta al interrogante sobre la reparación tomando sus propias reflexiones.

En una oportunidad me contacté con él para conocer su pensamiento sobre el derrotero del PP. Durante la conversación Manuel tomó nota de dos aspectos claves sin los cuales resulta difícil plasmar la democratización de las decisiones políticas. Uno tiene que ver con ciertas inconsistencias que se plantean a nivel institucional y cuya superación estaría dada con la sanción definitiva del sistema de gobierno comunal. El otro se vincula con lo que le toca a la sociedad vista desde los actores sociales enrolados en la “política local”; cuestión que interpela, en buena medida, al posicionamiento distante que mostraron las “asambleas barriales”. Sobre lo primero, Manuel subrayó la contradicción entre una herramienta que instituye la participación a escala territorial –descentralizada– y las respuestas a las demandas tal como son “bajadas” desde la órbita centralizada de las secretarías a cargo. En otras palabras aun cuando cada área barrial discute las prioridades sin correrse de sus límites geográficos, tal como está asignada la distribución del presupuesto gubernamental, son las propias secretarías quienes deben reasignar los recursos para asistir a toda la Ciudad. Por esta razón, la matriz del PP no está incorporada en el presupuesto que sanciona la Legislatura. Siendo la asignación total para cada secretaría el punto de debate parlamentario, aquella sólo figura a título ilustrativo. De esta manera, prevalecen luego los criterios “estratégicos” de escala global; las particularidades se subsumen en la proyección de un modelo integral. En las secretarías impera un tipo de razonamiento: sus funcionarios, advierte Manuel, son “sabios de la generalidad, mas

grandes desconocedores de las particularidades”. En esa distancia entre demandas vecinales y respuestas secretariales se entiende el rol que ocuparían las ausentes Comunas:

“Desarrollar el PP sin la existencia de las Comunas fue un gran error, ya que, en él se generaron demandas descentralizadas que debían ser resueltas por las dinosáuricas secretarías y direcciones centrales de la Ciudad. Estas llamadas áreas operativas no están geo-referenciadas, al igual que no lo está el presupuesto de la Ciudad. Las matrices de pedidos vecinales, desde la experiencia piloto de 2002 en adelante, nos muestra que la mayoría de los pedidos deberían ser satisfechos por las Comunas, sin la participación de las áreas centrales de gobierno” (Manuel De la Rosa).

En la lógica del gobierno comunal cada una unidad maneja autónomamente los recursos que les son asignados. Donde además sus integrantes son funcionarios y “vecinos”, es decir, “conocedores de las particularidades”. Donde, al revés de como sucede ahora, ese hombre y/o mujer en el puesto proyecta y discute en base al andar cotidiano: “su lugar de trabajo está en el barrio; cada vez que camina, lo hace en el barrio, cuando va al kiosco o lleva a sus hijos a la escuela, etc.; entonces puede conocer el tránsito, las esquinas, el sentido de las calles, los puntos más inseguros”, según el ejemplo gráfico de Manuel.

Manuel concuerda en el origen del PP como un canal de participación abierto a raíz del cuestionamiento explícito a los representantes políticos. Sin embargo, en su opinión, sólo una pequeña parte del clamor se combinó con la participación en el ámbito creado. Las “asambleas barriales” se fundaron sobre la base del rechazo a cualquier tipo de mediación institucionalizada y por tanto, pese a que a que no todas se resistieron a la convocatoria, primó la búsqueda en el sentido contrario de ese rumbo. La inexistencia de un actor social dejó vacante el espacio, o mejor dicho, permitió que rebrotaran vínculos preexistentes entre las “asociaciones barriales” y los funcionarios locales. En palabras de Manuel, la ausencia de ese protagonismo resultó contraproducente en sentido de la “apropiación social” de la herramienta participativa. En el horizonte de esta interpretación se encuentra la experiencia de Porto Alegre, entendida como una victoria de la democracia participativa. Allí, contrariamente, los actores sociales no estuvieron ausentes: “los sindicatos pusieron en juego la experiencia de sus prácticas asamblearias, las universidades populares perfeccionaron las metodologías de participación en base a las observaciones en el terreno

y los *afavelados* –habitantes de las favelas, almas gemelas de las villas miseria en Argentina– el protagonismo y las demandas, que por cierto tenían de sobra”.

En Buenos Aires, a medida que las escenas de protesta cedieron en su magnitud y las asambleas se fueron replegando, el gobierno dejó más o menos intacto su funcionamiento interno. Las Comunas quedaron al margen mientras los CGP se mostraban airosos. “Faltó la voluntad política de emprender una verdadera descentralización: la gente da miedo”, concluye Manuel y completa: “Es lindo invitarlos en un discurso. Pero cuando aparecemos en la realidad y pretendemos auditar, controlar. No le gusta a los funcionarios. Indudablemente hay que capacitarlos ”. Por su parte, la ausencia de un actor social fuerte capaz de capitalizar esa herramienta (piénsese en las “asambleas barriales”) dejó al PP en manos de los funcionarios y vecinos aliados, si bien apariciones importantes como la de Manuel dejan constancia de otro tipo de liderazgo. La lógica que describe Castells sintetiza los claroscuros de esta reparación:

“A través de la planificación urbana, el Estado pretende superar las contradicciones en nombre de una racionalidad técnica y concilia intereses sociales divergentes. (Pero) no existe una racionalidad técnica al margen de la historia concreta y toda intervención del Estado en la organización de la vida social se realiza a partir de y en la lógica de las fuerzas sociales existentes [...] la planificación urbana no puede ser instrumento de cambio social sino de dominación, de integración y de regulación de las contradicciones” (Castells 1979 en Del Brutto 1986:98).

Comenzamos a entender, luego de este recorrido, que los mecanismos de reparación no anulan por completo la crisis, aunque sí la cifien a una representación hegemónica construida por los gobernantes. El carácter incompleto de la descentralización aparece sumado así a la disociación entre cultura y política que comentamos anteriormente (esto no significa, como veremos, que la cultura como campo de reparación se pierda de vista para el gobierno). En definitiva, la suma de estos factores desnudan las razones para hablar de un fracaso parcial en esta reparación.

Un puente para transitar la crisis: el lugar de la cultura.

A lo largo de los anteriores capítulos nos hemos interesado por la dimensión cultural desde diferentes ángulos. En la primera parte la entendimos en su relación con la crisis y el contexto liminal. Como en una retroalimentación, la “cultura” aporta desde su fondo de experiencias los materiales para transitar la crisis, al tiempo que ella misma es repensada en cuanto que muchos de éstos (lugares, símbolos y prácticas) son resignificados bajo las nuevas circunstancias. Más adelante la planteamos desde su significado en la conformación de la clase media argentina, esto es, como reflejo de décadas de progreso social y económico patentizadas en las formas de sociabilidad barrial y en los estándares educativos y de derechos sociales. En este apartado, la retomaremos como un universo que institucionaliza el Estado. Me refiero al patrocinio gubernamental de las expresiones y bienes artísticos que, previa apropiación, funcionan como ejes de legitimación y, paralelamente, despolitización de las marcas contestatarias que esas formas conllevan. En otras palabras, se aborda el rol de la difusión cultural en su significado reparador (para conocer esta discusión desde el enfoque de las “industrias culturales”, ver García Canclini 2004, 1999).

Quiero traer aquí algunas opiniones originadas a raíz de la salida del entonces secretario de Cultura de la Nación a fines de 2004, Torcuato Di Tella, ya que permiten enmarcar un significado común al campo intelectual y el progresismo político asumido por el gobierno local. Me refiero al rol particular que debe jugar la “cultura” en “tiempos de crisis”. Di Tella fue relevado del cargo luego de que un medio gráfico publicara una entrevista donde el académico relativizó el papel de la cultura y los agentes culturales a la luz de otras problemáticas más urgentes. Primero el pan y después los libros, era la reflexión que parecía desprenderse. Más allá de que se originó en respuesta a otra cuestión, el comentario infortunado de Di Tella provocó una reacción inmediata la cual no dejaba de apuntar al presidente. Al revés del planteo del saliente funcionario, la “cultura”, se dijo, debía estar en el centro de las preocupaciones políticas. “La cultura y la comida son equivalentes”, defendía un escritor. “Si se quiere, la cultura sirve de consuelo, porque lleva al que está hambriento a pensar que otro mundo es posible. Advierte que él es uno de los participantes de ese cambio. Recibe la satisfacción de participar en el campo de batalla; la otra satisfacción es que advierte que no le está vedado acceder a lo que unos pocos

privilegiados tuvieron oportunidad de conocer” (Diario *Página 12* -24/11/04- pág. 9). Otro escritor y periodista partió de una definición de la palabra cultura: “La cultura es memoria, genealogías del trabajo o de la vida cotidiana, formas regionales de entender la vida o la muerte, exploración tanto de las formas en que se cruzaron en el país, mal o bien, los gringos, los criollos y los pueblos prehispánicos. En el fondo –y tómesese en cuenta que también hablamos de la cultura de la droga y de la violencia–, hablar, administrar e interpretar la cultura es ver cómo les damos sentido a nuestras diversas prácticas sociales o individuales” (Diario *Página 12* -24/11/04- pág. 10). Una formulación que va en el sentido de revelar el carácter simbólico articulador de la “cultura”, en tanto conjunto de los procesos sociales de significación, y reconocer la autenticidad de cada una de las representaciones debe estar en la base de la agenda de la Secretaría de Cultura. En ella se cruzarán “la cultura de las bellas artes con las culturas de la pobreza o de la exclusión, de la Recoleta con la de los caminos olvidados, la de las nuevas tecnologías con la de las memorias y los tiempos largos de la constitución fragmentaria de nuestro país” (ídem.).

El discurso del gobierno porteño ha pregonado una visión idéntica con relación al papel de la cultura. Desde esta perspectiva la “cultura” permite vincular dos cuestiones que apuntan al corazón de la crisis: la *integración* y la *identidad*. Si como respuesta al cuestionamiento de la representatividad política el gobierno implementó una herramienta participativa (el PP), la difusión cultural es, además de una forma de construir “ciudadanía” mediante el acceso a los bienes culturales, un “refugio de identidad”. Hacia allí se vuelve para reconstruir lo que se perdió con el modelo de la década menemista y enfrentar la percepción de una desprotección generalizada:

“(con los noventa) Entraron en crisis el concepto de sociedad, los imaginarios vinculados a lo colectivo y a los derechos de igualdad. Revertir ese proceso devastador implica justamente poner en marcha los mecanismos políticos, sociales y culturales para reconstruir una identidad integradora, de pertenencia social. [...] La cultura es el espacio privilegiado para estrechar vínculos de solidaridad y compromiso entre las personas, para combatir la discriminación, para promover la integración social y la formación de ciudadanía.” (Texto de la Secretaría de Cultura del Gobierno de la Ciudad).

Como puede verse, el terreno de la “agenda cultural” gubernamental permite asociar al menos en el discurso una serie de imágenes reparadoras: la inclusión, la participación, lo público, lo colectivo, la pluralidad y la pertenencia, etc..

Pero como se vio en el capítulo anterior, fue la “clase media” de Capital quien emprendió esa búsqueda. A través de un conjunto de actividades, la “cultura” consiguió metaforizar ese movimiento. El arte, en sus múltiples manifestaciones, dio cuenta de esa excitación colectiva; los graffitis y murales en las paredes y calles, las murgas y las performances en las plazas son claros ejemplos de la apropiación de formas para ritualizar la *communitas*: poniendo en juego relaciones democráticas e igualitarias y reflejando por elevación una crítica a las prácticas corporativas de la política tradicional. Gracias a su posibilidad de hilar la motivación social con la producción de significados dichas formas obraron como puentes privilegiados.

Ciertamente, esta reubicación del arte como vehículo de la acción colectiva fue puesta de manifiesto en las sucesivas votaciones de las prioridades barriales en el marco del PP. Basta volver sobre la matriz del año 2002 para encontrar una enumeración de proyectos y aspiraciones que entendían a la cultura como un valor impostergable. En efecto, una tercera parte de la totalidad de las prioridades correspondía a los ítems de educación y cultura. Conmueven a primera a vista las preocupaciones por generar no sólo los espacios físicos, sino por sobre todo la complementariedad entre artistas y “vecinos”. Incluso más, la formulación de “lo cultural” basada en un sentido de pertenencia local. Así, por ejemplo, en una de las zonas con menores recursos de la Capital (Mataderos, Liniers) una prioridad fue “promover el concepto de cultura como defensa de las identidades culturales y la solidaridad”, mientras que en otra (Barracas) se consideró prioritario la reedición de un libro con la historia del barrio para ser entregado en las escuelas. En los barrios de Villa Soldati y Pompeya se votaron la realización de un mural convocando a artistas, escuelas y vecinos; la elaboración de un registro de gestores y productores artísticos del área como conocimiento de los recursos humanos en el territorio; la indagación sobre las necesidades e intereses de la población local con relación a las actividades artísticas. En Floresta se dispuso facilitar el uso del anfiteatro de la plaza para las actividades recreativas y reanudar los talleres culturales en épocas vacacionales. Los ejemplos siguen. Pero esta escueta enumeración alcanza para visualizar el acercamiento a la “cultura”. La escasez de recursos

que caracteriza a esos barrios no incidió para desplazar la “agenda cultural” a un costado; por el contrario, se verificó un interés que conjugaba la producción de eventos culturales, la reflexión en torno al papel de la cultura, el rescate de temas como el pasado, la memoria y la reapropiación de rituales de larga data como el carnaval y la murga (ver más abajo).

La Secretaría de Cultura junto a las subsecretarías de Gestión e Industrias Culturales y de Patrimonio Histórico, la Secretaría de Descentralización y Participación Ciudadana a través de las Direcciones de Desarrollo Sociocultural de cada CGP. Todas estas áreas de gobierno juegan un rol importante tanto en la conformación del itinerario de las propuestas culturales como en la relación con los actores sociales que componen el campo de la producción cultural. Cada una con un programa y una escala diferente forman un entramado pujante y vasto en el espacio barrial. A lo largo de 2002 se crearon 10 bibliotecas populares, los centros culturales de la ciudad multiplicaron sus talleres artísticos, se promovieron nuevos estímulos y subsidios para fomentar proyectos culturales, los museos programaron ciclos de charlas y cafés literarios. Las Secretarías coordinadas concretaron circuitos de recitales, muestras y festejos. En el transcurso de 2003, se sumó un nuevo centro al Programa Cultural en Barrios llevado adelante desde 1984. Por último, se realizaron numerosos encuentros abiertos entre funcionarios y profesionales del campo de las “industrias culturales” organizadas por la Secretaría de Cultura.

Recapitulando, la revitalización de la vida barrial, en base al protagonismo de la “clase media” y su búsqueda de igualdad, recrea un nuevo protagonista en la figura del vecino. A través de las “asambleas” se reutilizan edificios deshabitados, se gestan redes de trabajo cooperativo, ferias y circuitos de comercialización, se organizan festivales barriales con danza, música y teatro, innumerables tertulias de cine y literatura, charlas abiertas, talleres, etc.. En muchos casos, se terminan fundando centros culturales y firmas de emprendimientos productivos. Al mismo tiempo, se tienden puentes con grupos de cartoneros y trabajadores desocupados: se gestionan mejores condiciones para los recolectores, se arman bolsas de trabajo y otras acciones de carácter solidario. En ese nuevo panorama de protagonismo vecinal y búsquedas “autonomistas” el gobierno actúa pragmáticamente alternado seducción y emulación. Como vimos con el PP, el gobierno da una interpretación de la crisis a la vez que la moldea. Así, en el esfuerzo de mostrarse en sintonía con esa realidad, el discurso oficial incorpora muchas de esas imágenes y redobla

las iniciativas. Muchos rasgos se naturalizan, el barrio como ámbito de participación cotidiana y el gobierno como interlocutor activo.

Un ejemplo que sirve para ilustrar esa disputa es lo que ocurre con la “celebración” del carnaval y las murgas. Sabemos que el carnaval constituye un ritual de inversión, a través del disfraz “el poder se pone de rodillas”. Como señaló Prieto (1988) acerca de las celebraciones del carnaval en los comienzos del siglo XX, las reglas del ritual permitían “liberar algunos aspectos reprimidos o ciertas fantasías larvadas de la sociedad convocada al juego, por más que esa liberación se tradujera necesariamente en representaciones de segundo grado: disfraces, simulacros de acción, réplica gestual” (1988:149). En efecto, allí aparece la oportunidad de ridiculizar libremente los roles estructurales y cuestionar la legitimidad de ciertas relaciones. La murga, pieza central del carnaval, es “arte popular y rebeldía”^{xxii}. Cerca del fin de ese mismo siglo (1976), la celebración de las fiestas de carnaval fue prohibida por la dictadura militar que por entonces dispuso la eliminación de todos los espacios de reunión masiva. Hasta aquél momento, en el calendario se sumaban los feriados de febrero (lunes y martes), fecha del carnaval. Desde que se desechó el decreto castrense, en 2001, el “regreso” del carnaval revivió el viejo karma de su fórmula simbólica. Su particular forma de encerrar una clave política no quedó totalmente librada, sino que al contrario fue certeramente “domesticada”. La realización del festejo en manos del gobierno institucionaliza la “rebeldía social”. Con su intervención, el gobierno determina en gran parte los rasgos del evento. Por ejemplo, a través de la asignación de los recursos para apoyar a los grupos murgueros distribuida entre las redes políticas afines al gobierno y la introducción de premios que orienta las decisiones artísticas y visuales de los participantes en dirección a la obtención económica.

Las metáforas reparadoras en la asunción presidencial de Kirchner.

La cita de Turner, que inicia este capítulo, resuena con claridad cuando se interpreta el escenario de las elecciones presidenciales de abril de 2003 y las decisiones tomadas por el nuevo mandatario. La fragmentación de la votación (cuatro candidatos obtuvieron porcentajes similares: Menem 24%, Kirchner 22%, López Murphy 17%, Carrió 16%; esta dispersión es inédita en la historia de las elecciones) revela puntas de una encrucijada –el

declive de los partidos y figuras representativas de los sectores medios y la imposibilidad de gestar nuevos actores políticos capaces de sustituir los conocidos— y también un punto de partida en la sociedad y la corroboración de un final —se puede entender, pese a la dispersión de los votos, a quién no se quería votar (Menem y genéricamente el menemismo) aun cuando no se conociera bien a quien se votaba—. Llevado a la presidencia por obra de su antecesor Duhalde, el santacruceño Kirchner asume con un escaso 22% de los votos. No obstante el respaldo anémico, bien parece saber el nuevo presidente como captar la mirada de la amplia mayoría. El distanciamiento de los noventa: ése es el eje de la nueva legitimidad política; el desmantelamiento de las verdades —de mercado— implantadas en la década pasada y la “culpa” de quienes las acompañaron obtusamente hasta el final (piénsese en la Alianza y los sectores medios que la votamos). De la misma manera, la crisis desnuda una serie de continuidades fatales entre la última dictadura militar y los años noventa. No resulta difícil entender cómo es que se yuxtaponen las escenas: las víctimas del “pasado”, los desaparecidos, y las del presente: los desocupados y empobrecidos; las ficciones costosas de la “plata dulce” y el “uno a uno”; los autoengaños de la sociedad como el festejo por la “recuperación” de Malvinas o la “entrada” al Primer Mundo y así. Pero peor coincidencia es la impunidad con que transitaron hasta ahora los responsables en cada caso. La propia historia personal del presidente aparece para remarcar dicha continuidad: él confluyó generacional e ideológicamente con una agrupación política perteneciente a la franja más golpeada por la dictadura (la juventud). En otras palabras, se vuelven visibles contradicciones irresueltas que se ligan con el pasado no sólo reciente. La representación del drama abarca otras heridas sin curar y sobre ese trazado se funda la acción reparadora de Kirchner.

El tipo y la complejidad de los mecanismos que reparan, dice Turner, dependen de cuestiones tales como “la profundidad y la significación social compartida de la quiebra, la abarcatividad social de la crisis y la naturaleza del grupo social dentro del cual tiene lugar la quiebra” (1974:14). Los actos de Kirchner constituyen verdaderos rituales públicos puesto que buscan simbolizar una “bisagra en la historia argentina”. Los recursos simbólicos puestos en juego en el acto de asunción y el discurso dramatizan esa transición. Un importante diario del país, que simpatiza con la nueva autoridad, resalta en sus páginas el recambio de las figuras políticas en sintonía con los nuevos vientos. La presencia de los

presidentes “socialistas” y “populistas” continentales (Fidel Castro, Hugo Chávez, Luis Lula da Silva en primera fila y más atrás Ricardo Lagos) tiene un alto valor connotativo. Esas figuras, dice la crónica, comparten una misma génesis: se trata de una tropa de presidentes –excepto el primero, claro está– nacida de la crisis que trajo la etapa de apertura salvaje de la economía y el modelo fundado en la adicción al ingreso de capitales externos (Diario *Página 12* -26-05-05 pág.2). A la ceremonia no asistieron los ex presidentes Carlos Menem y Fernando De la Rúa. En la calle, en las afueras del Congreso Nacional, algunas imágenes, que no necesariamente traducen esa adhesión política, dan cuenta, sin embargo, de un clima de transición. Los grupos que se reúnen en el lugar se entrecruzan y confunden sus niveles económicos, sociales y de edad; los grandes estandartes justicialistas están ausentes, etc.. Como en una situación de pasaje, los sujetos rituales –“la sociedad”–, aparecen indiferenciados y amalgamados en un todo ambiguo y emotivo: el “pueblo”, lo nacional.

El discurso presidencial está cargado de elementos que alegorizan la situación de pasaje. Quiero decir, es posible encontrar marcas constantes de lo liminal o lo antiestructural tales como “argentinos”, “hombres y mujeres”, etc.. La reparación, dice Turner, siempre se hace desde “otro” lugar, quien habla no está situado en alguna ubicación estructural. En consecuencia, se legitima la crítica de los hechos y personas que condujeron a la crisis (1974:15):

“Venimos desde el sur del mundo y queremos fijar, junto a todos los argentinos, prioridades nacionales [...] En la década del noventa, la medida del éxito de la política económica la daban las ganancias de los grupos concentrados y las inversiones extranjeras, sin que importaran la consolidación de la pobreza y la condena a millones de argentinos a la exclusión social [...] Algunas fuerzas políticas en 1999 se plantearon el cambio en términos de una gestión más prolija, pero siempre en sintonía con los intereses de los núcleos de poder económico” (Kirchner, 25 de mayo de 2003).

La reparación puede implicar una inversión simbólica de lo estructural. Con esto quiero decir, siguiendo a Turner, que una forma de expresarla consiste en situarse en el lugar de débil o inferior estructural (1985:113). La apelación a los *marginados*, a la pobreza, remite a una situación de desnudez, ausencia de marcas obscenas; tiene un trasfondo existencial,

por encima de lo estructural. En ese sentido, el lugar que el discurso presidencial da a la pobreza y el clientelismo político es visto aquí en su significado reparador:

“Una sociedad con elevados índices de desigualdad, empobrecimiento y falta de horizontes, siempre será escenarios de altos niveles de inseguridad y violencia [...] Hay que leer la Constitución Nacional en sus artículos 14 y 14 bis, cuando establecen como derechos de todos los habitantes de la Nación el derecho al trabajo, a la retribución justa, a las condiciones dignas e equitativas [...] La tragedia cívica del clientelismo político no es producto de la asistencia social como gestión del Estado, sino como de la desocupación como consecuencia de un modelo económico”.

La presencia de los *pobres* en el discurso alude también a un contexto donde se han intensificado los cortes de ruta y las demandas de planes sociales y, a la par, la amplificación mediática de las voces que reclaman el control de la protesta social o critican la entrega de planes sociales a los que asocian con el “clientelismo” y la “corrupción”. Estas últimas posturas parecen perder de vista el resultado negativo al que conduce una respuesta violenta del Estado frente a las movilizaciones callejeras, así como el significado de la implementación del “Plan Jefas y Jefes de Hogar” en términos de refrenar la conflictividad social en un contexto de crisis alarmante. Así sucedió en el gobierno de Duhalde, durante el cual la masificación de ese Plan hizo retroceder los límites de violencia. Contrariamente, la represión en el Puente Pueyrredón^{xxiii}, con las muertes de dos jóvenes piqueteros, aceleró el llamado a elecciones y su salida del poder. Aconsejado por esa lectura, el nuevo gobierno elige no confrontar con las organizaciones piqueteras alejando conflictos que pueden conducir nuevamente a la crisis.

Como dije, la reparación involucra una mirada retrospectiva. La interpretación está afectada por la búsqueda en el presente, el cual reclama una ruptura con decisiones tomadas en el pasado. En virtud de ser potencialmente reparadoras del drama, las metáforas que circundan delimitan una frontera, “un antes y un después”: “Dar una vuelta de página a la historia”, “estamos ante un final de época”, “somos parte de esta nueva generación”, “en este nuevo milenio, pensar el mundo en argentino”, etc.. Los apoyos de esa demarcación temporal son la “memoria” y la “justicia”. Por la primera, la imagen del pasado remite a una sucesión dramática de proyectos, etapas y generaciones; por la segunda el futuro, se vuelve un lugar de realización de las cosas postergadas o interrumpidas. De la misma

manera, mediante la evocación de metáforas igualadoras se simbolizan, además de los fundamentos que ligan a personas y estructuras, momentos de transición significativos para la sociedad (Turner 1985:134):

“Formo parte de una generación diezmada; castigada con dolorosas ausencias. Me sumé a las luchas políticas creyendo en valores y convicciones a los que no pienso dejar en la puerta de entrada de la Casa Rosada [...] Actuaremos como lo que fuimos y seguiremos siendo siempre: **hombres y mujeres comunes** que quieren estar a la altura de las circunstancias asumiendo con dedicación las grandes responsabilidades [...] Sólo cuando el gobierno se desentiende del pueblo es que toda la sociedad empobrece, no sólo económicamente sino moral y culturalmente”.

Resumiendo, la reparación busca integrar de nuevo a la sociedad y recurre a los símbolos de cohesión. La reflexión de Turner es punzante en este sentido: la coherencia de un drama social, afirma, es en sí función de la *communitas*. Un drama incompleto o insoluble manifestaría entonces la ausencia de ella. El consenso sobre los valores no es aquí esencial, ya que descansa sobre la *communitas* y no sobre la estructura (Turner 1974:22). El fragmento siguiente, tomado de una crónica del acto, nos muestra cómo se ha puesto en escena la *communitas*:

“Kirchner exhibió en todo momento una marcada informalidad: mantuvo su saco desprendido y movió el bastón de mando mostrando que no sabía cuál era su empuñadura. Cuando salió del Congreso y se dirigía a la Casa Rosada, ignoró el operativo de seguridad para saludar a la gente y sufrió un golpe casual en el tumulto: debió tomar el juramento a los ministros y recibir a las delegaciones extranjeras con un apósito en la frente” (Diario *La Capital*, 26 de mayo de 2003 pág.3).

La performance del presidente durante el acto mereció también una página aparte en los diarios. Los gestos de Kirchner, precipitados y aññados para unos, abiertos y genuinos para otros, dan cuenta de una intencionalidad: quitarle al acto la pomposidad y solemnidad con que se unge a la autoridad, achicar el salto entre quien pasa a estar “arriba” y quienes se encuentran “abajo”, reflejar la proximidad entre la persona del presidente y las personas de la sociedad.

Entre la seducción y la resistencia: las asambleas en la fase de reparación.

Como resulta tras el balance posterior sobre el alcance del Presupuesto Participativo en cuanto a la extensión de la participación, los sucesivos gestos reparadores —en especial, la política de Derechos Humanos y los actos para la memoria del genocidio durante la última dictadura militar— que empieza a dar el nuevo presidente son interpretados por la “asamblea” como dispositivos insuficientes. Lo que resalta la “asamblea” es la contradicción entre esas acciones y las decisiones, ya no tan reparadoras, que se toman en el terreno económico puesto que éstas no transforman sustancialmente el panorama de desigualdad social y concentración económica que ciertamente comenzó a gestarse en el último gobierno militar. De aquí que se piense que la reparación sobre los temas del “pasado” oculta la verdadera estrategia de montarse sobre las cuestiones que toman estado público a raíz de la crisis profunda del país para conseguir una base de legitimidad. “El presidente no es un revolucionario —dice la publicación de la “asamblea” *Gastón Riva*, noviembre de 2003—, pero es sin lugar a dudas un excelente intérprete de los humores sociales, sabe como pocos decir lo que la mayoría quiere escuchar”. En definitiva, pese a la trascendencia de esos actos —más abajo me referiré puntualmente a ellos— subsiste la idea de pensarlos como rituales elementales que “recomponen” a la política y sus actores representativos sólo de manera imaginaria. No obstante, resulta difícil, para las “asambleas barriales” en general, situarse a distancia de estas acciones puesto que concretan en buena medida lo que desde hacía rato se exigía (la condena firme a la violación de los derechos humanos cometida en la última dictadura militar). La reparación se revela, en este sentido, eficaz.

El primer acto reparador de gobierno fue la destitución completa de las jerarquías militares y policiales. El pase a retiro de estas cúpulas tenía un sentido aleccionador: se expulsaría de la institución a quien hiciera suya cualquier reivindicación del papel de las fuerzas armadas durante la dictadura militar; entre éstos figuraban el destituido Jefe del Ejército y el Jefe de la Policía Federal. Seguidamente se nombró como máxima autoridad del Poder Judicial a un juez cuya postura contraria a las leyes de Obediencia Debida y Punto Final, sancionadas durante el gobierno de Alfonsín, y los Indultos a los militares, en el periodo de Menem, era explícita. Fue sin dudas la creación del Museo de la Memoria en el mismo edificio donde funcionó uno de los centros clandestinos de detención, tortura y

desaparición de personas más importantes del terrorismo de estado –la Escuela de Mecánica de la Armada– uno de los hechos más significativos en esta fase de reparación. El acto inaugural –24 de marzo de 2004– conmovió a la sociedad por su trascendencia simbólica. Por la mañana el presidente Kirchner, junto a un grupo de ex detenidos de la ESMA, el Secretario de Derechos Humanos e integrantes de los organismos homónimos recorrieron los pasillos y las salas utilizadas antes como celdas de prisión y que en adelante serían reabiertas como Museo. Posteriormente, Kirchner recorrió la galería principal y ordenó que el Jefe del Ejército en persona descolgara el cuadro del Coronel Jorge Videla (presidente de facto entre 1976 y 1981). En el acto de cierre de la tarde asistieron más de 5000 personas junto a distintas organizaciones sociales; en el escenario habló uno de los hijos recuperados por las Abuelas de Plaza de Mayo y otra joven integrante de la agrupación HIJOS. La trascendencia del acto puso a las “asambleas” en una situación embarazosa puesto que oponerse a la iniciativa las aislaba aún más de la consideración pública. Pese a que no se vieron banderas de ninguna “asamblea barrial” en el acto de la ESMA, muchos asambleístas concurren individualmente. Reflejando el desconcierto que sobrevolaba entre ellas, al multitudinario acto en Plaza de Mayo –convocado todos los años por organizaciones de derechos humanos, las Madres de Plaza de Mayo, partidos de izquierda, organizaciones sociales, movimientos de trabajadores desocupados y piqueteros– las “asambleas barriales” concurren por separado. Esta situación generó conflictos en el interior de la “asamblea” *Gastón Riva*, entre quienes pensaban que con esto se desnudaba una vez más la debilidad de las “asambleas” y quienes justificaban esa decisión ya que se tomaba “horizontalmente” sin sujeción a ninguna decisión que viniera por fuera de la “asamblea”.

Para concluir este capítulo, consideremos brevemente la importancia que tuvieron los medios de comunicación en la fase de reparación. Para las “asambleas”, los medios fueron la voz de la restauración y los que ayudaron a parodiar el “que se vayan todos”. Es innegable que desde el discurso periodístico y televisivo se generó un mensaje unívoco sobre una “vuelta a la vida democrática” a través del voto. La forma de reconstruir al país era concurrir a las elecciones presidenciales. Para convocar al electorado se apeló otra vez a la metáfora del “voto útil”: como había sucedido en la elección de 1999, lo que primaba era el criterio del “mal menor”, elegir una de las opciones para que la otra no triunfe. “Nos

llaman a elecciones para presidente, para ver quién preside el no cambio, para ver cómo mantener a todos, esos todos (los políticos) que no se van” (publicación de la “asamblea” *Gastón Riva*, diciembre de 2002). En ese empeño por sostener las elecciones hasta la imagen de las asambleas barriales fue fagocitada: en medio de la propaganda diaria de los principales candidatos aparecía también con frecuencia en la pantalla un virtual candidato a diputado que decía integrar una supuesta lista de “asambleas barriales”. Dejando de lado la autenticidad de este personaje, lo cierto es que su figura reaparecía ridiculizada en cualquier programa de humor. También es cierto que el discurso periodístico dejó de lado a las “asambleas barriales” de la noche a la mañana. Si en la primera etapa del gobierno de Duhalde resultaba imposible ignorarlas, al punto que muchos periodistas se volvieron “corresponsales barriales”, ya promediando 2002 su presencia aparece esporádica y desdibujada en las páginas de los diarios. Apenas había pasado un año y la referencia a ellas tenía un tono de desentierro; la imagen que de ellas sobrevolaba era la del fracaso, la remembranza de un arrebato colectivo episódico. Finalmente, los resultados de la elección confirmaron que la sociedad había optado por un “retorno” al sistema de votos y partidos (cerca de un 90% de asistencia, porcentaje comparable a las votaciones anteriores desde 1989 –Minujín y Anguita 2004). Las “asambleas barriales”, que obviamente rechazaron el llamado a las urnas, tomaron nota de esa participación masiva sin complejos de inferioridad. La discusión al interior de la “asamblea” *Gastón Riva* produjo un salto en las decisiones grupales en la dirección intuida desde el inicio de las asambleas, es decir, la búsqueda de las relaciones horizontales en el día a día y el espacio barrial:

“Será necesario esperar para saber hasta dónde este consenso es suficiente para legitimar el sistema. Llevar adelante desde las asambleas contra-compañías a nivel nacional, o bien intentar participar de alguna manera de la puja electoral, son opciones que aparecen como una tarea muy compleja y desgastante, lo primero, y como un suicidio político, lo segundo. Sabemos que el trabajo en el barrio, la construcción autónoma, la horizontalidad que intentamos imprimir a nuestra manera de hacer política, nos pone por momentos frente a la angustia de sentir que avanzamos muy lentamente. Frente a esto, debemos reforzar nuestra construcción, y no intentar acciones desesperadas, abandonando los principios éticos y políticos que nos dan forma” (Publicación de la asamblea *Gastón Riva*, julio de 2003).

Esta fijación de lo local es uno de los desenlaces del drama social y sobre esto profundizaremos en el próximo capítulo.

Capítulo IV. ¿Reagregación ó separación?

Este capítulo aborda la última etapa del drama. En ella se podrá observar, o bien la *reintegración* del grupo perturbado, o bien el reconocimiento de un *cisma* irremediable entre las partes. Constituye un problema en qué zona situar a las “asambleas barriales” (pero sin perder de vista lo que ocurre en el conjunto más amplio del Movimiento de Trabajadores Desocupados –MTD–, el actor más fuerte de la contestación política). No es fácil ubicar a nuestro grupo exclusivamente en tal o cual lugar. Con otros términos y valoraciones el mismo planteo que se verifica en el MTD se rastrea en las “asambleas”, en sus discursos y su derrotero aparentemente disgregado, así como en los medios periodísticos, intelectuales o académicos más o menos interesados en la reflexión pos diciembre de 2001. Aquí esbozaré esa tensión a través de las metáforas que la componen: *autonomismo*, *transversalidad* y *consumo*. Al mismo tiempo, esta cuarta fase representa el momento culminante donde se pueden enumerar las variaciones que se hayan dado en los múltiples campos de la vida social, política y cultural. Mediante el cotejo de dichas variaciones es posible una nueva muestra o resultado del drama social. Las notas etnográficas que presentaré sobre la recordación que un puñado de “asambleas”, centros culturales y “colectivos autónomos” hicieron, tres años después, de aquellos días de diciembre van en esa dirección. Los preparativos y las reflexiones que precedieron esa recordación, las elecciones prácticas y simbólicas (las metáforas diría Turner) puestas en juego definen los elementos con los cuales dichos grupos reelaboraron su forma de permanencia. Estoy hablando del arte como lenguaje constitutivo de una representación de la política y disparador de las relaciones sociales primarias en la escala barrial.

Las asambleas buscan su lugar: la discusión por el *poder* y otra vez los *intersticios*.

Cada fase del drama social, dice Turner, posee sus propios modos y cada una deja su huella especial en las metáforas y modelos que están en las cabezas de los hombres relacionados entre sí (1974:19). En los discursos corrientes y los simbolismos es posible distinguir las marcas de cada fase. En Argentina, año 2004, las columnas de opinión en los diarios y los

programas de radio, los debates universitarios e intelectuales, las discusiones en “asambleas” y agrupaciones políticas y, por lo bajo, la mirada desconfiada, teñida de indeferencia, del propio gobierno local, son las voces que a su manera han interpretado las señales del desenlace en el drama^{xxiv}. He allí distintos ejemplos que permiten responder al interrogante del comienzo.

Qué cambios trascendentales siguieron a la crisis de 2001, qué cosas reaparecen y cuales se agregan para activar la movilización de la clase media, qué rumbos –acertados y no tanto– siguieron los grupos surgidos de aquella, cuáles símbolos pasan a formar parte del imaginario y cuáles experiencias se incorporan a la memoria colectiva y la lucha política, qué reajustes o concesiones debió enfrentar el aparato político para asegurar su continuidad, qué nuevos recursos de legitimación resultaron eficaces para desalentar el conflicto social, etc., son temas distintivos de la cuarta etapa. Por su parte el balance que hace la “asamblea” conecta dos temas entre sí. De un lado, problema del *poder*: tomarlo o no; rehuirlo hacia un anti poder o bien construir un contrapoder. Del otro, se descubren otras posibilidades de realización humana –individual, social, económica y cultural– en el ámbito de la “vida local”: el barrio junto a la huerta comunitaria, la olla popular, las compras colectivas, los ciclos de cine y música, los libros y, en un intento por ir más lejos todavía, la posibilidad del autoempleo.

Si, como propone Turner, en la última etapa lo que se vislumbra es, ya, la reintegración de los grupos perturbados o bien la afirmación de una situación irreconciliable, en nuestro universo de estudio (el lugar de las “asambleas barriales” como un subproducto de la franja diversa que compone la “clase media”) la opción por una u otra dependerá de dónde pone uno el acento. Si se va a entender, como condición suficiente de la separación, la negación tajante de cualquier forma de relación con el aparato de gobierno, entonces, la inscripción en un registro oficial de ayuda económica a las organizaciones sociales sería un signo de reintegración. Desde otro lugar, se podría establecer matices y comprender tanto la acomodación a un plan de subsidios del gobierno nacional, como el rechazo abierto al conjunto de propuestas del gobierno de la Ciudad. Como trato de mostrar más abajo, el desplazamiento entre una y otra postura no es ajeno a las propias “asambleas” (un ejemplo de esa encrucijada está en la relación ambivalente con los subsidios estatales).

Lo anterior también se puede formular de otra manera, preguntándose por el peso inamovible que hipotéticamente tienen ciertas metáforas en el punto de vista nativo.

Una clave para ilustrar esta tensión es repasar la discusión en torno del “autonomismo”. Desde el momento en que surgen, las “asambleas” están marcadas por la resistencia a aquello que suponga involucrarse con las instituciones del Estado o la lucha misma por espacios de poder dentro de éste. La expresión “que se vayan todos”, aunque expresa la idea de un recambio de la clase dirigente, les conduce paradójicamente a la auto exclusión de la posibilidad de encarar dicha recomposición. Mismo la “asamblea” de vecinos representa la negación de la idea de representación, de las formas de liderazgo político y la simplificación de las decisiones en pocas personas. Representa, desde el punto de vista del drama social, la puesta en práctica de la *communitas*: el lazo entre las personas es “antiestructural” en lo que tiene de indiferenciado, igualitario, directo y no racionalizado (Turner 1974:19). Así, la “asamblea” supone la separación respecto de la forma de gobierno que legitima al poder estatal y el rechazo a su injerencia. En términos familiares a la discusión de hoy en día el planteo se formula en la dicotomía “autonomía social” versus “poder del Estado”. La extensión de esta formulación en ámbitos académicos y en algunas líneas de organización social se remite indudablemente a los hechos desencadenados a partir de diciembre de 2001. Y justamente, las “asambleas” fueron el laboratorio de experimentación de las teorías autonomistas y, por lo mismo, blanco de interpelaciones de parte de militantes políticos y sociales, figuras del campo político, periodistas e intelectuales. Quienes desacordaron con el proyecto de las “asambleas” ponían el énfasis en su fuga de la lucha por recomponer la legitimidad política a través de las instituciones establecidas. Su gran veto a las dirigencias partidarias, se decía, no significaba sin embargo la construcción de una nueva alternativa política. Entre quienes asumieron el debate como propio había intelectuales como Rubén Dri, Horacio González, Eva Giverti, León Rozitchner; desde otra perspectiva, Maristella Svampa. Todos ellos comprometidos con la movilización social e interesados en contrastar aquellas teorías autonomistas (Holloway 1994; Badiou 2000) con la práctica real.

Una de esas lecturas, la de Maristella Svampa, encaja con la idea de la “separación” de las “asambleas”. Su opinión toma como fondo la discusión sobre los límites que encuentran las formas del autonomismo esbozadas en distintas líneas de pensamiento

(Focault 1979; Holloway 1994; Badiou 2000; Negri 2002; etc.). Sus afirmaciones están extraídas de los comentarios sobre el ensayo “La autonomía como búsqueda, el Estado como contradicción” de M. Thwaites Rey (2004)^{xxv}. Tras reconocer el acierto de señalar “los alcances de la horizontalidad; el rechazo a la delegación y/o división de tareas, a la construcción de estructuras y a la toma del poder; el éxodo como estrategia de emancipación y la idealización de la autogestión” y la propia debilidad de la postura anti-estatalista, Svampa ilustra el tema con el ejemplo de la experiencia argentina. Tanto en uno como en otro caso, el desconectarse de todo el entramado estatal, representa más bien un obstáculo propio que una definición impuesta: el eje a discutir, respecto del autonomismo, está más en sus definiciones políticas “hacia adentro”, que “hacia fuera”.

Aún valorando la capacidad organizativa y práctica puesta en juego por las nuevas redes (Ej. agencias alternativas de información, emprendimientos cooperativos de trabajo, centros culturales y comunitarios, etc.), para la autora queda pendiente reconsiderar “el rechazo hiperbólico a cualquier tentativa de abrir el juego político a la lucha hegemónica, como estrategia de emancipación”. Vale decir, luchar *en* y *contra* el Estado. El párrafo que transcribo pone de relieve esa dinámica interna que conduce a la separación –un resultado infeliz para Svampa. “La experiencia asamblearia argentina, aunque breve, dio cuentas de esta dificultad, no sólo porque en defensa de la especificidad y las diferencias, las posturas favorecieron la fragmentación de las luchas, sino porque frente a la vocación hegemónica e instrumental de los partidos de izquierda^{xxvi}, éstas tendieron a radicalizarse, para derivar en una impugnación general hacia cualquier propuesta de construcción de instancias verdaderamente articuladoras” (Svampa 2005:28). Esta clausura, según la autora, impone ir más allá de ciertas categorías (piensa en la categoría gramsciana de hegemonía) a partir del “reconocimiento de las nuevas bases subjetivas y comunitarias”. Sin embargo, aun cuando las metáforas generativas que alumbraron a los grupos constituidos a partir de diciembre –la horizontalidad, la pluralidad, la no delegación de las decisiones– condujeron en los hechos a una atomización que parece ser definitiva, en el terreno de las relaciones con el Estado no se refleja una postura tan radical.

Vale decir que la relación entre lo que sucede en el día a día del grupo observado y el discurso más o menos unificado de las “asambleas” sobre el distanciamiento de lo estatal es, al menos, ambivalente y contradictoria. Por caso, la “autogestión” pensada en términos

ideales es algo distinto de una autogestión que se apoya en la ayuda concreta de un subsidio estatal. Una publicación de circulación corriente en el universo de las “asambleas “y centros culturales pos diciembre 2001 da cuenta del deslizamiento entre el discurso y la práctica. “Proyectos 19/20” es un periódico de salida más o menos regular (trimestral) fundado, como dice el nombre, a partir de diciembre de 2001. En su último ejemplar de diciembre-febrero de 2005 (Número12) aparece el balance contenido desde la perspectiva de la “organización social”^{xxvii}.

El desenlace del drama social, se dice aquí, se ha resuelto a favor de las fuerzas reparadoras: “...el presidente Kirchner es una respuesta que el poder inventó para desactivar el “que se vayan todos” que atronaba en las calles [...] A pesar que lograron la famosa restauración ...(y) aunque quieran invisibilizarlos, los movimientos paridos en las jornadas de diciembre de 2001 continúan activos en las grietas del poder”. Igualmente, se apunta en el relato, algo puede hacer que fallen los rituales públicos del poder:

“Se apuesta a dádivas navideñas que permitan morigerar la grave situación de los jubilados y asalariados de menores ingresos, incrementando las asignaciones familiares [...] El gobierno nacional trabaja fuerte sobre el imaginario de la ciudadanía... (aunque) se volvió a asentar la idea de delegación en los políticos, los gérmenes del repudio a la clase política no han desaparecido. Debajo de la capa superficial de tranquilidad no se cerraron todas las grietas abiertas por la revuelta” (Publicación *Proyectos 19/20* diciembre 2005 pág. 3).

En los comienzos del drama, en la fase de quiebra donde el conflicto se hace público, parecía romperse esa “trampa histórica” cuando “miles de personas en las asambleas, y en las fábricas...tomaban en sus manos la organización y comenzaban a intentar repensar sus vidas”. Sin embargo, la respuesta de las partes estructuralmente importantes (el Estado, los partidos políticos y los medios de comunicación) logró contener la brecha de la ruptura inicial. En la fase de desagravio, la “transversalidad” emerge como metáfora de la integración entre políticos y sociedad. Con ella el gobierno peronista busca distanciarse del propio padrinazgo partidario y mostrar un signo plural, integrador. Distintos grupos sociales y políticos históricamente contrarios a los gobiernos anteriores se encolumnan detrás de ese discurso reparador: algunos movimientos de trabajadores desocupados y piqueteros, organizaciones de derechos humanos, gremios de trabajadores,

fracciones políticas escindidas de sus partidos de origen, etc.. Y, según 19/20, también algunas “asambleas”: el poder “ha logrado obturar las grandes rupturas...; muchas organizaciones de trabajadores desocupados y asambleas fueron cooptadas por el gobierno nacional con la transversalidad, los subsidios, y por el gobierno de la Ciudad con el cuento de la Ley de Comunas” (Publicación *Proyectos 19/20* diciembre 2005 pág. 3).

La sola observación da ejemplos de esta supuesta domesticación: la “asamblea” de Palermo tiene en trámite la inscripción en el registro de asociaciones civiles; el centro comunitario “La Alameda” –emprendimiento mayor de la “asamblea” Parque Avellaneda y una cooperativa de trabajo– instaló como prioridad, en el Plan de Presupuesto Participativo que lleva adelante el gobierno local, la creación de un comedor popular y la sanción de una ley de expropiación, etc.. La cooperativa de trabajo organizada desde la “asamblea” *Gastón Riva* –donde hice mi trabajo de campo– cuenta desde hace algunos meses con cuatro nuevos subsidios del Plan “Manos a la obra” otorgados por el gobierno nacional que se suman a otros tres anteriores; el Centro Cultural que funciona en la misma casa ha solicitado una de las becas que el gobierno local destina a las organizaciones barriales. El esquema de subsidios representa un pilar económico para la vida del Centro Cultural, la Biblioteca, la Cooperativa de trabajo y muchos de los integrantes de esta casa. Una parte de ellos paga el alquiler, otra sirve para comprar materiales e instrumentos de trabajo que también llegan a cartoneros y desocupados relacionados al grupo, mientras una tercera constituye el ingreso de quienes trabajan en la cooperativa. La tarea de administrar los recursos escasos que ingresan es función del todo el grupo, éste decide en conjunto cómo se reparte el dinero. La importancia que tiene la asignación de estos recursos muchas veces ha ocupado por completo el tiempo de la “asamblea”. En cierta oportunidad, Carlos llamó la atención del resto al observar que el mismo tema estaba en boca de todos y que otras preocupaciones habían quedado atrás. Alguien del grupo, le respondió irónicamente: “Acá ahora somos todos productivos (refiriéndose a los llamados subsidios productivos)”.

Al mismo tiempo, todas ellas se reconocen en un mismo proyecto alternativo de la política tradicional, en el compromiso diario de la construcción de redes de nuevas relaciones plurales y horizontales, en la conformación de redes de intercambio no basadas en la lógica capitalista, etc.. Pero al mismo tiempo, “La Alameda”, una fusión de la “asamblea” de Parque Avellaneda y una cooperativa de trabajadores panaderos, se

involucró en el Presupuesto Participativo junto a algunas “asambleas”, mientras muchas otras lo relacionaron a una ilusión participativa. Entonces, ¿es justo hablar de “asambleas” “integradas” y “asambleas” “separadas”?, ¿cuáles serían estas últimas? Y ¿cuánto se “transforma” el grupo que acepta la mano que tiende el Estado?. En semejante abanico de experiencias no sería fácil acordar un criterio fijo para responder a esta pregunta. La diversidad de propósitos envuelve necesidades distintas. Las situaciones de vida de cada uno cuentan a la hora de elaborar estrategias y más cuando sus integrantes comparten con la organización un vínculo económico. No hace falta hablar de las particularidades de cada barrio o del compromiso que supone arrendar la casa que alberga a la organización; en cada núcleo intervienen presiones distintas de manera que cada uno encuentra sus propias justificaciones cuando se trata de transitar la vía de la demanda hacia el Estado. Entonces, una respuesta a ese interrogante dirá que, junto con las acciones rituales y metáforas de la *communitas*, conviven relaciones institucionales o económicas que ligan a los grupos con el Estado en las que también la *communitas* está presente con el hecho de que aquello que el Estado “da” los miembros de las “asambleas” y centros “lo reparten”.

¿La clase media contra la asamblea?

Como parte de la discusión general sobre lo que significó y trajo de nuevo la ruptura de diciembre de 2001, aparece una interpretación con algo de historia que retoma en sus propios términos el planteo aquí esbozado. Ella interpela irremediamente a las “asambleas barriales” ya que éstas reconocen la misma extracción de “clase media”. Tal interpretación tiende a reproducir un esquema de clasificación donde no hay lugar para las opciones intermedias o siquiera para discriminar las partes diversas que componen el amplio espectro de “clase media”. Me refiero al planteo insalvable entre el carácter *revolucionario* o *reformista-conformista* en que suele quedar atrapado un tipo de análisis sobre las identificaciones políticas e ideológicas de la “clase media” tomada ésta como una sola. Si bien no se trata de un esquema puramente antojadizo —el mismo tiene su raíz en la sociología marxista^{xxviii} y ha sido proyectado en períodos y sociedades diversas—, él conduce, en nuestro ejemplo, a la polarización de las soluciones a la vez que a un reflejo estigmatizador de esos contrastes. Habría entonces, junto a la dicotomía autonomía /

integración, otra tal como reforma / revolución. Aún reconociendo la tentación que encuentran muchos periodistas e intelectuales en reprobar el comportamiento de una parte significativa de la clase cuyo razonamiento sólo se compromete con los propios intereses, es importante remarcar que los efectos neutralizantes implicados en esa clase de examen afinan favorablemente en el discurso del sentido común y en el imaginario social.

Una muestra reciente de todo esto puede extraerse del cruce de opiniones publicadas en un diario nacional, a raíz de un artículo periodístico que retrata a las “asambleas” como algo extinto; o peor, disuelto en el tono “burgués” de la “clase media”. En rigor, se trata de una nota de opinión que arremete tanto con las primeras como con la segunda. Como otras veces, el argumento se sostiene en el *consumo* como dato representativo de la “clase media” y núcleo de sus aspiraciones. En nuestra perspectiva, en dicho texto el consumo sería visto como síntoma de la reagregación. La nota en cuestión, “La fiesta”, fue publicada en el diario *Página /12* el día 19 de diciembre de 2004. Su autor, el periodista J. P. Feinman, quien en varias oportunidades hizo explícita su adhesión al presidente Kirchner, la escribió en un tono de recuento o de resultado luego del 19 y 20 de diciembre de 2001. Como sucedió desde el comienzo del drama social, las “asambleas” tuvieron en contadas personas del medio periodístico sus interlocutores aliados. Feinman fue uno de ellos hasta que decidió acompañar el proceso de reparación: cuando se volvió uno más de los “transversales” de Kirchner. Desde entonces, la metáfora “que se vayan todos” pasó a tener alcances distintos para las “asambleas”, sus interlocutores y los otros grupos sociales perturbados.

La nota mezcla la ironía y el tono agresivo cada vez que identifica a la “clase media” en el momento presente. Convoca a una imagen, “la fiesta”, como solución de la verdadera búsqueda que sigue la “clase media”:

“Buenos Aires, a tres años, de las borrascas de diciembre de 2001, es una fiesta... Otra vez nuestras clases medias y medias altas, consumen, gastan, comen, comen, comen. Hay autos por todas partes”. El retrato de la clase media movilizadora forma parte, parece ser, de algo accidental, de un brote repentino: “...de la combativa Buenos Aires de las cacerolas, lo único que permanece es el ruido. Pero no el de la bronca sino el bullicio del consumismo. Tal vez se buscaba esto. No hay porqué no pensar que muchos tienen exactamente esta concepción de la vida” (José Pablo Feinman *Diario Página /12*, 19/12/04, pág. 4).

Pienso estas expresiones y las asocio a las secuencias armónicas que siguen al drama social. Entre ellas Turner enumera las empresas sociales, donde los fines sociales ponen de relieve elecciones utilitarias y rasgos de solidaridad intragrupal (1974:12)^{xxix}.

En ese inventario que esboza Feinman está referido también el eclipsamiento de las “asambleas barriales”. Pero en este caso, contrariamente a lo anterior, el dato es la separación. “De las asambleas –dice– no queda nada. O las ahogaron con teorías o las fueron a aparatear los partidos políticos de izquierda con identidades ya constituidas”. No sólo repasa con sarcasmo las expresiones y categorías que muchos intelectuales, profesionales y artistas autoincluidos en el pensamiento progresista –y hasta anarquista– empleaban para “interpretar” el alcance de aquella metáfora generativa “que se vayan todos”. También les cambia el signo y las incorpora en ese continuo suyo que va desde los que salieron cacerola en mano a las calles en 2001, a aquellos que manifiestan enfáticamente el rechazo a los “piquetes”, pasando por las miles de personas que, a mediados de 2004, se movilizaron al Congreso convocadas por el empresario Blumberg para reclamar mayor seguridad y menos garantías procesales a los imputados en delitos (en un clima en el que la manipulación mediática del tema fue evidente y donde la agenda del gobierno marcaba evitar cualquier clase de confrontación con la protesta social): “Los caceroleros se hicieron blumberistas”, y más adelante, “el “pueblo” salió a la calle; pero por Blumberg y con velitas”. Esta lectura enfatiza el contraste entre el protagonismo de diciembre de 2001 y el repliegue egoísta: “El pueblo –usando el autor irónicamente esta palabra– no se acercó nunca a este presidente y le dio una patada cuando éste hizo su jugada más fuerte^{xxx}”; unas líneas más abajo, “ahí se produjo el divorcio entre la posibilidad de la unión entre un presidente que quería recuperar el estado-nación y los militantes del 2001”.

La respuesta desde una perspectiva asambleísta no se hizo esperar. Días más tarde, el mismo diario reprodujo la contestación de la Asamblea de Palermo Viejo. La nota expresa en pocas líneas su visión acerca del estado actual de las asambleas barriales. Al comienzo del segundo párrafo los asambleístas se colocan en la vereda opuesta de Blumberg y la protesta de los ahorristas. Más abajo, el texto enumera algunas de las intervenciones que modificaron ciertos aspectos de la vida en los barrios: “Muchas asambleas han recuperado espacios abandonados por el Estado y los han convertido en

centros barriales de acción comunitaria, como el de “La Alameda” ... La “asamblea” de Wilde lleva adelante una fuerte lucha contra la instalación de un basural, y las asambleas de Núñez y Saavedra organizaron “La Asamblearia”, que distribuye productos de cooperativas, fábricas recuperadas y microemprendimientos” (Diario *Página /12*, 30-12-05, pág. 16). En el barrio de Palermo llevan adelante la recuperación del viejo mercado municipal abandonado durante años: “Hoy es un centro de actividades políticas y culturales compartido con el Movimiento Teresa Rodríguez, que sostiene allí un comedor comunitario, dándole vida a la consigna Piquete y cacerola, la lucha es una sola. También funciona una Feria de Artesanos, el Taller Popular de Serigrafía ..., por tercer año consecutivo realizamos “La trama”, que suma a otras organizaciones, bares, teatros y vecinos del barrio en un gran evento que incluye mesas de debate político, música, actividades callejeras gratuitas y una feria de productos sociales”.

El impulso y la autogestión de emprendimientos de economía solidaria, el entrecruzamiento con el campo de la cultura y el vínculo solidario con los MTD aparecen como puntos de llegada promisorios. Fundadas en el proyecto de reconstruir la política a partir de las reglas de la horizontalidad y la decisión colectiva (por mí entendidas como reflejos del modelo de *communitas*), y más tarde, en el de la reconstrucción de la trama social creando centros barriales orientados por los mismos principios, las “asambleas” han transitado los tres años de vida acumulando distintas experiencias. Se desprende de esto que algunas de las vías exploradas resultaron más eficaces que otras en términos de materializar aquellos principios. Digo más concretamente: si la invención de la “asamblea” supuso una respuesta al sistema representativo vaciado de legitimidad, cabía esperar de ellas algún programa o modelo político por el cual se les reconociera como capaces de liderar una fuerza social. Sin embargo, ya vimos, la frustración que dejaron al poco andar de 2002 las jornadas “interbarriales” de Parque Centenario sólo dejó que modestas líneas de acción política prosperaran (Ej. las comisiones para enfrentar junto a los entes reguladores los contratos y tarifas de las empresas privatizadas; el impulso para la creación de Defensorías Populares Autónomas^{xxxí} que serían entes descentralizados donde se reciben denuncias por abusos policiales y se asesoran a las víctimas de éstos). Al mismo tiempo, otros proyectos que en principio estaban sustraídos a la política –como los culturales–, y los que no tanto –como son los de autoempleo–, fueron permeables a ese modelo democrático. En esa

politización sucesiva de esferas se puede pensar el modo de desenvolverse que tiene la perspectiva nativa. Pienso más en una ramificación que en una red, donde los múltiples nudos ligan, a su vez, círculos y radios de acción limitados. Próximos entre sí, dichos nudos rara vez tejen una red verdadera donde se cuentan todos (las “asambleas” y sus diferentes proyectos). Dicha representación, pienso demostrar, se pone de manifiesto en la recordación del último de 19 y 20 de diciembre.

“Otra realidad vive en el barrio”. La recordación del 19 y 20 de diciembre, un nuevo ritual de contestación en el paisaje urbano.

Los preparativos del acontecimiento recordatorio, la forma escogida de representarlo y la misma realización tienen una importancia mayor en esta fase de desenlace del drama social. La identificación con lo que *cambió* desde entonces es el punto de partida. Cada dato que hable de eso estará simbólicamente acentuado en el evento. En contrapartida, el dato que desafía a esta elaboración es todo lo que no cambió y las representaciones dominantes sobre el “cambio” impulsado por el nuevo gobierno. Me refiero a la fase de reparación, donde el poder político concentra sus fuerzas para contener los límites de la crisis. En ese sentido, veremos, es significativo el desdibujamiento de algunos símbolos. La dramatización de esa tensión tiene su punto culminante en el momento público de la recordación. La analogía entre el adentro-afuera y el cambio-no cambio organiza el relato sobre el desenlace del drama. La elección nativa de esa figura tiene que ver con el modo espontáneo en que, en cada discusión, los miembros de la “asamblea” fueron presentando los dos escenarios posibles de la celebración: la casona de la Biblioteca y el Centro Cultural ó la plaza del barrio.

La elaboración consciente de la secuencia del acto, de los medios para representar y comunicar una síntesis, la descripción minuciosa del contexto en el que se lo realiza y la pregunta por el lugar que esos términos –la “asamblea”, la Biblioteca, el Centro Cultural, la evocación misma de la fecha, las nuevas relaciones, etc.– ocupan en la vida de cada uno, y por supuesto en la del barrio, muestra la certeza que el grupo tiene respecto de esa puesta en escena. La actuación misma sirve para comunicarse a sí mismos la cosmovisión, para “preservarse” de las clasificaciones precarias que los medios hacen de las asambleas o bien

para quebrar esa descripción extendida en los distintos discursos del imaginario colectivo acerca del “fracaso” del “que se vayan todos”. En tanto construcción colectiva que tiene además un sentido de justificación ante el mundo (legitimación), hay una clara percepción de su naturaleza performativa. Lo que se dice, lo que se actúa, construye el propio repertorio de las acciones.

Distintos bosquejos fueron pensados para componer la performance a raíz de la evocación del 19 de diciembre de 2001. Un texto posible recuperaba las imágenes de aquellas jornadas y las contrastaba con el momento presente. En lugar de retratarlas nostálgicamente se pretendía “desmitificar”, irónicamente, la imagen épica de la clase media movilizada. “Esos que pasean por el parque y compran artesanías –se decía–, antes salieron a la calle a protestar”; ahora, “¿se preguntarán por las “asambleas”?”, “¿sabrán que todavía existen?”. La primera opción consistió en una puesta colectiva en el multitudinario Parque Centenario. Cada “asamblea”, cada centro cultural, cada biblioteca popular, cada “colectivo de trabajo” –una agencia alternativa de información, un emprendimiento económico de “autogestión”– pone a la vista alguna de las facetas que componen a esta red de núcleos barriales. A eso se agrega tomar el parque como espacio concreto de lucha política a través de su defensa contra el enrejamiento que persigue el gobierno para “asegurar la limpieza” –lo que significa reducir el espacio de la feria artesanal y la venta de “segunda mano”. De esa manera, el eje estaba puesto en el “afuera”, en el contacto con el vecino, en la presentación explícita de ese “otro” asambleísta que se cree tan desaparecido como el protagonismo político que tuvo la clase media –los vecinos– que ahora se reúne en el parque a distraerse. Es decir, lo que no cambió. Se propuso recrear una escena ocasional de la vida diaria: tropezarse con algún vecino y pedirle información por alguna “asamblea” que conozca, algún dato sobre sus actividades y encuentros. Sin embargo, cada vez que se pensaba en ese interlocutor-vecino, el escepticismo resucitaba: “Acordémonos que todo el año estamos viendo cómo hacer para convocar a ese *sujeto* –Carlos, de la “asamblea”, lo nombra haciendo el gesto de entre comillas– que nunca aparece. No nos volvamos locos con sumar a la gente. Lo importante es articularnos entre nosotros”.

Ese nosotros estaba más cerca de la otra vía para representar el 19 y 20 de diciembre: abrir las puertas de la propia casa y mostrar su vida interior. De ese modo el acento pasa a estar en el “adentro”, en lo propio, en lo que habla por sí mismo de *lo que sí*

cambió. Después de todo, ahí estaba la marca visible del pos diciembre. En lugar de batallar con la indiferencia de los vecinos que en el parque encontraban un espacio de distracción dominguera, se celebraba la vitalidad de todo lo que ocurría puertas adentro: los talleres de expresión artística, la “olla popular”, la cooperativa de trabajo de artículos de limpieza, la biblioteca, etc.. Además, la idea daba pie a una relación más sincera con ese nosotros de las asambleas y sus emprendimientos. Cada una, se pensó, podría recibir a los grupos visitantes y ser recibida también por ellos. De esa manera, al mismo tiempo que los grupos se acercaban literalmente yendo de uno a otro de esos “espacios”, se cumplía con el propósito de recalcar en el espacio público haciendo un uso simbólico.

Cuando intercambiaron opiniones con el resto de las “asambleas” más cercanas –en términos geográficos, de vínculos personales y proyectos económicos y sociales compartidos– se encontraron con los mismos tanteos. Terminó venciendo la segunda opción. En verdad, el parque como escenario de representación había sido dejado de lado casi desde un comienzo. Se mezclaban muchos ingredientes en contra: su clima distendido donde la atracción es la feria y los pasatiempos; los partidos de izquierda que suelen pulular por los senderos del parque; el problema del escaso lugar donde asentarse el numeroso grupo de asambleas y demás emprendimientos. En lugar de esto, entusiasmaba más un recorrido por la ciudad visitando casas y edificios transformados a partir de ese diciembre de 2001 al compás de los instrumentos de percusión, los graffiti y el canto. Siguiendo las palabras de Turner, se dio forma a la demostración ritual del inventario sobre el desenlace del drama social. Queda claro que dicha enumeración no es completa ni abarca la participación de todo el conjunto de las “asambleas”. En los barrios céntricos otros grupos decidieron congregarse en la Plaza de Mayo, en otros más alejados idearon sus propios circuitos, etc..

Un grupo de nueve “asambleas”, cinco centros barriales y culturales, dos bibliotecas populares, dos agencias alternativas de información y dos grupos de arte callejero acordaron un recorrido que uniera cada uno de estos puntos y luego concluyera con una olla popular. En conjunto conformaban cinco o seis barrios. Cada grupo creaba su propia performance^{xxxii} de presentación y recibimiento de los grupos visitantes. Aunque no todos seguían esta forma, en cada punto de encuentro se esperaba encontrar alguna referencia ritualizada de la *autogestión*, la *horizontalidad*, la *solidaridad*, en suma, de la relación de

communitas. La invitación era para el día domingo 19 a la tres de la tarde. La primera cita era en la casona que alberga a la “asamblea” *Gastón Riva*, el Centro Cultural y la Biblioteca Popular. El recorrido concluía algunas horas más tarde en la esquina de J. B. Justo y Corrientes en el barrio de Villa Crespo.

La escenificación ideada por el grupo inicial fue la mejor de las producciones nativas que yo observé aquel día. El texto reunía tantos elementos que excedía la mera representación del día a día en la antigua casa o la simplificación del significado del 19 y 20 de diciembre mediante la dramatización de la “olla popular”, como sucedió más tarde. El hilo del relato, desplegado alrededor de la tensión entre un adentro y un afuera, mientras enumeraba momentos, lugares, logros, fracasos, deseos e incertidumbres, redondeaba la trayectoria del grupo y sus relaciones con otros grupos dentro y fuera del barrio. El primer hecho significativo, sin embargo, no empezó con el relato. Para recordar a su compañero Isaac, fallecido hace poco, los integrantes de la “asamblea” *Gastón Riva* plantaron un pequeño árbol en la plaza frente a la casona. Victoria, Matilde y Emilio hablaron emotivamente del hombre que consagró buena parte de su vida a la militancia y la lucha política. “Las personas somos reemplazables, los ideales y los anhelos de un mundo mejor no: tal vez –se preguntaba Victoria con lágrimas en los ojos–, Isaac no pudo resistir tanta miseria, explotación y desamparo”. En la remembranza de Inés, Isaac es la imagen de la asamblea, el logro del acercamiento entre las personas “por arriba de las posiciones en las que cada de nosotros se amurallaba”. Emilio lo recordó como un “constructor de caminos, de senderos”. Unas treinta personas, entre jóvenes, amigos y familiares, aplaudimos mientras Emilio, Miguel y Susana apisonaban la tierra alrededor.

Al cabo de una hora, en la plaza se habían reunido unas cincuenta personas. Decidieron entonces que era tiempo de comenzar la dramatización. Los actores son todos de “la *Gastón Riva*”: Carla, Matilde, Florencia, Majo, Laura, Beatriz, Emilio, Patricio, Héctor, Seba, Paco y Gustavo. En medio de la calle, unos tiran de la cuerda apuntando hacia la plaza y otros en la dirección contraria hacia la casa. Todos hablan en voz alta y nadie escucha al otro. El vocerío inmanejable simboliza la incomunicación y el desprecio por la palabra producto del “todos contra todos”, alusión del capitalismo salvaje. Paradójicamente, lo que unos y otros dicen mientras sujetan la cuerda refiere exactamente a la ubicación vacilante del grupo entre el *afuera* y el *adentro*:

-“Hay que entrar en la casa, no limpiamos el centro (cultural), ni la biblioteca y van a visitarnos.”

-“No, ¿porqué entrar?, las paredes de la plaza están pintadas de blanco, quitaron los mensajes (pintadas). Hay que salir, nos quieren imponer el código (contravencional), quieren enrejar la plaza: tenemos que estar ahí, en la plaza.”

-“Alguien tiene que comprar yerba para la cooperativa (de consumo).”

-“La policía se lleva a los pibes. Mientras dimos vuelta con la yerba, nos enchufaron el código.”

-“Hay que juntar plata para la cooperativa, las galletitas...y la yerba.”

-“Tenemos que pelear por el agua para el mate también.”

“Tenemos que salir, si enrejan la plaza nos quedamos sin la huerta, sin la olla popular.”

-“Vienen a visitarnos nuestros amigos, tenemos que tener la casa ordenada.”

-“No hay tiempo para la casa, con el nuevo código nos vamos a quedar sin vecindario.”

Alguien se desprende del forcejeo y apunta a los presentes. Hablando para sí mismo, Gustavo, dice en voz alta: “Así no podemos seguir, algo nos tiene que cambiar...”. Desde lo alto (tendido desde la rama de un árbol) baja un *plato volador* (una estructura de papel construida con ese sentido). Lleva escrita la letra K y unos signos que parecen ser nomenclaturas orientales (chinas). De repente, se acalla el griterío. En medio de la calle, los desconcertados contendientes observan el objeto. Beatriz, con voz de “iluminada”, exclama: “Es Kirchner, viene con los chinos: ¡estamos salvados! ¡feliz año!” Todos miran al verdadero intérprete, Gustavo, quien desconfiado responde:

-“No me gustan los finales felices...”

-“Pero algún final tiene que haber”, responde alguien del grupo.

-“Eso, lo arreglamos el lunes que viene (en la asamblea).”

La dramatización concluye entre aplausos. En medio de saludos y risas, entre banderas y volantes, el gentío se prepara para emprender la larga caminata que le espera. Patricio saca a relucir un viejo cartel del diciembre anterior (dice “che, la onda era que se vayan todos”); en la casa Emilio, Majo y yo llenamos botellas con agua, afuera se escuchan tambores y silbatos. Siempre por el costado de las calles, transita radiante el grupo de

organizaciones barriales. Una murga en alguna plaza cercana nos espera; más adelante será la “asamblea” que tomó el edificio que perteneció a un banco hoy quebrado; luego el centro cultural que hizo lo mismo con una casa antigua por años deshabitada, y más tarde el galpón inmenso que sostiene otra “asamblea”. Cada tanto, los encuentros de la caravana – que ya ha logrado juntar a unas cien personas– y las “asambleas” tienen algo más bien simbólico: algunas de ellas no superan en número a una familia tipo. En el asfalto, aerosol en mano, el grupo de arte callejero imprime los mensajes: “No estamos todos: faltan los presos (políticos)^{xxxiii}”, “(los medios) Mienten, desinforman, criminalizan, idiotizan”. Ocasionalmente una bocina de auto saluda a los paseantes y contrasta con las reacciones desencajadas de la mayoría de los testigos (los más desencajados preguntan a qué se debe la marcha). A cada rato se intercambian las funciones, unos dejan la bandera y se pasan gustosos al redoblante, otros desisten de cebar mate y prefieren repartir volantes. La *cacerola*, símbolo excluyente durante el verano de 2002, fue una gran ausente en esta travesía barrial.

Cae la tarde y con ella también la agitación del inicio. La columna ha ido perdiendo integrantes durante su recorrido. Finalmente, marchando en contramano por una avenida principal, los treinta que quedan caminan al último punto de encuentro. Faltan algunas cuadras para cumplir con otra celebración ritual: allí, donde la última asamblea, los espera la “olla popular”.

Capítulo V. Conclusiones.

El escenario al cabo de tres años.

La recordación completa de la quiebra (diciembre de 2001) fue mucho más allá del itinerario de las “asambleas”. Los actos fuertes se produjeron el día 20 con la participación masiva de las innumerables agrupaciones que conforman el Movimiento de Trabajadores Desocupados a las cuales se sumaban las organizaciones de derechos humanos, partidos políticos de izquierda y algunos gremios todos en número mucho menor (sin olvidar por supuesto a las “asambleas” “sobrevivientes” –tal como las presentan las notas de los diarios). La composición social de los actos, el número de las fuerzas involucradas, los discursos pronunciados durante los mismos, las lecturas posteriores, etc. son muestras claras de la alteración del campo político. El contraste entre el ordenamiento de las relaciones políticas antes de la ruptura y luego de la fase de compensación es lo que informa sobre el desenlace del drama social. El número de las partes del campo, dice Turner, las relaciones entre sí, la integración o la segmentación, la nueva autoridad frente a la vieja, la salida o la entrada de nuevos elementos, las nuevas reglas y normas para contener el conflicto, las bases de sustentación política, los nuevos apoyos y la distribución de los factores de legitimación, etc. son todos rasgos que, en mucho o en poco, habrán cambiado (Turner 1974:19).

De repasar brevemente lo ocurrido el último veinte de diciembre, y reinscribir alguna voz que recuente el último tramo de la secuencia turneriana, se vislumbran los nuevos elementos del campo –siguiendo en sentido estricto los términos enumerados por el autor. Por un lado, la contienda entre dos fuerzas sociales –organizaciones piqueteras– con mucha capacidad de movilización: una reivindicando el sentido del *que se vayan todos*, la otra apoyando el proyecto reparador del actual presidente. La confrontación política entre ambas fuerzas tiene su correlato en los actos separados de cada una y por supuesto en el calibre de las proclamas: “Navidad sin presos políticos ni procesados” y “Junto a Kirchner por una patria por todos” respectivamente. “Están pendientes los pedidos, están agravadas las condiciones de sometimiento”, se dice en el discurso de confrontación mientras en la otra vereda se piensa que “el significado del estallido está presente hoy día en Kirchner ya que supo interpretar el mandato” (Diario *Página /12*, 21/12/04, págs. 2-6). Por el otro, el claro

intento del presidente de conservar su cuota de legitimidad, el gigantesco plan asistencialista para la masa de desocupados y la culpación sistemática a las figuras y paradigmas de los noventa son todas marcas del drama social. Aunque la cuestión se pueda leer de diferentes maneras, son extendidas las afirmaciones del tipo “Duhalde y Kirchner fueron paridos bajo el signo del escarmiento de 2001”^{xxxiv}; temiendo un rebrote del estallido se implementó el Plan Jefes y Jefas de Hogar y de alguna manera se “incorporó” a la mayoría; “caducó el discurso infantil de los noventa, ahora son bien pocos los que creen en la bondad de las empresas privatizadas de servicios”^{xxxv}.

Finalmente, la pregunta por el lugar de las “asambleas”. La respuesta no representa un dato menor ya que, cada vez que se alimenta una imagen percedera de ellas, lo mismo por asociación se traslada a la significación de diciembre de 2001 y viceversa. La recordación de la que yo tomé nota muestra que la vitalidad de las “asambleas”, con su declive, está lejos de toda duda. A eso habría que agregar que las características de la participación “local” no precisamente tienen que ver con algo masivo. Cualquier reunión de comisión a nivel barrial del Presupuesto Participativo de la Ciudad no junta más de quince personas; en los plenarios, y aún descontando que se trata de una participación promovida por militantes del propio gobierno, con cincuenta personas se resuelve una votación; las asambleas barriales del mismo plan alcanzan las doscientas personas –“manijeadas” y con viento a favor–. En otras palabras, la participación en los eventos de la vida política local, si bien puede ser significativa, no es algo que desborda al gobierno. En cambio, algo distinto sucede cuando ocurren eventos culturales. Ahí sí, la respuesta es masiva: los carnavales del último verano, con las innumerables murgas y comparsas, son un ejemplo claro. La recuperación de estos eventos populares con rasgos contestatarios –el carnaval es un ritual de inversión– por parte del gobierno explican la necesidad de “sujetar” un repertorio simbólico de confrontación. Por su parte, la confirmación de que existen ramificaciones (no las llamaría redes) de núcleos locales donde confluyen emprendimientos culturales y económicos que se vinculan entre sí, revela un síntoma concreto de lo que dejó el drama social.

Por último, recapitulando esa “huida” de la construcción de un poder vertebrado capaz de disputar el control a los representantes tradicionales de la política, las “asambleas” vienen a representar con sus prácticas, sus rituales y metáforas espacios visibles de lo

intersticial, no en el sentido de algo “pre-institucional”, sino más bien como algo consolidado por afuera de las clasificaciones y las relaciones que sostiene la estructura dominante. Más aún, representan formas duraderas de elaborar cotidiana y localmente metáforas y simbologías de la *communitas* infrecuentes en otros órdenes más amplios de la vida social.

Cuando la cultura recobra a la política: el objeto de las asambleas barriales.

En este trabajo abordamos la ruptura de diciembre de 2001 desde el enfoque de un proceso ritual (el drama social). El redescubrimiento del espacio barrial, la puesta en escena de las “asambleas” de vecinos y la apropiación de un lenguaje “doméstico” —el cacerolazo— desprovisto de las identificaciones políticas tradicionales representan al mismo tiempo un modo de igualación simbólica de la sociedad y una adaptación cultural que responde a un proceso de cambio estructural cuyos efectos sociales han sido devastadores. Como sostiene Turner, los movimientos de igualación generalmente tienen lugar en momentos de fuertes transformaciones en la sociedad. Los modos de abordarla, presentes en las metáforas, los símbolos y rituales, están contenidos en la gran trama cultural en que se reconoce a la clase media. Dicho en pocas palabras, la cultura “resignifica” a la política.

Frente a la ruptura social, la búsqueda de la “horizontalidad”, la exigencia “niveladora”, bien puede interpretarse como un repliegue hacia el ámbito de las relaciones primarias, una rehuída de la institucionalidad y la idea de la representación política. Pero junto con esto, importa entender que en ese movimiento colectivo lo político recobra el sentido. En efecto, se puede decir que antes de la ruptura y la caída de la Alianza constituía un lugar común pensar la política como un concepto vacío, falaz; en suma, una palabra “sin sentido”. Claro que esa degradación del significado fue enraizándose a medida que transcurrieron los sucesivos gobiernos democráticos al punto de generar una expresión radical compartida a viva voz: ¡que se vayan todos (los políticos)!. La clausura de la representación política recreó un espacio de participación bajo el molde de la democracia directa. Esa puesta en escena se puede entender perfectamente en términos de una acción ritual. Como vimos, a través del ritual los seres humanos encuentran las formas de ser los “protagonistas” de sus propias vidas: en el verano de 2002 esos encuentros iban incluso

más lejos, puesto que pretendían recuperar el “tiempo perdido” durante los años del menemismo.

Pero como sostiene la idea del proceso ritual, el momento de la igualación tiene sus límites. El “sujeto ritual” –la clase media– no puede permanecer indefinidamente ajeno a las relaciones de tipo estructural. Las formas de reparación por un lado, y los propios atributos culturales del grupo en cuestión por el otro, hacen que éste se *reintegre* al seno de la sociedad estructurada. Con todo, creemos haber dado cuenta de la trascendencia que tienen los momentos de igualación desde el momento en que, por los atributos de la liminalidad, se generan nuevos símbolos, rituales y obras de arte los cuales constituyen –siguiendo a Turner– reclasificaciones de la realidad y de la relación del hombre con la sociedad y la cultura.

Notas:

Introducción

ⁱ Distintas organizaciones sociales, sindicales y de derechos humanos convocan a mesas abiertas de discusión para conformar una agenda de demandas que tiene como ejes centrales la anulación del pago de la deuda externa, la creación de una pensión universal para hombres, mujeres y niños en situación de indigencia, la estatización de las empresas privadas de servicios públicos, la creación de las defensorías populares autónomas como instituciones descentralizadas encargadas de denunciar los abusos policiales, el freno a la sanción de un nuevo código de convivencia urbana que acorta la edad de imputabilidad e introduce mecanismos que criminalizan la protesta, etc.

ⁱⁱ Laura Malosetti Costa ha resaltado la multiplicación de los llamados *colectivos de arte* cuyas huellas han quedado inscriptas en los incontables graffittis y murales que se observan en la vía pública tanto en Capital Federal como en puntos de la periferia (Revista *Ñ* N° 97 agosto de 2005). Por su parte Andrea Giunta traza un balance en el cual se advierte la expansión de las instituciones ligadas al campo artístico, puntualmente los Museos de Arte Contemporáneo en el interior del país, hecho que se funda en la idea de acercar sociedad y patrimonio cultural y que va en la dirección de extender las formas de participación social (Debates. La cultura argentina hoy: los medios audiovisuales. Noviembre de 2005).

ⁱⁱⁱ En el contexto de reestructuración y achicamiento del Estado de Bienestar que impulsó el menemismo se operó el giro hacia las llamadas políticas focalizadas en sintonía con los modelos del BID y el BM. Bajo la retórica de maximizar los recursos estatales e independizarlos de los circuitos burocrático-clientelísticos (asociados a la fase anterior) las políticas de asistencia social se proponen involucrar a los mismos beneficiarios como intermediarios. Al mismo tiempo, la institucionalización del rol femenino y la figura de la familia cumple con una parte del proyecto reformista del gobernador Duhalde tendiente a moralizar la política. Más allá de fundamentar su proyecto en los valores más tradicionales del peronismo, para la autora, la consolidación del Plan Vida en los años 1996-1998 y el encumbramiento de la esposa de gobernador (Hilda González de Duhalde) forman parte de una estrategia de diferenciación de la facción menemista con miras a las elecciones presidenciales de 1999. Así, en la presentación de la candidatura a diputada de Hilda González se introducen “valores considerados femeninos, doméstico y propios de las relaciones familiares al espacio político, no para politizarlos sino para ‘neutralizar’ acciones políticas –despolitizarlas– asociándolas a valores e instituciones pretendidamente ‘naturales’” (Masson 2004:51). Más adelante, la autora, al referirse a la justificación del vínculo mujer-acción social, señala que se dio a partir “de la mención de valores biologizados considerados propios del sexo femenino y de una invocación constantes a los sentimientos... A los supuestos instintos y virtudes ‘naturales’ de las mujeres les fueron asociados valores que por ser naturales también serían universales... Esto deshistoriza y descontextualiza los valores y los sitúa en el plano de lo incuestionable adquiriendo de esta manera un significado cercano a lo sagrado” (:112).

^{iv} Brian Holmes, *Jeroglíficos del Futuro*, en www.brumaria.net.

^v El programa de asistencia financiera a Bibliotecas Populares en barrios de Capital Federal exige como requisito que las beneficiadas constituyan de hecho una asociación formal conforme a la reglamentación prevista por la Constitución de la Ciudad. Concretamente, cada una debe estar inscripta en el Registro de Organizaciones de Acción Comunitaria. La personería jurídica supone la conformación de una comisión directiva a cuya cabeza se encuentra el presidente seguido por el secretario, tesorero y vocales. La razón de tal requisito reside en la necesidad de establecer una cadena de responsabilidades y obligaciones respecto del uso de la ayuda financiera.

^{vi} Un balance de la experiencia democrática en Argentina puede ser sumamente desalentador. Como anota Nun, desde su recuperación en 1983 el país no sólo continuó la pendiente regresiva en el plano económico y social sino que la profundizó hasta límites desconocidos. Consecuentemente, erosionó las expectativas sobre las instituciones democráticas y la credibilidad de la Justicia.

^{vii} En *QSVT!* (Que se vayan todos) Publicación de las Asambleas marzo de 2003. Boletín de los Encuentros de las Asambleas Autónomas; Año 1 N° 1 Buenos Aires.

^{viii} Así también muchas asociaciones culturales (revistas de crítica y cultura, teatros independientes, ateneos culturales, etc) surgieron de la iniciativa de intelectuales comprometidos que asumían una misión cultural y a la vez política: educar al pueblo. Esto formaba parte del espíritu de la Reforma Universitaria más específicamente con la idea de la “extensión cultural”. No obstante, los orígenes de las asociaciones fueron

variados y excedieron los universitarios aunque igualmente marcados por la impronta del liberalismo progresista y el socialismo.

Capítulo I

^{ix} Vale aclarar que aquella reconversión se cristalizó recién después de ganadas las elecciones. Hasta entonces, Menem había ejercitado un discurso sin grandes matices respecto del que históricamente caracterizó al peronismo: el compromiso con los sectores sociales más pobres, la industrialización como reaseguro de la independencia económica y la lucha contra los intereses extranjeros como ejes de campaña.

^x El párrafo citado está escrito a raíz de los acontecimientos de diciembre de 2001, que, entre otras cosas, suspendieron la posibilidad de que aquellos que todavía contaban con ahorros pudieran recuperarlos. Diario *Página /12* 16-02-2002.

^{xi} Tomo la frase prestada de James Neilson, “De la Rúa: programado para fracasar”, en Diario *Página /12*-21/12/01.

^{xiii} En cierta forma, la protesta masiva frente a la Casa de Gobierno “ayudó” a De la Rúa a encontrar el camino: la salida definitiva de la vida política nacional. Desde que asumió como presidente, y acobardado por su equipo económico (con el ministro José Luis Machinea a la cabeza), veía con pánico cualquier posible salida de la convertibilidad, aún cuando entre ésta y la profunda recesión que vivía el país había una obvia conexión. Acorralado por esta asfixiante situación, no dudó en acudir al auxilio del creador del modelo Caballo, a quien además le confirió poderes extraordinarios para mantener la paridad cambiaria. De manera que, pulverizada la figura del ex ministro menemista, a De la Rúa no le quedaron cartas que jugar. El “cacerolazo”, entonces, lo terminó relevando de una situación con la cual De la Rúa nunca quiso encontrarse: la elección de una receta pos-convertibilidad.

Capítulo II

^{xiii} A raíz de la depreciación de la moneda argentina, el Estado debió financiar las inmensas diferencias que se creaban respecto de todos los contratos establecidos en dólares. En ese proceso los principales perjudicados fueron los pequeños y medianos ahorristas, la clase media (maestros, profesionales, trabajadores asalariados, estatales, comerciantes, jubilados). A ellos el gobierno se comprometió a retornarles sus depósitos en forma gradual. La salida paulatina del “corralito” alternaba formas de devolución que en todos los casos obligaba a los ahorristas a resignar buena parte de sus fortunas. Siguiendo un criterio de preservación, los bancos habían comenzado a fugar los dólares al exterior un tiempo antes. Convencidos de que las jugadas osadas del ministro Cavallo no lograrían traer nuevos capitales al país, deducían que tarde o temprano sería imposible hacer frente a los compromisos asumidos por el Estado. Ya que la salida de la convertibilidad era inminente, los bancos justificarían la fuga responsabilizando al propio gobierno de los desaciertos que llevaron a ese desenlace. En otras palabras, el modelo económico pendía de un hilo hacía bastante tiempo y los bancos conocían bien la situación. Quienes permanecieron ajenos a esta información, la mayoría de los ahorristas, llevaron la peor parte. La percepción generalizada del engaño y la estafa se reveló como el desvalijamiento final a la sociedad. Súbitamente, se derribó uno de los soportes de quienes todavía parecían estar a salvo.

^{xiv} Los momentos decisivos en el devenir del movimiento asambleario han sido descriptos esquemáticamente de esta manera:

-Primera etapa: en el mes de febrero se conforman la mayoría de las asambleas barriales en sintonía con el auge de la movilización social (durante todos los viernes de ese mes y el siguiente se hicieron marchas y “cacerolazos” frente a la casa de gobierno). Por entonces las asambleas convocan masivamente, en algunos casos con más de trescientas personas en cada reunión. La participación involucra al complejo abanico de la clase media de la Capital identificados sencillamente con el rótulo de *vecinos*. Hay heterogeneidad en los perfiles sociales: profesionales, jubilados, empleados públicos y privados, comerciantes, estudiantes universitarios y secundarios. Disparidad en las condiciones de vida: ocupados con distintos grados de precarización laboral, desocupados y subocupados. Diversidad de trayectorias políticas: con experiencia partidaria, de militancia y sin ella, activistas de izquierda y “apolíticos”. Instancia emblemática del impulso asambleario inicial es la llamada *asamblea interbarrial*, llevada a cabo todos los domingos en el Parque Centenario tras el intento de unificar criterios de deliberación y acción política. Como sostiene Grimberg

(2003), la movilización callejera ocupó un lugar clave en la discusión: sostener las marchas a Plaza de Mayo, o concentrarse en cada territorio barrial, esto es, emprender acciones concretas y locales como ser la ayuda a los más pobres en comedores y ollas populares, la demanda de insumos en los hospitales y escuelas, la recuperación de espacios verdes y desocupados, etc. Las crónicas reflejaron muchas veces la imposibilidad y los obstáculos que se planteaban al momento de llevar adelante las reuniones asamblearias. Tanto la metodología participativa de la horizontalidad y la pluralidad, como la inmensidad de temas, objetivos y proyectos planteados con la heterogeneidad de los oradores, confrontaban constantemente con la exigencia igualadora.

-Segunda etapa: en el mes de marzo las asambleas organizan en su seno comisiones orientadas a distintos temas: compras comunitarias de alimentos, salud y sanidad, principalmente con foco en los más necesitados, apoyo y seguimiento de las necesidades de escuelas del barrio, organización de talleres y festivales culturales, de comunicación, etc.. Coincidentemente, este período está marcado por el claro retroceso de la base participativa de las asambleas. En muchos casos, de tener cien o doscientas personas en los primeros meses, pasaron a integrarlas no más de treinta. Si bien hay que conceder que a toda fase de movilización le sigue una de repliegue o declive, el avance de los partidos tradicionales de izquierda operó como un factor disolvente en este proceso. Su objetivo de hegemonizar la agenda en las reuniones de Parque Centenario sumaron un conflicto mayor al que las propias circunstancias ya imponían. Claramente, la interposición de la retórica partidaria marchaba a contramano de la “vivencia asamblearia” y el valor de la horizontalidad (Bergel 2003:91). El conflicto se expresó en “partidos de izquierda” vs. “independientes” (la palabra “aparateo” usada por los últimos impugnaba el accionar de los partidos, el acaparamiento de las reuniones y la imposición de estrategias política emahadas de las conducciones). Como resultado, las reuniones dominicales sufrieron un desgaste irremediable que favoreció la tendencia a la atomización y la deserción de muchos “independientes”. Finalmente, cada asamblea barrial optó por privilegiar la autonomía frente a las propuestas que allí se votaban. Como dice Svampa (2003), la delimitación de las acciones a la órbita de lo que pasaba en cada porción de territorio fue también una forma de preservación frente a la deserción mayoritaria y un camino inmediato para pasar a la acción (2003: 29).

-Tercera etapa: en la segunda mitad de 2002 se evidencia con claridad el camino trazado en la etapa anterior. La dinámica interasamblearia queda reducida a encuentros esporádicos y muy pobres desde el punto de vista del número de asambleas participantes. Las acciones de tipo territorial toman un giro decidido a partir de las tomas de edificios desocupados en distintos puntos de la ciudad (principalmente se trató de las distintas sedes del ex Banco Mayo). Como resultado, se intensifica la acción de quienes permanecían en la asamblea barrial mientras que de manera ocasional se reagregan algunos vecinos para participar de eventos acotados (una charla con alguna figura reconocida por su lucha en el terreno social y político, la proyección de laguna película, etc.). En este entonces, queda atrás la imagen del vecino común que participa en la asamblea y se moldea la figura del asambleísta. También se llevan adelante emprendimientos de tipo económico y cultural: se ponen en práctica formas de autoempleo de tipo cooperativista y se organizan distintos encuentros de raíz cultural, en general vinculados con la propia práctica de muchos de sus integrantes (músicos, actores, artistas, etc.) y los hábitos y pautas de socialización que constituyen el universo social de la clase media. Por su parte los vínculos entre asambleas se delimitan en sentido práctico, es decir, en base a la proximidad geográfica, cuando no a una afinidad entre los integrantes de cada una de ellas. En efecto, en el trayecto de las relaciones interindividuales se arraigaron afectos y solidaridades (Grimberg 2002). Finalmente, se menciona la vinculación estrecha con dos grupos sociales que pelean por la subsistencia: con los “cartoneros” mediante formas de asistencia (vacunación, ollas populares, recolección de papel, etc.) y con los “desocupados”, a través de la participación en las movilizaciones que convocan los movimientos de trabajadores desocupados (MTD).

^{xv} El 26 de junio de 2002, Maximiliano Kosteki y Darío Santillán, dos jóvenes pertenecientes al Movimiento de Trabajadores Desocupados, fueron asesinados por la policía mientras obedecían la orden de reprimir el corte del puente Pueyrredón. Aquél hecho simbolizó a su manera la “semana trágica” del gobierno de Duhalde en tanto ocurre en un contexto de máxima tensión entre éste, las fuerzas policiales y los desocupados, donde la persecución a militantes “piqueteros” se tradujo en miles de procesamientos penales. Duhalde no pudo despegarse del hecho y terminó adelantando las elecciones y salida del poder.

Capítulo III

^{xvi} Forn, Juan. “Adónde va la clase media”, *Diario Página/12*, 16-01-2002.

^{xvii} Partido Obrero, Movimiento Socialista de los Trabajadores, Partido de Trabajadores por el Socialismo, Partido Comunista.

^{xviii} Otras etnografías han resaltado la ritualización de las instancias proyectadas por las políticas públicas (Boivin 2003, Frederic 2004).

^{xix} Ya en el período de auge democrático (1983-1986) se ponen en marcha numerosas investigaciones sobre la relación entre instituciones de gobierno y sociedad con el propósito de ensayar metodologías de descentralización y participación. Estas coincidieron acerca de la total ausencia de espacios que canalizaran los esfuerzos de la sociedad civil, de una flexibilidad en la administración que de lugar a formas de participación y de información que permitan conocer y eventualmente controlar la asignación de recursos (Osizlak 1982, O’ Donnell 1984, García Delgado y Silvia 1985, Del Brutto 1986, Echegaray y Raimondo 1987, Guido 1987, Grillo -comp.- 1993). Las reflexiones que recorren estos trabajos se enmarcan también en los debates que se originan a principios de la década de 1970 en Europa, los cuales advertían sobre el vacío en los mecanismos de las democracias occidentales para generar instancias que legitimen y amplíen su poder (Castells 1974, Borja 1983).

^{xx} La experiencia del PP en Porto Alegre (Brasil) iniciada en 1989 y profundizada durante la intendencia de Tarso Genro en 1993 ha tenido una trascendencia relevante en el contexto latinoamericano por cuanto se trata del primer modelo de participación y control vecinal cuyos logros en materia de inclusión social, democratización política y descentralización administrativa fueron cada vez mayores a medida que se consolidaba el proceso y se profundizaba el rol de los habitantes. Instrumentado por el Partido de los Trabajadores (PT) este proceso reconoce en los sindicatos y las universidades populares a los actores centrales. Así también, instituido el principio de “autoreglamentación”, el PP se asumió desde el comienzo autónomo en relación a las decisiones del gobierno del estado y el nacional.

^{xxi} Ver, Escolar, Badía y Frederic comps. 2004, “Federalismo y descentralización en grandes ciudades: Buenos Aires en perspectiva comparada”. Buenos Aires: Prometeo.

^{xxii} Texto del Tercer encuentro de Murgas, Mendoza 2001.

^{xxiii} El 26 de junio de 2002, Maximiliano Kostecki y Darío Santillán, dos jóvenes pertenecientes al Movimiento de Trabajadores Desocupados, fueron asesinados por la policía que obedecía la orden de reprimir el corte del Puente Pueyrredón (convocado por las organizaciones piqueteras para demandar la ampliación de los planes sociales). Aquél hecho constituyó a su forma la “semana trágica” del gobierno de Duhalde ya que puso sobre la mesa el ensañamiento de las fuerzas policiales para con las organizaciones de desocupados –en los días previos al sangriento suceso un informe de la Secretaría de Inteligencia alarmaba sobre un supuesto contexto de “revolución social” fogueado por los manifestantes–. En el transcurso del gobierno duhaldista se impulsaron millares de procesamientos penales contra militantes sociales y piqueteros.

Capítulo IV

^{xxiv} Como se dijo en el capítulo anterior, los medios de comunicación inclinaron la balanza a favor del desencantamiento sobre este desenlace. En otra parte queda discutir si el reflejo y la notoriedad de aquellas reflexiones, como también la vitalidad de ciertas experiencias surgidas tras los acontecimientos de diciembre de 2001, fueron escamoteadas por los medios de comunicación que más bien colocaron en la agenda pública al problema de la “inseguridad” como fuente del malestar de la clase media portefía.

^{xxv} Revista Ñ Número 71, 5/02/2005.

^{xxvi} Dejo de lado en esta sección el efecto disgregante que significó la intrusión avasallante de los partidos de izquierda en los llamados encuentros interbarriales de enero y febrero de 2002. Ese punto está considerado en el capítulo III –la fase de crisis–. No obstante, vale agregar que para la autora el punto culminante de dicha fragmentación está marcado “más por las turbulentas relaciones con expresiones dogmáticas de izquierda, que por un rechazo lineal hacia el Estado”.

^{xxvii} El periódico cuenta con una importante red de distribución barrial. El Centro Cultural “La Sala” es uno de esos puntos.

^{xxviii} Marx, K 1984 “El dieciocho brumario de Luis Bonaparte” CS Ediciones.

^{xxix} Un signo particular de tal empresa social podría ser el reclamo de “seguridad” que un sector de la sociedad y los medios periodísticos llevan adelante, el cual tuvo como manifestación trascendente a mediados de 2003 la marcha al Congreso Nacional que reunió a unas cien mil personas convocada por el empresario Blumberg

quien de esa manera consiguió trastocar algunas leyes del Código Penal a favor de la imputación de todos los menores implicados en delitos y ampliar las libertades policíacas.

^{xxx} Se refiere al desmantelamiento de la ESMA (Escuela de Mecánica de la Armada), el mayor centro de detención y desaparición de personas durante la última dictadura militar, y su transformación en Museo de la Memoria. La patada significó la postura distante que muchas asambleas tomaron respecto de esta decisión; muchas de ellas, incluida la misma donde realicé mis observaciones de campo, no asistieron al acto cuyo momento simbólico más significativo fue la retirada del cuadro del Coronel Jorge Videla (presidente de facto entre 1976 y 1981).

^{xxx}ⁱ Ocupan el lugar que les tocaría a las inexistentes comisiones encargadas de recibir y procesar las denuncias contempladas en la futura creación de las Comunas.

^{xxx}ⁱⁱ Entiendo con esta palabra un modo de comunicación intenso y estéticamente caracterizado. A través de las performances los individuos y grupos juegan con los útiles expresivos de su cultura construyendo marcos de alta densidad connotativa que permiten a los receptores pensar, sentir y vivir la realidad de acuerdo a parámetros establecidos políticamente (Congreso de Antropología de la FAAEE, Barcelona, septiembre de 2002). En www.ub.es/ica/congreso.

^{xxx}ⁱⁱⁱ Según las agencias alternativas de información existen en el país 4500 luchadores sociales y políticos procesados y cuarenta presos políticos.

Capítulo V

^{xxx}^{iv} “No se fueron todos, pero algo cambió”, M. Wainfeld *Diario Página /12* -21-12-04 pp 5

^{xxx}^v Ídem.

Bibliografía consultada:

Abélès, Marc 1990. “Capítulo I”, en: *Anthropologie de l'État*; pp. 1-34. París: Armand Colin.

Auyero, Javier 2001. *La política de los pobres: las prácticas clientelistas del peronismo*. Buenos Aires: Manantial.

Badiou, Alain 2000. Conferencia: *Movimiento social y representación política*, en Revista *Acontecimiento* N°19-20, Buenos Aires.

Basualdo, Eduardo; Azpiazu, Daniel (y otros) 2002. *El proceso de privatización en la Argentina*. Buenos Aires: *Página /12* -Universidad de Quilmes.

Bauman, Zygmunt 2001. *En busca de la política*. Buenos Aires: FCE.

Bergel, Pablo 2003. “Nuevas formas asociativas: asambleas vecinales y movimientos de trabajadores desocupados (MTD)”, en: González Bombal (comp.) *Nuevos movimientos sociales y ONGs en la Argentina de la crisis*; pp. 79-100. Buenos Aires: CEDES.

-
- Borneman, John y Stefan Senders 2000. *Politics without a Head: Is the "Love Parade" a New Form of Political Identification?*, en: *Cultural Anthropology* N° 15; pp. 294-317. American Anthropological Association.
- Bourdieu, Pierre 1999. "Comprender", en: *La miseria del mundo*; pp. 527-557. Madrid: FCE.
- Cazeneuve, Jean 1972. "Capítulo I, II, III" y "Conclusión", en: *Sociología del rito*; pp. 13-37, 254-266. Buenos Aires: Amorrortu.
- Clastres, Pierre 1978. *La sociedad contra el Estado*. Caracas: Monte Ávila.
- Cohen, Abner 1993. *Masquerade Politics. Explorations in the Structure of Urban Cultural Movements*. Berkeley and Los Angeles: University of California Press.
- Del Brutto, Bibiana 1986. *Política municipal y participación*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- Frederic, Sabina 2003. "De la plaza al barrio: los científicos sociales y la identidad de los sectores populares en la transición democrática (1982-1987)", en: Rosato, Ana y Fernando Balbi (eds.) *Representaciones sociales y procesos políticos: estudios desde la antropología social*; pp. 247-267. Buenos Aires: Antropofagia-Ides.
- 2004. *Buenos vecinos, malos políticos: moralidad y política en Buenos Aires*. Buenos Aires: Prometeo.
- 2004. "Centralización política y reconocimiento: paradojas de la 'descentralización' de la gestión urbana de Buenos Aires", en: Escolar, Marcelo; Badía, Gustavo y Sabina Frederic (eds.) *Federalismo y descentralización en grandes ciudades: Buenos Aires en perspectiva comparada*; pp. 188-203. Buenos Aires: Prometeo.
- Gallego, Julián 2003. "Introducción" y "Caps. I y II", en: *La democracia en tiempos de tragedia. Asamblea ateniense y subjetividad política*; pp. 21-94. Buenos Aires: Miño y Dávila.
- Geertz, Clifford 1987. *La interpretación de las culturas*. Barcelona: Gedisa.
- 1989. *El antropólogo como autor*. Barcelona: Paidós.
- Grillo, Oscar 1988. *Articulación entre sectores urbanos populares y el Estado local*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- Grimberg, Mabel y otros 2002. "Identificaciones y disputas de sentido en asambleas

-
- barriales. Análisis de la construcción política de la categoría *vecino*". Ponencia presentada en las Primeras Jornadas de Interfases entre Cultura y Política en Argentina. Buenos Aires, IDES.
- Jelín, Elizabeth (comp.) 1985. *Los nuevos movimientos sociales*. Vol. 1 y 2. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- Kertzer, David 1993. *Ritual, Politics, and Power*. New York: Yale University Press.
- Kessler, Gabriel 2003. "Redefinición del mundo social en tiempos de cambio", en: *Desde abajo. La transformación de las identidades sociales*; pp 25-47. Buenos Aires: Biblos.
- Lacarrieu, Mónica 2004. "Construyendo participación y ciudadanía en el ámbito de las Comunas de la Ciudad de Buenos Aires", en: Escolar, Marcelo; Badía, Gustavo y Sabina Frederic (eds.) *Federalismo y descentralización en grandes ciudades: Buenos Aires en perspectiva comparada*; pp. 169-180. Buenos Aires: Prometeo.
- Landi, Oscar 2002. "La metamorfosis del ciudadano", Diario *Clarín*. Suplemento *Zona*/ marzo 24. Buenos Aires.
- Lázzari, Axel 1992. "El clientelismo en sectores populares de La Paz (Entre Ríos): Estrategias y control político", en: *Cuadernos de Antropología Social*, N° 6. FFyL – UBA, ICA- Secc. Antropología Social. Buenos Aires.
- Leach, Edmund 1976. "Introducción" y "Capítulo IX", en: *Sistemas políticos de la alta Birmania. Estudio de la estructura social Kachín*; pp 23-29, 286-300. Barcelona: Anagrama.
- Lechner, Norbert 1990. *Los patios interiores de la democracia. Subjetividad y política*. Santiago de Chile: FCE.
- Lefort, Claude 1987. *Los derechos del hombre y el Estado Benefactor*, en *Revista Vuelta* N° 12, Buenos Aires.
- Lvovich, Daniel 2003. "Colgados de la soga. La experiencia del tránsito desde la clase media a la nueva pobreza en la ciudad de Buenos Aires, en: *Desde abajo. La transformación de las identidades sociales*; pp 51-80. Buenos Aires: Biblos.
- Martuccelli, Danilo y Maristella Svampa 1997. *La plaza vacía: las transformaciones del Peronismo*. Buenos Aires: Losada.
- Masotta, Carlos 2002. "La Argentina se hunde. Metáfora del naufragio en un país riesgo".

Ponencia presentada al V Congreso Internacional de la Federación Latinoamericana de Semiótica. *Semióticas de la vida cotidiana*. Buenos Aires.

- Masson, Laura 2004. *La política en femenino. Género y poder en la provincia de Buenos Aires*. Buenos Aires: Antropofagia-Ides.
- Macpherson, C (1977) 1991. *La democracia liberal y su época*. Buenos Aires: Alianza.
- Mc Adam, Doug; Mc Carthy, John y Zald, Mayer (1988) 2004. "Social Movements", en: Rubio García, Ana *Perspectivas teóricas en el estudio de los movimientos sociales*; pp 58. Revista *Circunstancia* N°3; pp. 14-84. Barcelona: Instituto Universitario Ortega y Gasset.
- Minujín y Anguita 2004. *La clase media seducida y abandonada*. Buenos Aires: Edhasa.
- Muchnik, Daniel 2004. *Los últimos cuarenta años*. Buenos Aires: Ed Capital Intelectual, Serie Clave para Todos.
- Neiburg, Federico 1998. *Los intelectuales y la invención del peronismo*. Buenos Aires: Alianza.
- 2003. "El 17 de Octubre en la Argentina. Espacio y producción social del carisma", en: Rosato, Ana y Fernando Balbi (eds.) *Representaciones sociales y procesos políticos: estudios desde la antropología social*; pp. 215-246. Buenos Aires: Antropofagia-Ides.
- NuAP 1998. *Uma antropología da política: rituais, representacoes e violencia, Projeto de pesquisa*. Río de Janeiro: Tempo Brasileiro.
- Palmeira, Moacir y Beatriz Heredia 1995. "Os Comícios e a Política de Faccões", *Anuario Antropológico/94*, pp.19-109. Río de Janeiro: Tempo Brasileiro.
- Prieto, Adolfo 1988. *El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Privitellio de, Luciano 2003. *Vecinos y ciudadanos. Política y sociedad en la Buenos Aires de entreguerras*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno.
- Rockwell, Elsie 1980. *Antropología y Participación. Problemas del concepto de cultura*. México: DIE (mimeo).
- Romero, Luis Alberto 2002. "El Estado y las Corporaciones. 1920-1976", en: *De las cofradías a las organizaciones de la sociedad civil. Historia de la iniciativa asociativa en Argentina 1776-1990*; pp 171-275. Buenos Aires: Gadis.

-
- Rosato, Ana y Balbi, Fernando (eds.) 2003. "Introducción", en: *Representaciones sociales y procesos políticos: estudios desde la antropología social*; pp 11-27. Buenos Aires: Antropofagia-Ides.
- Rubio García, Ana 2004. "Perspectivas teóricas en el estudio de los movimientos sociales", en Revista *Circunstancia* N°3; pp. 14-84. Barcelona: Instituto Universitario Ortega y Gasset.
- Said, Edward 1990. "Introducción", en: *Orientalismo*; pp.19-49. Madrid: Libertarias-Prodhufi.
- Sarlo, Beatriz 2001. "Ya nada será igual", en Revista *Punto de Vista* N° 70; pp. 10-21. Buenos Aires.
- Scheper-Hughes, Nancy 1997. "Prólogo" e "Introducción", en: *La muerte sin llanto. Violencia y vida cotidiana en Brasil*; pp. 9-40. Barcelona: Ariel.
- Smelser, Norbert 1989. *Teoría del comportamiento colectivo*. México: FCE.
- Svampa, Maristella 2003. "Introducción", en: *Desde abajo. La transformación de las identidades sociales*; pp 9-24. Buenos Aires: Biblos.
- 2003. "Movimientos sociales en la Argentina de hoy. Primera parte: el análisis de la dinámica asamblearia", en: González Bombal (comp.) *Nuevos movimientos sociales y ONGs en la Argentina de la crisis*; pp. 21-48. Buenos Aires: CEDES.
- 2005. "La mutación del ciudadano", Revista *Ñ* N° 90; pág 36. Buenos Aires.
- Terán, Oscar 2002. "La experiencia de la crisis", Revista *Punto de Vista* N° 73; pp. 1-3. Buenos Aires.
- Turner, Victor 1974. *Dramas, Fields, and Metaphors: Symbolic Action in Human Society*. Ithaca: Cornell University Press.
- 1980. *La selva de los símbolos*. Madrid. Siglo XXI.
- 1982. *From Ritual to Theatre. The Human Seriousness of Play*. New York: Performings Arts Journal Publications.
- 1985. "Capítulo III" y "Capítulo IV", en: *El Proceso Ritual: Estructura y Anti-estructura*; pp- 101-169. Barcelona: Taurus.
- Vezzetti, Hugo 2002. "Escenas de la crisis", Revista *Punto de Vista* N° 72; pp 25-35.

Buenos Aires.

Wallace, Santiago 1999. "Hacia un abordaje antropológico de los movimientos sociales",
en: Neufeld, Grimberg, Tiscornia y Wallace (comps.) *Antropología social y política. Hegemonía y poder: el mundo en movimiento*; pp. 329-357. Buenos Aires:
Eudeba.